

THE BRASH BROTHERS BOOK ONE

JENNA MYLES

KADE

THE BRASH BROTHERS
LIBRO 1

JENNA MYLES

ÍNDICE

Personajes de la serie Brash
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Sobre la autora

Kade

THE BRASH BROTHERS BOOK ONE

JENNA MYLES

Derechos de autor

Derechos de autor 2022 por Jenna Myles

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas de libros.

Nota del editor:

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor. Los lugares y nombres públicos se utilizan a veces con fines ambientales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con negocios, empresas, eventos, instituciones o lugares es completamente casual.

Portada por: Krista Manntai

Publicado por Myles High Publishing

authorjennamyles.com

ORDEN DE LECTURA DE LOS HERMANOS BRASH

Libro 1: Kade
Libro 2: Micah
Libro 3: Colton
Libro 4: Declan
Libro 5: Zach
Libro 6: Jonas

Para mi madre.
Quien es la mejor animadora del mundo.
Soy condenadamente afortunado de tenerte.

PERSONAJES DE LA SERIE BRASH

Ransom Kyle: El "papá" del grupo. Reunió a un grupo de chicos inadaptados y los convirtió en una familia. Es el hombre de las grandes ideas.

Kade Dixon: El director ejecutivo, a cargo de las operaciones. Su palabra favorita es "joder" y se las arregla para incluirla en casi todas sus frases. Su novia es Becca.

Becca Tyler: Profesora en un dojo y dirige muchas clases de defensa personal. Colton entrena con ella y lo hace llorar al menos una vez por semana. A menudo se refieren a ella como una ninja.

Micah James: Trabaja en proyectos personalizados en el taller de Knight Street. Fue golpeado por su padre cuando era niño y sufrió daño cerebral. A menudo usa lenguaje de señas americano para complementar su habla. Gran lector, tiene una gatita llamada Minnie (como el ratón). Su novia es Holly.

Holly Clarke: Escapó de su marido abusivo y se escondió de él durante dos años. Ahora él está en prisión con Joker. Holly trabaja en Knight Street con Micah.

Colton Miles: Es el golden retriever sobreprotector del grupo. Tiene un historial de peleas clandestinas. Su novia es Evie.

Evie Collins: Enfermera de urgencias y madre de Mia. Tiene una actitud sin tonterías que los chicos encuentran igualmente aterradora e hilarante. Fue quien ayudó a Holly a escapar de su marido abusivo y, como resultado, su vida se vio destrozada.

Declan Wilder: El hacker/genio de la informática. Puede encontrar cualquier cosa sobre cualquier persona. Obsesionado con los videojuegos. Famoso por perder apuestas con su hermano Jonas, lo que lo lleva a tener mohawks y tatuajes en el trasero.

Zach Lee: Jefe de marketing. El playboy del grupo. Muy centrado en la imagen y ama sus trajes caros y su casa bellamente decorada. Su hermano biológico menor es Jonas.

Jonas Lee: El director financiero, el gurú de los números. Está en el espectro autista. Tiende a ser reservado con gente nueva. Gran fanático de los rompecabezas.

Nick Diaz: El arreglador. Podría convencer a una monja de casarse con él en diez minutos. Sin título oficial, va donde Ransom lo necesita.

Maverick Walker: El abogado. Él y Nick son enviados a menudo para manejar problemas que Cara no puede resolver.

Johnny (Joker) Miles: Hermano mayor de Colton. Ha estado en prisión durante dieciocho años.

1

BECCA

-YA TE LO HE DICHO, señorita, aquí no hay ningún apartamento en alquiler.

El hombre tiene el ceño fruncido y un tono hostil. Está claramente frustrado conmigo, pero estoy demasiado asustada para que me importe. Hay ojos sobre mí. Demasiados ojos. Odio estar dando un espectáculo para todo el vecindario, pero no puedo simplemente rendirme. Todo tiene que ser un gran error.

Subo corriendo el último escalón hasta el rellano, acercándome a menos de un pie del hombre que me bloquea el paso al edificio. Su cabello gris está erizado, el pijama arrugado y colgando torcido de su cuerpo. Hace juego con el edificio. No es el más bonito de la calle, pero definitivamente tampoco es el más cutre. Bajo la voz.

—Por favor, revise de nuevo. Le he alquilado una habitación a Cassandra en el 4B. Me está esperando esta noche —Presiono rellamada en mi teléfono, esperando que el número que tengo de Cassandra funcione mágicamente. El mensaje de fuera de servicio suena de nuevo, y tengo que tragarme la bilis. Mantén la calma, Becca.

El administrador del edificio suspira y sacude la cabeza, un hilo de lástima tiñe su voz.

—Señorita, la señora Cruz vive en el 4B. Ha estado allí treinta años. Yo llevo aquí veintitrés, y conozco a todos en este edificio. No hay ninguna Cassandra viviendo aquí —Hace una mueca —. Te han estafado.

Aunque niego con la cabeza, sé que tiene razón. Había estado hablando con Cassandra durante las últimas dos semanas, pero ayer le envié mi parte del depósito de seguridad y el alquiler del primer y último mes. Le envié 2700 dólares, literalmente todo lo que tenía. Las comisiones bancarias al final del mes van a dejar mi cuenta al descubierto. Por supuesto, ahora su número de teléfono está desconectado. Consiguió lo que quería.

La voz del administrador interrumpe mis pensamientos agitados.

—Mira —dice, con la boca torcida—, será mejor que encuentres un lugar adonde ir rápido. Todas esas cosas en tu coche son un gran cartel de neón en este vecindario.

No puedo evitar resoplar. Sí, un cartel de neón gigante que dice "tonta crédula".

Echo un vistazo a mi antiguo sedán, lleno de literalmente todo lo que poseo. El coche y todas mis cosas juntas probablemente valen menos que los 2700 dólares que acabo de perder, pero no puedo soportar la idea de perder algo más.

Ya me han quitado todo lo que realmente me importaba, pero de alguna manera la idea de que alguien robe mis álbumes de fotos casi me lleva al límite, y tengo que luchar contra las lágrimas. No soy llorona. Nunca lo he sido, así que este maldito espectáculo de lágrimas me está enfureciendo. No les daré a los ojos que me miran desde las ventanas y desde la esquina de la calle la satisfacción de verme quebrarme. Me vuelvo hacia el administrador, esquivando las

miradas de nuestra audiencia.

—No sé adónde ir... No soy de aquí —Mi garganta se siente apretada.

Él sacude la cabeza y se frota la barbilla sin afeitar antes de abrir la puerta para asomarse más.

—Hay unos cuantos moteles no demasiado malos a unas doce cuadras al este de aquí. Prueba allí —Retrocede y murmura—: Buena suerte, chica —mientras me cierra la puerta en la cara, ya dirigiéndose de vuelta a su cama caliente.

Trato de ignorar a los mirones, concentrándome en cambio en el aullido de las sirenas en la distancia. Esta ciudad es demasiado ruidosa. Camino de vuelta a mi coche, con la cabeza dando vueltas.

¿Cómo diablos llegué a esta situación? No soy una persona estúpida.

¿Por qué le creí a esa perra cuando me dijo que necesitaba el dinero de inmediato?

Mientras apoyo la cabeza en el volante, tengo que admitir que mi toma de decisiones no ha sido la mejor desde que papá murió. Siento como si hubiera estado en un pozo de dolor y duelo. Apenas estoy saliendo de él, manteniéndome lo mejor que puedo. Creo que hice un buen trabajo manejando la herencia, vendiendo la casa y pagando las facturas médicas.

Empacar veintiséis años de recuerdos casi me quebró. Me mantuve entera entonces, pero sentada en mi coche, aquí en un vecindario de mierda en una ciudad que mi padre de pueblo pequeño llamaba no tan cariñosamente un *agujero de mierda*. Siento como si la cinta adhesiva y el pegamento que mantienen todas mis piezas unidas estuvieran fallando.

—Un movimiento a la vez, Becca —me susurro a mí misma—. ¿Cuál es el siguiente movimiento?

Centro mi respiración como lo hacíamos antes de cada clase de artes marciales, y en unos minutos me siento lo suficientemente calmada para pensar. Todo el dinero en efectivo que tengo en el mundo está en mi bolso. Esos 374 dólares se suponía que me mantendrían durante las próximas semanas mientras encontraba un trabajo, preferiblemente uno con buenas propinas. Pero el administrador tenía razón. No puedo quedarme aquí más tiempo. Adiós a mi nuevo comienzo.

Los pelos de la nuca ya se me están erizando, de la misma manera que lo hicieron la noche que la respiración de papá finalmente se detuvo. Confié en esa sensación y estuve sosteniendo su mano cuando falleció, en lugar de llorando en mi cama. Ahora, esos pelos me están diciendo que algo malo vendrá por mí si no muevo el trasero. De ninguna manera los ignoraré.

—Está bien, será un motel —murmuro, agarrando el volante.

Digo una pequeña oración antes de arrancar el coche, relajándome cuando el motor solo tartamudea un poco antes de encenderse, revisando mi espejo retrovisor por costumbre, pero ni siquiera puedo ver por la ventana trasera. Hice lo mismo durante todo el viaje de cuatro horas desde casa. Sacudo la cabeza y salgo a la calle, dirigiéndome hacia el este.

A estas horas de la noche, la ciudad está oscura, pero no oscura como en casa. Entre las farolas y las luces de todos los edificios, dudo que alguna vez esté realmente oscuro aquí. Echo un vistazo al cielo a través del parabrisas. No hay una sola estrella visible en el cielo iluminado.

Qué lugar más miserable para vivir.

Una vez más, desearía haber podido quedarme en McKinley, pero sentía como si hubiera arenas movedizas en cada paso que daba allí. Mis amigos, todas las personas en las que confiaba, se alejaron, incapaces de soportar mi dolor, mi duelo. Los recuerdos de mi vida, de papá, me estaban succionando hacia ese pozo, y sentía que, si no salía ahora, no sobreviviría.

Solo avanzo unas cuantas cuadras antes de que mi corazón se hunda. Los indicadores del

tablero están encendidos con luces de advertencia parpadeantes. Por favor, no. No puedo soportar nada más esta noche. Se me escapa un sollozo antes de poder contenerlo. Jake me advirtió que el coche necesitaba reparaciones, pero he estado rezando para que aguantara. Pero, por supuesto, así es como funciona mi vida ahora. ¿Qué importa un golpe más, verdad? La vida antes de que papá enfermara era... maravillosa.

Ahora, estoy caminando por la cuerda floja.

Escaneo la calle desesperadamente, pero solo veo escaparates cerrados y ventanas oscuras. Mientras balbuceo una oración, no puedo evitar reírme de lo que papá pensaría de todo esto. Puedo imaginar su rostro moreno y sus ojos azules risueños mientras me señala con el dedo.

—Los planes hechos a la ligera, mi pequeña Becca, están condenados al fracaso.

Papá era un gran fanático de los planes. Yo también solía serlo. Es curioso cómo perder todo lo que amas en cuestión de meses te cambia. ¿Ahora? Bueno, no puedo conjurar más que un poco de pánico.

Una risita húmeda de alivio se me escapa al ver un letrero en la distancia: "Brash Auto". Gracias, Niño Jesús, Buda y todos los demás. Mi coche hace un sonido aterrador entre tos y traqueteo antes de que el motor se detenga. Avanzo por la calle en un silencio casi total, el sonido de mis neumáticos rodando sobre el asfalto es lo único que escucho por encima de mi respiración jadeante.

—Solo un poco más. Vamos, coche. Tú puedes hacerlo.

Parece que tarda una eternidad en detenerse en el estacionamiento del taller. Mi celebración se ve interrumpida cuando veo que está cerrado a cal y canto. Por supuesto que lo está. ¿Por qué estarían abiertos tan tarde? Aun así, me acerco a la puerta e intento girar la manija.

Está cerrada.

—Bueno, mierda —Resoplo, haciendo que mi flequillo se agite, y evalúo mi entorno.

La noche está tranquila, solo pasan unos pocos coches. A mi alrededor hay más edificios industriales cerrados, y no veo a una sola persona. Sin embargo, los pelos de mi nuca están suaves, lo que me brinda un pequeño consuelo. Mis opciones son limitadas. Sé que podría dejar mi coche aquí y llamar para que me recojan, pero odio la idea de dejar todo lo que me queda aquí sin mí. Además, realmente no puedo permitírmelo. Amanecerá antes de que me dé cuenta, y he dormido en lugares menos cómodos. Asiento mientras analizo mis opciones, convencida de que mi plan es el correcto. Me quedaré aquí.

Saco mi manta de forro polar del asiento trasero, luego me arrastro de vuelta al del conductor y me cubro. La noche está fría, pero afortunadamente los últimos vestigios del invierno se han ido. *Podría ser mucho peor*, me digo a mí misma mientras reclino el asiento tanto como puedo.

—Estaré bien, y lo resolveré mañana.

Casi me lo creería si no fuera por las lágrimas de agotamiento que se escapan de mis ojos cerrados.

2

KADE

LA VOZ áspera de Ransom a través del Bluetooth llena la cabina de mi camioneta. —Te estás agotando, Kade. —Siempre suena como si hubiera estado masticando vidrio, pero esta noche su voz es más ronca de lo habitual.

—Ya hemos hablado de esto, tío —murmuro mientras giro hacia la zona industrial, relajando los hombros. Conozco cada edificio, cada grieta en la maldita acera aquí. La familiaridad es reconfortante.

—Sí, lo hemos hecho. Lo hablamos hace un año. Y hace seis meses. Y la semana pasada, de hecho. —Oigo la frustración en su voz—. Joder, tío, no puedes seguir haciendo esto.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Pero simplemente no puedo cambiar nada. Es realmente estúpido aferrarme a este pequeño rincón del mundo cuando ya poseo uno mucho más grande. Pero ¿irme de aquí? ¿Dejar todo lo que conozco? Es jodidamente impensable.

—No creo que pueda hacerlo, Ran. —Me incomoda admitirlo. Pero sé que él ya lo entiende, tal vez incluso más que yo.

Su voz se ralentiza, se vuelve más profunda. —Sé lo mucho que significa ese lugar para ti. Es donde todo comenzó para nosotros. —Su suspiro hace eco en la oscuridad de mi camioneta. Puedo oír su frustración conmigo, y me destroza. Nunca quiero decepcionarlo, pero siento que es todo lo que he estado haciendo últimamente.

—Kade —continúa—, tu trabajo es supervisar las operaciones de todos nuestros talleres, no solo de uno. Tienes una gran oficina en la esquina aquí conmigo y un montón de trabajo por hacer. Pero mantener la ubicación de Knight Street como tu oficina, tío, dirigir esa oficina también... Eso es una locura. Joder, ya era una locura hace cinco años. ¿Ahora? Con la forma en que estamos creciendo, estás completamente loco. —Hace una pausa—. Jonas dice que todavía llevas los libros tú mismo. Dice que estás siendo ineficiente.

Puedo oír la sonrisa en su voz mientras repite las palabras de Jonas. Por supuesto, Jonas usaría la palabra ineficiente. Nada le ofende más que la ineficiencia. Ha estado presionándome para que instale nuestro caro software personalizado para talleres durante años.

Me río sin querer. —Le molesta mucho, Ran. Ha estado hablando de venir a hacerlo él mismo. Solo logro que retroceda cuando le recuerdo que aquí hay suciedad real. —La risa áspera de Ransom resuena en mí. Encuentra las peculiaridades de Jonas tan entretenidas como yo.

Las risas de Ransom se apagan. —Todos tenemos mucha historia allí, tío. Muchos recuerdos, tanto buenos como malos. Pero la corporación Brash Auto te necesita. Yo te necesito, tío.

Ah, mierda. Ahí está. El cabrón sabe que recibiría una maldita bala por él. Todos lo haríamos. Y sé que él haría lo mismo por cualquiera de nosotros. Me froto los ojos cansados, teniendo solo una carta más para jugar. —No puedo dejar a Micah. Sabes que necesita a uno de

nosotros cerca. —No hay forma de que pueda discutir con eso. Es un hecho.

—Ya pensaré en algo para Micah. Estará bien, Kade. Me aseguraré de ello. Pero ahora mismo, no es él quien más me preocupa.

Me pellizco el puente de la nariz y giro los hombros mientras él continúa en voz baja. —Tienes un aspecto de mierda, tío. Te has quedado dormido en las últimas cuatro cenas familiares y estás perdiendo peso. Si sigues así, estaremos en trajes en tu maldito funeral dentro de un año.

Su voz se vuelve más baja. Más profunda. Es su tono de "ponme a prueba, hijo de puta".

—Esto se acaba ahora, Kade. Tienes un mes para transferir las operaciones a la oficina central. Ocúpate de tus asuntos. No te perderé por una estupidez. No después de haber pasado los últimos veinte años manteniéndote a salvo.

Estaciono mi camioneta frente al Taller de Knight Street y pongo el freno, apoyando la cabeza contra el reposacabezas y cerrando los ojos.

—Te escucho, hermano —digo exhalando—. Siento haberte asustado. Lo resolveré.

Ransom gruñe: —Nos vemos en la cena familiar. Llámame si me necesitas —y cuelga.

Una risa se me escapa, a pesar de mi agotamiento. Cabrón. Nunca se despide.

Me presiono las palmas de las manos contra los ojos, preguntándome cómo se supone que voy a alejarme del único lugar que se siente como un hogar. Ya no puedo seguir postergando esto. Conozco ese tono de voz. Ransom incendiaría el taller si piensa que eso es lo que se necesita para sacarme de aquí, a pesar del sudor y la sangre que le dimos a este lugar. Lo haría sin pensarlo dos veces y silbaría mientras se aleja, con las llamas estallando detrás de él como si fuera el héroe de alguna maldita película de acción. No, no hay forma de evitarlo.

Mirando el taller frente a mí, casi no entro. Mis ojos se sienten tan jodidamente pesados. Podría estar en casa en diez minutos y en la cama en quince. Ni siquiera recuerdo la última vez que dormí más de cuatro horas seguidas. Siempre hay demasiado que hacer.

Pero me he construido esta pequeña prisión. Tengo que terminar la facturación para las recogidas de mañana, o los chicos estarán jodidos. Me pregunto de nuevo, *¿por qué demonios no he contratado a una nueva chica para la recepción?*

La tortura de contratar y capacitar es la razón. Simplemente no puedo encajarlo. Ya siento que apenas mantengo la cabeza fuera del agua. Pero hasta que encuentre a alguien, dirigir la oficina depende de mí.

Empujo la puerta para abrirla con un gruñido y bajo, deteniéndome al darme cuenta de que hay un coche estacionado frente a la bahía tres. Ni siquiera lo noté cuando entré conduciendo. Demasiado metido en mi cabeza, demasiado jodidamente cansado. Los chicos saben que no deben dejar coches afuera. Este no es el peor vecindario de la ciudad, pero nuestras tasas de seguro no necesitan otro maldito coche robado.

Gruño mientras me dirijo hacia él. —Malditos hijos de pu... —Mis maldiciones murmuradas se detienen de golpe cuando obtengo una visión clara del interior, gracias a las luces de seguridad en el frente del taller.

Hay una persona ahí dentro.

Me inclino para obtener una vista más clara y me quedo helado. No es una persona. Es una mujer. Su cabello castaño rizado cubre parte de su rostro, pero esos labios, de ninguna manera Dios sería tan cruel como para poner labios así en un hombre. Me inclino hacia adelante antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. Necesito ver más. Mis ojos saltan a los largos dedos que agarran la manta bajo su barbilla, a la oscura línea de sus cejas, antes de detenerse en las líneas plateadas en sus mejillas.

Retrocedo como si fuera una serpiente, con el cascabel en alto, lista para atacar. Ha estado

llorando. Mi pulso se acelera y quiero darme la vuelta y correr. ¿Por qué demonios hay una mujer durmiendo en su coche fuera de mi taller? ¿Por qué estaba llorando?

Puedo sentirlo subiendo como una inundación. Mi necesidad de arreglar las cosas, de hurgar en su vida, tratando de absorberme, pero fuerzo los pensamientos hacia abajo. Esto es lo último con lo que quiero lidiar esta noche. No me voy a involucrar en el drama de otra mujer. Entre las lágrimas y el maldito coche lleno de cosas, tiene escrito "desastre" por todas partes, y no quiero que me atropellen de nuevo.

Tiene que irse.

Mis talones se arrastran mientras me dirijo de vuelta al coche. *No quiero hacer esto. No quiero hacer esto*. Es un estribillo constante que corre por mi cabeza. Tomo un respiro profundo, luego extiendo la mano y golpeo con el puño su puerta.

3

BECCA

ME DESPIERTO CON UN GRITO. Allí, de pie al otro lado del cristal, hay una gran forma oscura. Parpadeo rápidamente, tratando de obtener una mejor vista, pero todo lo que puedo ver es una silueta. Las estúpidas luces del taller están detrás de la figura, creando un halo a su alrededor.

Pensamientos locos revolotean por mi cerebro adormilado. ¿Es esto una visita? ¿Vienen los alienígenas a por mí? ¿Me van a hacer una exploración? Ese último pensamiento no es tan horripilante como debería ser.

He estado en una especie de sequía.

Mi corazón late con fuerza mientras saco las llaves del encendido y las deslizo entre mis dedos como si fueran unos nudillos de latón puntiagudos. Una voz profunda me sobresalta.

—No puedes aparcar aquí. Y definitivamente no puedes *dormir* aquí. Es hora de irse. Ahora.

Tiene el tipo de voz que normalmente me encantaría. Una voz que me daría escalofríos mientras me susurra cosas sucias al oído. Pero, ¿diciéndome que me vaya? ¿Como si yo quisiera estar durmiendo en mi coche en esta zona desierta?

Sí, la odio.

Gimo, tratando de despertarme y ordenar mis pensamientos. De ninguna manera voy a abrir esta puerta. Necesito ralentizar esto y hacer que mi cerebro funcione. Cubriéndome los ojos, bajo la ventanilla una rendija. —¿Puedes moverte, por favor? —le pido—. No puedo verte.

Lo oigo murmurar antes de que se aparte de mi puerta, hacia el capó, y 'Vaya'. Ahora sí que es un hombre. No soy ajena a los hombres guapos. He luchado literalmente con cientos de ellos.

Pero guapo no es la palabra que usaría para este hombre. Poderoso. Cincelado. Intenso. Rudo. Esas palabras tampoco le hacen justicia, pero son las mejores que se me ocurren a las... entrecierro los ojos para mirar mi teléfono... 2:37 AM. Tiene el pelo oscuro rizado alrededor del cuello de su camisa de franela negra. Su mandíbula de granito está ensombrecida por la barba incipiente del día. Puedo ver el músculo que se contrae en su mejilla.

Oh, ¿estás molesto, hombre sexy? Qué mala suerte.

Mis ojos recorren su garganta, deteniéndose en la V abierta de su camisa antes de deslizarse sobre los poderosos brazos expuestos por los puños enrollados. Me encanta cuando los chicos hacen eso. Lleva unos vaqueros oscuros, con el material descolorido donde se tensa contra sus gruesos muslos.

Se aclara la garganta, y le lanzo una mirada a su rostro tormentoso antes de apartar los ojos y aclararme la garganta.

—¿Quién eres? —le pregunto con calma.

—Estás en mi propiedad, señora. ¿Quién coño eres tú? ¿Por qué estás durmiendo en mi entrada?

Bueno, adiós a lo de tranquila, serena y calmada. Supongo que no será ese tipo de conversación.

Bien.

No es realmente mi fuerte.

Su actitud me está afectando. Puedo sentir el sarcasmo subiendo por mi garganta, pero lo contengo, no estoy lista para perder el control.

—Ah, rayito de sol, ¿por qué no dormiría aquí? Parecía tan acogedor. —Genial, Becca, vaya forma de molestar al tipo gruñón.

Me arriesgo a echar un vistazo a su cara, y juraría que veo su labio curvarse hacia arriba. No puedo decir si es una sonrisa o un gruñido.

—¿Te importaría salir del coche? —me pregunta mientras retrocede. Bufo. Ni de coña.

—Ni en sueños, rayito de sol. No soy lo suficientemente guapa como para que mi desaparición salga en las noticias. Nadie me buscaría después de que me hubieras asesinado. —Me doy una palmada en la frente y luego deslizo la mano para cubrirme los ojos. Genial, Becca, vaya forma de decirle que eres un blanco fácil.

Tose. Su voz suena ahogada cuando pregunta: —¿Así que ahora soy un asesino? ¿Por qué coño querría asesinarte? ¿Qué ganaría yo con eso?

—Podrías ser un maníaco sexual loco y querer usar mi piel para hacerte un vestido. Son los tipos guapos de los que hay que tener cuidado, ¿sabes? Te atraen, te hacen pensar que solo vas a divertirte un poco y, ¡zas! —digo, dando una palmada—. Estás en una puta nevera. Yo no. Ni de coña.

—Hay tantas cosas mal en eso que ni siquiera sé por dónde empezar. —Suena desconcertado. Es un estado en el que muchos hombres han estado mientras hablaban conmigo. Me mira como si fuera una nueva especie extraña de anguila, girando la cabeza de un lado a otro como si un nuevo ángulo le ayudara a descifrarme. Buena suerte, amigo. Muchos hombres lo han intentado. Todos han fracasado.

Inclina la cabeza. —Tienes que elegir un nuevo lugar para aparcar. No puedes dormir aquí. Hay algunos barrios más seguros a unos kilómetros al sur de aquí. —Sacude el pulgar detrás de él y luego cruza sus grandes y estúpidos brazos musculosos sobre su pecho como si hubiera resuelto el problema.

¿Por qué coño hacen eso los hombres? Asumir que necesito que un hombre grande y fuerte elabore un plan para mí. ¿Como si este fuera realmente mi Plan A? Jesús, a estas alturas estoy en el puto plan X. Dejo que mi frustración y enojo latentes salgan a jugar un poco.

—Oh. Vaya. ¿En serio? —digo, abriendo los ojos mientras me doy una palmada en el pecho —. ¿Quieres decir que debería arrancar este coche y conducir hasta una calle más segura? ¿Tal vez una con casas bonitas y un lindo parquecito? ¿Cómo no se me había ocurrido? ¡Gracias! ¡Eso es muy útil! —Le doy una gran sonrisa, aflojo los dedos alrededor de mis llaves y meto la llave en el contacto.

Lo miro a los ojos, sonriendo como una loca mientras giro la llave. Hace un ruido de clic y luego nada. Dejo que mis ojos se abran más e intento de nuevo. Luego los abro aún más y lo intento una vez más. El tic ha vuelto a su mandíbula.

—Caramba, señor, mi coche no arranca. ¿Qué voy a hacer? —Me doy golpecitos en la sien con el dedo índice—. ¡Ya sé! Lo llevaré a un taller para que un mecánico le eche un vistazo. —Miro a mi alrededor, fingiendo estar desconcertada, antes de jadear repentinamente y señalar—. ¡Oh, cielos! ¡Mira eso! ¡Un taller!

Ahora está gruñendo, pero no le tengo miedo.

Lo cual es estúpido.

Estoy sentada en una calle vacía con una fina capa de cristal separándome de un hombre grande y gruñón. Debería estar asustada. Tal vez mi umbral de miedo se ha desplazado después de todo lo que ha pasado en los últimos seis meses. De todas formas, no puedo reunir ningún pánico. Estoy agotada.

—Abre el puto capó —gruñe mientras se dirige al frente de mi coche. Debato ignorarlo, pero honestamente, no es como si pudiera empeorar las cosas. Y si este es su taller, tal vez pueda arreglarlo rápidamente.

Decisión tomada, me inclino y tiro de la palanca para abrir el capó, luego deslizo mis pies en mis chanclas. Es una calle jodidamente oscura, pero el hecho es que este tipo parece lo suficientemente fuerte como para romper el cristal de un puñetazo si quisiera hacerme daño. Mi instinto nunca me ha fallado, así que confío en él y me desenredo de mi manta, luego desbloqueo la puerta y salgo silenciosamente del coche.

Me subo la capucha y meto mis manos heladas en el bolsillo, observando esos grandes hombros trabajando bajo mi capó. Me quedo allí, mirando, escuchando cómo murmura entre dientes. Los murmullos se están convirtiendo en gruñidos de nuevo, y me acerco más a él. Se endereza y cierra el capó de golpe, luego da un paso en mi dirección antes de quedarse paralizado.

Sus ojos me recorren, desde mis dedos de los pies con esmalte azul descascarado hasta mis gruesos muslos y anchas caderas, pasando por mi vientre nunca plano, antes de fijarse en mis ojos. Da otro paso hacia mí y, sin pensarlo, separo más las piernas, retrocediendo un poco con un pie, adoptando naturalmente mi postura de combate. Puede que no crea que sea una amenaza para mí, pero sería una idiota si no tomara al menos algunas precauciones.

Este tipo es enorme. De hecho, tengo que levantar la vista para mirarlo, algo que casi nunca tengo que hacer. Hago algunos cálculos mentales rápidos, pero concluyo que aún puedo derribarlo si es necesario. Se mueve como alguien que sabe defenderse, pero no como si hubiera tenido entrenamiento formal. He derribado a tipos más grandes que él sin romper a sudar. Además, hay frustración y agresión en cada línea de su cuerpo, pero cada vez que arremete, lo dirige lejos de mí.

No, no va a hacerme daño.

Mi corazón vuelve a acelerarse, pero esta vez no es por miedo. La forma en que me mira, como si quisiera echar un vistazo debajo de mi sudadera, es... interesante. Aparto mis ojos de los suyos y rápidamente me coloco los mechones de pelo sueltos detrás de las orejas, luego meto las manos de nuevo en mi suéter.

—Entonces —digo—, ¿has tenido suerte?

Ya sé la respuesta. Mi suerte se acabó hace mucho tiempo. Él permanece en silencio, y vuelvo a mirarlo de reojo. El hombre sigue mirándome fijamente. Parece como si alguien le hubiera golpeado en la nuca. Oh, Dios mío. Me apresuro hacia él y pongo mis manos en sus brazos.

—¿Estás bien? —le pregunto, escrutando sus ojos.

Mi formación en primeros auxilios pasa por mi mente. ¿Tal vez está teniendo un problema de azúcar en la sangre? Sus ojos están clavados en los míos. Su respiración es errática. Muevo una mano para presionar sobre su corazón.

—¿Estás herido? —le pregunto.

Sus ojos se deslizan hacia mi mano en su pecho. Su cuerpo se estremece, luego da un paso gigante hacia atrás, alejándose de mí. —Estoy bien —Se da la vuelta y se pasa las manos por el

pelo. Entrelaza los brazos detrás de la cabeza y camina de un lado a otro frente al taller.

Cierro los dedos sobre mis palmas calientes y hormigueantes, luego las deslizo en mi bolsillo. ¿Qué demonios ha sido eso?

4

KADE

¿QUÉ DEMONIOS FUE ESO? Mi pecho arde donde me tocó. Se sintió como llamas recorriendo mi cuerpo. Todavía puedo sentir sus ojos sobre mí. Los ojos más grandes y azules que he visto jamás.

No puedo mirarla.

En lugar de eso, camino de un lado a otro frente al taller, tratando de convencer a mi polla de que se calme. La cabrona debe estar necesitada. Ha pasado un maldito año. Esa debe ser la razón por la que está intentando atravesar mis vaqueros.

Joder, huele tan bien. Toques de vainilla y menta. Es exactamente mi tipo.

Exuberante.

Quiero probarla. Y eso me cabrea. Este 'ELLA' es lo último que necesito ahora mismo. No tengo tiempo para ninguna de estas mierdas. Ni para el coche claramente lleno de todas sus pertenencias, ni para los grandes ojos azules, ni para las curvas interminables.

Nada de eso.

Entre mi trabajo aquí y las montañas de papeleo que me esperan en la oficina central, ya estoy al borde del precipicio, y toda esa cosa de damisela en apuros que tiene está presionando todos mis botones. Siento que surge toda mi vieja programación. Diciéndome que la cuide, que la mantenga a salvo. Que haga cualquier cosa por ella.

Tengo que luchar contra eso. Ya no soy ese tipo que piensa que si hago un poco más, si sirvo un poco más, si soy un poco más, ella estará bien. Esta mujer no es mi responsabilidad.

Aprieto más fuerte la parte posterior de mi cuello, usando el dolor para enfocar mis pensamientos. No sé cuál es la decisión correcta aquí, pero de ninguna manera puede dormir en su coche. Puedo sentir que mi necesidad de entender por qué está en esta situación aumenta, pero la reprimo.

No te involucres.

No te involucres.

Inhalo profundamente y contengo el aire, fingiendo que estoy sentado en el fondo de la piscina de mi condominio viendo burbujas de aire flotando hacia la superficie, luego lo suelto lentamente. Me giro hacia ella y encuentro sus ojos. —No puedes dormir aquí afuera. No es seguro. Te llevaré a un motel a unas cuadras de aquí.

Ella levanta la barbilla y cruza los brazos sobre sus pechos. Siento que se me hace la boca agua como a un perro mirando un jugoso filete. Es jodidamente molesto. ¿Por qué ahora y por qué esta mujer?

—Eso no es necesario. Me quedaré aquí. De todas formas, ya casi amanece. ¿A qué hora abre el taller?

—Es muy necesario —contesto bruscamente—. No te vas a quedar aquí.

¿Por qué no escucha? Sus reacciones no tienen ningún sentido. Claramente está en una situación de mierda. ¿Por qué se ve tan malditamente calmada?

Mientras echo otro vistazo al interior de su coche, me doy cuenta de cuál es el problema.

Ah, mierda, me estoy involucrando.

Pero solo un poco.

—Yo cubriré el motel por la noche. Y podemos mover tu coche a la parte de atrás en el patio cerrado. Tus cosas estarán seguras allí.

Ella se está tocando la barbilla de nuevo, y me siento inclinándome hacia adelante, preguntándome qué dirá a continuación. Hasta ahora, ha sido descarada como el infierno, y odio admitirlo, pero sería bastante divertida también si no fuera la mitad de la noche. Su cabeza asiente como si hubiera decidido.

Por fin.

Me doy la vuelta, sacando las llaves de mi bolsillo cuando su voz me detiene.

—No. No voy a ir. Gracias de todos modos —dice mientras abre la puerta del conductor.

No puedo detener las palabras que salen de mi boca.

—¿Tienes un puto deseo de morir, señorita? De ninguna manera vas a morir en mi propiedad. No tengo tiempo para lidiar con la policía. Sube a mi maldita camioneta. Ahora. —La alcanzo en cuatro grandes zancadas y tomo su codo, planeando hacerla subir a la camioneta. Quiero terminar con esto.

Solo que de alguna manera, su codo ya no está allí.

Trato de agarrarlo de nuevo, y ella agarra mi muñeca con un agarre poderoso. Me quedo inmóvil, sorprendido por su fuerza y encuentro sus ojos.

Mierda.

No sé qué esperaba ver en su rostro. ¿Enojo tal vez? Estoy siendo un imbécil y lo sé. Así que el enojo tendría sentido. ¿Miedo o preocupación, quizás? Soy un tipo grande y ya ni siquiera estoy tratando de usar mis modales. Estoy acostumbrado a que la gente sea cautelosa a mi alrededor. Cualquiera de esas cosas tendría sentido para mí. Pero no. Sus ojos están arrugados. Está *sonriendo*.

¿Qué carajo?

Aprieta mi muñeca. —Ay, cariño, me encantaría bailar. Pero es la mitad de la noche. ¿Por qué no lo dejamos para otra ocasión? —Ella levanta su otra mano y me da una palmadita en la mejilla, de la misma manera que la Sra. Marshall solía hacerlo después de que reparara su Oldsmobile por millonésima vez. De una mujer de ochenta años, tiene sentido. ¿De esta mujer? Ya no tengo idea de lo que está pasando.

—Estás jodidamente loca.

Ella se ríe alegremente y asiente con la cabeza antes de inclinarse hacia mí, levantándose de puntillas. Es alta, debe medir casi un metro ochenta. Su boca se acerca a la mía y susurra: —No tienes ni idea, grandullón.

5

BECCA

LOS OJOS del tipo gruñón están fijos en mí, observándome con cautela. Debería estar preocupada. Soy una mujer al límite aquí. Creo que finalmente está entendiendo la situación, pero tal vez debería explicárselo.

—No me voy a ir. ¿No me quieres en tu propiedad? Bien. La sacaré a la calle y la estacionaré allí —estoy entrando en la tierra del "me importa un carajo". Ha sido un viaje de mierda hasta ahora, a través de las traicioneras tierras del dolor y la pérdida, así que espero poder quedarme un rato. Abro la puerta, preparándome para entrar.

—¡Esa no es una puta solución! —ruge. Ruge. Como un león grande y gruñón.

—Joder, tío. Necesitas calmarte de una puta vez, o vas a terminar teniendo un ataque al corazón. Realmente no quiero tener que llamar a la ambulancia y responder un montón de preguntas —digo, repitiendo sus palabras. Estoy bromeando, pero en parte no. No se ve nada bien—. Ese tono de rojo no te favorece.

Cierro la puerta de golpe y camino de vuelta hacia él. Me observa, con el pecho agitado. Extiendo la mano y la planto en medio de su enorme pecho, mirándolo fijamente a los ojos.

—Respira conmigo —tomo una gran bocanada de aire. Él solo observa, y le doy una palmadita en el pecho de nuevo—. Respira. Una gran respiración profunda y mantenla —tomo otra respiración profunda, aliviada cuando él también lo hace. La mantengo, marcando cinco en su pecho antes de exhalar lentamente—. Bien. Otra vez —lo hacemos unas cuantas veces más, y su color mejora.

Solo lo conozco desde hace quince minutos, pero ya sé que está demasiado estresado.

—Necesitas centrarte, tío. Dame tres cosas —me mira confundido, y elaboro—. Dime una cosa que puedas oír —me estudia, sus ojos alternando entre los míos antes de responder.

—El tráfico en la autopista —inclino la cabeza, escuchando hasta que puedo oír el tráfico en la autopista a lo lejos.

—Bien. Ahora dime una cosa que puedas oler.

—Vainilla —sonrío, me gusta esa. Y me sorprende un poco que mi loción corporal aún persista.

—Ahora, dime una cosa que puedas sentir.

Sus ojos se clavan en los míos, mirando con una intensidad que me envía un escalofrío por la espalda. Debe ser el frío.

—Tu mano en mi pecho —golpeo suavemente mis dedos en su pecho en respuesta.

—Bien. Solo sigue respirando, grandullón —dejo que mi mano se demore un poco más en su pecho antes de dar un paso atrás. Su mano se levanta, atrapando la mía por un momento, antes de dejarme ir.

Ahora soy yo quien necesita centrarse.

El zumbido de la luz del taller. Rastros de colonia almizclada. La brisa agitando mi cabello.

De repente estoy agotada. Ya no quiero pelear con este hombre. Ya no es divertido.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto en voz baja.

—Kade Dixon —su voz aún es áspera, pero mucho más calmada que antes.

—Encantada de conocerte, Kade. Soy Becca.

Kade arquea una ceja.

—¿Rebecca?

—No si quieres vivir para ver el amanecer, tío.

Un atisbo de sonrisa se asoma antes de que aplane la boca.

—Becca —dice—, no puedes dormir aquí fuera.

Esto otra vez. Creo que entiendo de dónde viene. Pero simplemente no puedo ceder en esto. No dejaré que pague por mí. Eso no va a pasar, joder.

—Estamos en un punto muerto, Kade. Tú no me quieres aquí. Y yo no tengo a dónde ir.

Bueno, eso técnicamente no es cierto, pero la idea de llamar a uno de mis conocidos y suplicar por un lugar en su sofá no es muy atractiva en este momento. No quiero rememorar a papá. No quiero hablar de los viejos tiempos buenos ni reproducir el final para ellos. Quiero guardar todo el dolor y las lágrimas por ahora. Más tarde los sacaré de nuevo. Cuando ya no pueda evitarlos.

Lo veo acumulando otra oleada de vapor y levanto la mano.

—¿Qué es lo que realmente quieres, Kade?

Echa la cabeza hacia atrás confundido.

—Ya te lo he dicho, joder. Quiero que te vayas.

—Vale... pero me ofrecí a salir de tu entrada. No parecía gustarte ese plan. Quiero decir... REALMENTE no te gustó ese plan —omito la parte de *rugiste como un león rabioso*, aunque tengo unas ganas serias de pincharlo un poco más.

No he tenido una conversación como esta en casi un año. Una interacción que no involucrara palabras medidas, disculpas o silencios incómodos y tristes. Es liberador hablar con alguien que no parece importarle una mierda lo que pienso. O por lo que he pasado.

—No es nada seguro que duermas en tu coche, joder. Es un plan estúpido de cojones.

Tengo que admirar su habilidad para insertar *joder* en casi cada frase. Conozco a algunos mecánicos, a la mayoría también les encanta la palabra, pero él realmente es el mejor de todos.

—Es un poco estúpido —admito—, pero ni siquiera está entre las cinco cosas más estúpidas que he hecho esta semana —niego con la cabeza ante el desastre que ha sido esta semana—. Estaré bien.

No parece convencido. Ni un poquito. Puedo verlo pensando en formas de conseguir que haga lo que él quiere. Debería ahorrarle el problema, explicarle que ni una excavadora podría moverme si no quiero ser movida, pero ¿dónde estaría la diversión en eso?

Huh. Tal vez no estoy cansada de joderlo.

Finalmente, suspira, pasándose las manos por el pelo.

—No irás a un motel —niego con la cabeza, conteniendo la sonrisa que quiere escapar.

—No tiene sentido. Amanecerá en... cinco horas —gruñe y luego se da la vuelta y se aleja, abriendo la puerta de la oficina y desapareciendo dentro—. Encantada de conocerte también —murmuro, un poco desconcertada por la salida abrupta.

En realidad, es un poco decepcionante. Realmente me estaba gustando el acto protector y gruñón que tenía, pero supongo que se agotó. La mayoría de los chicos que conozco en casa

serían más propensos a venir a mí en busca de protección que a ser protectores. Me encojo de hombros ante mi desilusión y me deslizo de vuelta al coche. Probablemente sea mejor si lo saco de su propiedad, de todos modos.

El chirrido de las puertas de arriba me sobresalta. A través de mi parabrisas, veo el poderoso cuerpo de Kade silueteado mientras sale de la bahía y se dirige hacia mí. Mi estómago da un feliz vuelco; después de todo, no se lavó las manos conmigo.

Se detiene en mi puerta aún abierta.

—Pie en el freno, gira la llave —sigo sus instrucciones. Tal vez debería preguntar cuál es el plan, pero honestamente no me importa. No se alejó, y estoy demasiado feliz por eso como para cuestionar mi repentina buena suerte. Me lo merezco, de todos modos.

—Mete el pie —gruñe.

Levanto el pie del pavimento y lo recojo, un poco desconcertada. Esperaba que fuéramos a empujar el coche hacia el taller, pero quizás solo vamos a dejarlo rodar hacia atrás por la ligera pendiente. Tal vez sí quiere que me estacione en la calle.

Sacudo la cabeza ante mis tontas esperanzas, luego pongo el coche en punto muerto. Él baja mi ventanilla, murmurando entre dientes, luego cierra mi puerta y pone una mano en el volante y la otra en el marco.

—Quita el pie del freno.

Un momento. ¿Este tipo va a intentar empujar este coche, cargado conmigo y todas mis cosas, hasta el taller?

Sí, lo va a hacer. Aparentemente sin siquiera sudar.

Me doy cuenta de que mis manos están flotando sobre el volante y las dejo caer en mi regazo. Parece que mi ayuda no es necesaria. En absoluto. Observo con los ojos muy abiertos cómo nos acercamos a la bahía, luego echo miradas furtivas al rostro de Kade.

Su cara está notablemente tranquila, pero puedo ver el esfuerzo en el movimiento de sus hombros y los músculos de sus brazos que se marcan y se tensan. Sus nudillos cicatrizados están blancos por la fuerza de su agarre. Tiene que ser una de las cosas más sexys que he visto jamás. Su fuerza y concentración. La confianza con la que guía el coche hasta la bahía vacía, alineando los neumáticos con el elevador.

Todo esto me ha puesto un poco acalorada.

—Ahí. Frena. —Mantiene su posición hasta que vuelvo a poner el coche en estacionamiento y apago el motor. Me recuesto en mi asiento y dejo que mis ojos recorran sus brazos ahora relajados y fijo mi mirada en la suya.

—¿Qué está pasando? —pregunto en voz baja.

Kade me estudia, ordenando sus pensamientos antes de responder.

—Puedes dormir en la sala de descanso.

¿Cómo pasó de "tienes que irte" a "duerme en la sala de descanso"?

—Eres un hombre muy confuso —le digo con los ojos muy abiertos.

Él resopla, con la boca torcida.

—Nah, soy bastante jodidamente predecible. —Negando con la cabeza, se aleja—. La sala de descanso está por aquí.

Agarro mi manta y mi teléfono y me apresuro tras él. De ninguna manera voy a darle tiempo para que cambie de opinión. No estoy dispuesta a aceptar dinero de él, pero ¿una noche en el sofá dentro de un edificio? Esa es una mejora sobre la que no voy a discutir.

Lo alcanzo en la puerta de la sala de descanso. Enciende la luz fluorescente y luego se hace a un lado.

Hay un sofá viejo pero de aspecto limpio contra la pared del fondo, con una mesa de café desgastada frente a él. A la izquierda hay una pequeña cocineta con un microondas y un horno tostador. A la derecha hay una pequeña mesa para cuatro personas que parece sacada directamente de los años 80. Todo el lugar se ve realmente limpio.

—Esto no es lo que me imaginaba que sería la sala de descanso de un taller.

Kade levanta una ceja.

—¿No hay suficiente grasa?

Sonrío.

—¡Pues sí! Además, no hay chicas de calendario en las paredes. Estoy un poco decepcionada, la verdad.

—Me rompes el corazón —dice con sarcasmo.

Me río, luego me dirijo al sofá, dándole un pequeño rebote de prueba antes de tirar mi manta encima.

—Gracias por esto. De verdad. Estaría bien en mi coche, pero agradezco la oportunidad de estirarme. Este cuerpo —digo, haciendo un gesto de arriba abajo— no está hecho para dormir en un coche.

Los ojos de Kade recorren lentamente mi cuerpo. Emite un sonido de aprobación, luego se aparta de la pared.

—El baño está aquí —dice, luego pasa de largo y toca la puerta justo fuera de la sala de descanso—. Buenas noches.

—¡Woah! Espera un segundo. Tengo preguntas.

Él se queda inmóvil, luego exhala pesadamente, con los hombros tensos.

—Por supuesto que las tienes —murmura. Espero a que se dé la vuelta, pero me resigno a tener una conversación con su espalda cuando no lo hace.

—Está bien. Entonces, ¿a qué hora tengo que salir de aquí? ¿Cuándo llegan los chicos?

Se gira para mirarme, cruzando los brazos sobre el pecho de nuevo. La mirada fulminante ha vuelto. ¿Por qué demonios me está fulminando ahora?

—A las ocho —dice secamente. Bueno, ese tono de voz puede irse a la mierda.

Levanto una ceja.

—De acuerdo. Entonces me iré a las siete y media. Puedo ir a dar un paseo o algo hasta que abras oficialmente. ¿La puerta se cerrará sola cuando salga?

Lo último que quiero es que alguien entre mientras estoy durmiendo. Siento que conozco un poco al gruñón que tengo delante, pero ¿otro tipo? No, gracias. Así que salir antes de que llegue alguien más me parece un plan brillante.

—Tenemos cámaras de seguridad en todas partes.

—Está bien... pero ¿cómo cierro?

—No te voy a dar una puta llave.

Es mi turno de gruñir.

—No quiero una puta llave. ¿Te pedí una llave? No recuerdo haberlo hecho. ¿Tengo amnesia temporal? Rápido, pregúntame quién es el Presidente. Oh Dios, ¿he olvidado los pasos de "Thriller"? —Pongo mis manos frente a mí y hago mi mejor baile de zombi. Estoy bastante segura de que no se parece en nada a los pasos de baile originales, pero es lo mejor que puedo hacer considerando que me echaron de la clase de baile en primer grado por darle un ojo morado a Lukas. El pequeño pervertido estaba tratando de mirarme debajo de la falda. ¿Qué más se suponía que debía hacer?

La voz de Kade interrumpe mi baile.

—Realmente tienes una bocaza, ¿eh? —Me mira como si me hubiera escapado de una institución mental. La prefiero a la mirada desconfiada y mezquina que tenía antes.

—Tengo un umbral bajo para las idioteces —le digo honestamente—. Es o sarcasmo o hacer sangrar a la gente. El sarcasmo es más llevadero para mi ropa.

—Sí —murmura—, supongo que lo sería.

Da unos pasos hacia mí.

—Estaré trabajando en la oficina toda la noche. No tienes que cerrar. —Luego se da la vuelta y se dirige al taller. Oigo de nuevo el chirrido de la puerta de arriba y espero unos minutos antes de escabullirme de vuelta a mi coche para agarrar mi almohada.

Mientras hago un saco de dormir con mi manta y me acurruco, no puedo decidir por qué la idea de que él esté a solo unos metros mientras duermo es reconfortante. Hay algo en él. Me río en silencio, pensando en la expresión de su cara cuando le dije que no podía bailar con él, y luego me quedo dormida.

6

BECCA

A LAS 7:30, suena mi alarma. Me estiro, moviendo los dedos de los pies, apreciando todo el espacio. Esto es mucho mejor que dormir en el coche. Estoy calientita y me siento descansada, aunque solo dormí unas horas más.

Aparto la manta y me pongo las chanclas antes de caminar lo más silenciosamente posible a través de las bahías de servicio hacia la oficina delantera donde Kade desapareció anoche. Necesito guardar mi ropa de cama y hacer pis, pero no puedo resistir el impulso de verlo. Me pregunto si esa atracción que siento hacia él seguirá ahí a la luz del día. Fue extraño. Estaba enojado y malhumorado, pero de alguna manera, me sentí más viva en los minutos que pasamos juntos que en todo el año.

Mi corazón da un vuelco cuando me detengo frente a la ventana que separa la habitación del taller. Claramente es una sala de espera para clientes con una puerta al exterior cerca de la ventana delantera y otra puerta junto a mí. Hay algunas sillas, pilas de revistas en una pequeña mesa de café y una planta muerta en la esquina. Al otro lado de la habitación está el mostrador de servicio con una computadora instalada, y más allá, acurrucado en un escritorio en la esquina, con la cabeza apoyada en el brazo doblado y profundamente dormido, está Kade.

Lo miro fijamente de la manera que no pude anoche. La mayoría de las personas se ven relajadas cuando duermen, pero no Kade. La línea entre sus cejas es profunda y su mandíbula aún parece tensa. La mano sobre el escritorio está cerrada. Me froto el pecho, preguntándome por qué este hombre parece estar a punto de librar una batalla, incluso mientras duerme. ¿Qué le pasó? Quiero saber más. Quiero saberlo todo, y no puedo evitar sacudir la cabeza y reírme un poco de mí misma.

Pensé que todo era una tontería.

Cuando era pequeña, me derretía cuando papá me contaba la historia de cómo conoció a mamá. Siempre decía que fue como un rayo que lo golpeó, y supo que haría cualquier cosa para hacerla suya. A medida que crecía, esa historia solo me entristecía. Papá no tuvo mucho tiempo con mamá antes de que ella se largara. Nunca lo vi salir con otra mujer. Me pregunto si sintió que valió la pena amar tanto a alguien solo para que se fuera. Y si deseaba que ese rayo lo hubiera esquivado.

Mis ojos se llenan de lágrimas al darme cuenta de que ya tengo la respuesta a esa pregunta. No cambiaría ni un segundo del tiempo que pasé con papá. Viviría cada momento de nuevo, incluso sabiendo el dolor que sentiría después de que se fuera. Y anoche, me di cuenta de que su historia sobre el rayo, bueno, no era una tontería. Porque sentí algo anoche.

Mientras observaba a Kade refunfuñar por el taller, claramente sin quererme aquí pero completamente incapaz de alejarse de mí hasta que estuviera a salvo, un sentimiento me invadió.

No fue un rayo. Fue una conciencia que crecía lentamente. Una pregunta.

—¿Quién tú? —dice una voz profunda detrás de mí.

Grito y me doy la vuelta en posición de lucha, lista para defenderme.

Y sí, me hago pis un poquito.

7

BECCA

VAYA, qué vergüenza.

El tipo enorme que está ahí da un gran paso alejándose de mí, mirando de un lado a otro. Buscando una salida, supongo.

—¡Perdón! —grito—. Me has asustado. —Uf. Tengo que bajar un poco el volumen—. Quiero decir, hola, buenos días. ¿Cómo estás en esta hermosa mañana? —Le hago un saludo torpe.

Sus ojos siguen moviéndose de un lado a otro, y sus manos se aferran a la correa de su bolsa de lona. Dios mío, ¿hacen a todos los hombres aquí gigantes? Este tipo es tan grande como Kade, quizás más. Su piel dorada lo hace parecer que pasa todo el día bajo el sol. Lleva un mono azul con un parche cosido con su nombre. Vuelvo a mirar sus ojos.

—¿Micah? ¿Ese es tu nombre? Soy Becca.

Él sigue retrocediendo. Mierda. Este hombre no está respondiendo a mi habitual energía extrovertida.

Borro la sonrisa maniática de mi cara y suavizo mi postura.

—Está bien, Micah. Siento haber gritado. Que tengas un buen día.

Retrocedo un poco y me relajo contra la pared de la oficina. Micah me mira brevemente a los ojos antes de caminar en un amplio círculo alrededor de mí. Me observa por el rabillo del ojo hasta que desaparece en el lado opuesto del taller. La luz cambia, y giro la cabeza para encontrar a Kade en la puerta abierta de la oficina. Está mirando hacia donde Micah desapareció.

—Siento haberlo incomodado —digo, preguntándome qué hice para ahuyentarlo.

Kade asiente con la cabeza, pero sus ojos están duros.

—Está bien.

Estudio su rostro.

—No parece que esté bien.

Kade se frota la mandíbula antes de responder.

—Micah es un poco diferente. No hiciste nada malo.

Asiento. Sé que hay más en esto, pero la cara de Kade se ha cerrado. Está claro que no vamos a discutir esto más a fondo.

—Examinaré tu coche y luego te diré lo que encuentre. Solo... espera un rato. —Me hace un gesto para que entre en la sala de espera vacía.

Le hago un saludo militar con una sonrisa.

—¡Sí, señor! —luego paso junto a él hacia la oficina y me siento en una de las sillas para clientes. Me subo la capucha, cruzo los brazos sobre el pecho y me deslizo en la silla. Bien podría sentarme aquí un rato y preocuparme por lo jodida que estaré si la reparación es tan cara

como Jake dijo que sería.

Las botas de Kade se mantienen apuntando hacia mí unos segundos más, y susurra «Señor» de una manera que hace felices a mis partes femeninas antes de alejarse. Me preocupo unos minutos más antes de hartarme de mí misma, levanto la cabeza y examino la habitación a mi alrededor.

Qué desastre.

Es obvio que los que llevan este lugar son un montón de chicos. A juzgar por las capas de mugre en la parte superior de la botella vacía del enfriador de agua, supongo que han pasado meses desde que se limpió esta habitación. Es extraño. El resto del taller está impecable. Todas las herramientas están limpias, los suelos están fregados. Demonios, incluso la sala de descanso donde dormí estaba cuidada.

Pero aquí en esta oficina, ha sido completamente descuidada.

Miro por la ventana hacia el taller y veo dos pares de piernas cerca del capó de mi coche. Estoy segura de que los chicos estarán ocupados un rato, y nunca he sido buena estando ociosa. Bien podría hacerme útil por un tiempo. Es lo mínimo que puedo hacer para agradecerle por dejarme dormir en el sofá anoche.

Estoy subida en una silla fregando la ventana sucia cuando oigo a Kade volver a entrar en la habitación. Tuve que quitarme la sudadera diez minutos después de empezar a limpiar, así que solo llevo puesta mi camiseta blanca sin mangas de *Tyler's Brazilian Jiu Jitsu* y mis mallas negras. Él no dice nada, y juraría que siento sus ojos clavados en mi trasero moviéndose. Cuando ya no puedo soportar más la tensión, lo miro.

Sí. Mirando mi trasero.

—¡Eh! Los ojos aquí arriba, grandullón.

Se sobresalta y devuelve sus ojos a los míos. Sonrío con suficiencia y levanto una ceja, pero no digo nada más.

—Ah... Em —se aclara la garganta—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Sabes esa cosa marrón que está por toda la oficina? ¿Eso que se te pega en la ropa y te hace estornudar? Eso se llama suciedad —continúo cantando como si estuviera enseñando a una clase de jardín de infantes—. ¿Y saben cuál es la mejor manera de deshacerse de la suciedad, niños y niñas? —Arrugo la nariz, preguntándome si seguirá el juego.

—Limpiarla —responde con voz monótona. Pero puedo ver el tic en la comisura de su boca. Está jugando.

Aplaudo emocionada.

—¡Oh, eso está muy bien, Kade! ¡Gran respuesta! —Me río, disfrutando completamente. Me vuelvo hacia la ventana y le doy una última limpiada antes de bajar de la silla.

Kade levanta los brazos y da un paso hacia mí, luego se detiene y pone las manos detrás de la espalda. Hmm. ¿Iba a atraparme? La idea de saltar a sus brazos y aplastarlo como un panqueque me hace sonreír. Aunque, por otro lado, es bastante grande. Tal vez podría atraparme. Estoy considerando saltar sobre él para ver cuando noto que el ceño fruncido ha vuelto.

Mierda, esto no va a ser bueno.

—Puedes decirlo. El coche está jodido, ¿verdad?

Suspira y baja la mirada.

—Sí. Se puede arreglar. Pero va a costar unos tres mil dólares hacerlo bien.

Inclino la cabeza y lo considero. Eso no es lo que Jake me había dicho. Las reparaciones iban a ser más bien cinco mil. De ninguna manera Jake inflaría la factura o se aprovecharía de mí. Habíamos orinado juntos en piscinas para niños cuando éramos pequeños. Somos como familia.

Así que ¿tres mil? Kade definitivamente está descontando la factura. Murmuro en el fondo de mi garganta. Ahí va otra vez, tratando de darme dinero. Está siendo astuto al respecto. ¿Por qué haría eso por una mujer que no conoce?

—No tengo tres mil dólares —admito.

Kade asiente lentamente.

—Sí. Me lo imaginaba. —Exhala un gran suspiro y mete las manos en sus bolsillos, levantando los hombros—. Yo cubriré el costo. Va a tomar un par de días conseguir las piezas y hacer el trabajo, pero deberías tenerlo de vuelta antes del fin de semana.

¿Así sin más? Podría estar de camino a... ¿dónde? Mi plan de mudarme a Chicago ya era bastante improvisado para empezar. Ahora que no tengo dónde quedarme, parece aún más estúpido.

Mucho más estúpido.

Estupidísimo.

Lo que sea.

Cuando se trata de ello, no tengo ni idea de adónde se supone que debo ir, o qué se supone que debo hacer a continuación. Esta mierda de ser adulta es para los pájaros.

Kade me mira expectante, como si anticipara mi *sí*. Jesús. ¿Quién es este hombre? ¿Quién hace eso? Darle tres mil dólares a una desconocida como si nada. Sin mencionar las horas que tendrán que pasar para arreglarlo. Me tomo un momento para encontrar las palabras adecuadas.

—Eso es muy generoso de tu parte, Kade. De verdad. No sé qué decir excepto... ni de coña —sonrío y asiento hacia él. Los hombros de Kade caen, sus ojos se ensanchan y su boca se abre.

—Yo... ¿Qué?

—Lo siento. Eso salió mal —Se relaja de nuevo y continúo—: Ni de coña vas a arreglar mi coche y pagarlo tú mismo. Pero muchas gracias por la oferta.

Su boca está abierta de nuevo. El pobre tipo parece tan confundido.

—¿De verdad pensaste que te daría las gracias y simplemente te dejaría pagar? —Asiente lentamente hacia mí. Inclino la cabeza—. Hmm —digo, considerándolo—, ¿estoy en lo cierto al asumir que no soy la primera damisela en apuros a la que has ayudado?

El rostro de Kade se cierra, y tengo mi respuesta antes de que murmure:

—No.

—Ya veo.

Tiene un complejo de héroe. Lo de anoche tiene mucho más sentido ahora. Realmente no pudo alejarse y dejarme estar. Me pregunto por qué.

—Bueno, aceptar limosnas de extraños no es algo que yo haga. Limpio mis propios desastres —Cierto, este desastre es grande, pero siempre me encargo de mis cosas. Siempre. Aunque no tengo ni idea de cómo voy a hacerlo exactamente.

Pienso mejor cuando me muevo. Corriendo en el sitio, ordeno mis opciones—. Probablemente no valga la pena arreglarlo. Es un coche de quince años —Me detengo para morderme la uña del meñique, pero mis piernas inquietas me obligan a seguir moviéndome—. Tengo un poco de dinero. Tal vez pueda encontrar un albergue. O ir de casa en casa. Pero mierda, ¿dónde guardo mis cosas?

Soy vagamente consciente de la cabeza de Kade balanceándose en mi visión periférica.

—¿Quizás un hotel por unos días? Pero entonces, ¿qué? Habré gastado todo el dinero que tengo antes de darme cuenta. Incluso si consigo un trabajo con buenas propinas, me llevará una eternidad ahorrar lo suficiente para pagar otro mes de alquiler por adelantado. ¡Agh! ¡Que te jodan, Cassandra! —termino dramáticamente, levantando ambos dedos medios al cielo.

La voz de Kade suena estrangulada cuando pregunta:

—¿Quién es Cassandra? —Dejo de trotar y me giro hacia él.

—Es una puta mentirosa, ladrona y conspiradora —La cara de Kade parece algo sudorosa—. ¿Estás bien? Pareces un poco acalorado —Escondo mi sonrisa y salto un poco. Sí, su cara se queda en blanco y se pone más roja, y sus ojos se fijan en mi pecho.

—Son bonitas, ¿eh?

Kade se aclara la garganta y sacude la cabeza.

—¿Qué?

—¡Mis tetas! —Salto de nuevo para enfatizar—. ¡Mira! —Tengo que apretar los dientes para no reírme. Su cabeza se balancea cada vez que salto. Gracias, sujetador deportivo estirado.

Kade sacude la cabeza.

—¿Qué? No. Sí. Joder.

Se cubre los ojos por un minuto y toma un respiro profundo que estira su camiseta sobre su pecho. Ahora soy yo quien está mirando.

—¿Puedes concentrarte, por favor? —La frustración colorea sus palabras.

Asiento y dejo escapar mi sonrisa. Él entrecierra los ojos hacia mí, luego se aclara la garganta.

—Está bien —Alarga la palabra antes de continuar— Cassandra. Es una perra. ¿Por qué? ¿Qué te ha hecho?

No quiero contárselo. No quiero admitirlo ante este hombre tan compuesto. Este hombre, que puede gastar tres mil dólares en una desconocida sin pensarlo dos veces y tiene neumáticos en su camioneta que valen más que todo mi coche. Pero, ¿qué sentido tendría mentir? Me armo de valor, echo los hombros hacia atrás y lo miro directamente a los ojos.

—Es la mujer que me estafó dos mil setecientos dólares —Me presiono la palma de la mano contra la frente. Joder, ahora estoy sudando—. Le pagué el primer y último mes y un depósito de seguridad. Íbamos a ser compañeras de piso. Pero cuando llegué al edificio... bueno, ella no vive allí y nunca lo hizo.

Levanta las cejas y silba entre los dientes. ¿Cómo hacen eso los tíos? Pasé todo el verano entre quinto y sexto grado intentando aprender a silbar así.

Me desmayé tres veces.

—Bueno, joder. Puta ladrona es correcto —Da un paso hacia mí. Ha dejado de mirarme como un rompecabezas. En su lugar, parece... ¿enfadado?—. Y su número está fuera de servicio, ¿verdad?

Asiento. Él sacude la cabeza, caminando hacia el escritorio y agarrando papel y un bolígrafo, dejándolos en el mostrador de recepción entre nosotros.

—Escribe cualquier información que tengas sobre ella. Cómo os conectasteis por primera vez, nombres, número de teléfono, correo electrónico. Cualquier cosa que tengas —Sus ojos están ardiendo, una profunda V se forma entre sus cejas oscuras.

—¿Qué vas a hacer? —Parece que podría estallar de rabia. Es bastante sexy.

—¿Yo? Nada. Pero mi hermano Declan puede encontrar a casi cualquiera con solo un número de teléfono —Un pequeño escalofrío me recorre ante la idea de rastrear a esa perra. No me importaría mancharme la ropa con su sangre.

—Yo... eso es muy amable. Pero no puedo pedirte que hagas eso. Me las arreglaré por mi cuenta.

8

KADE

ME PREGUNTO qué se necesitaría para que volviera a trotar un poco más. Joder, la forma en que sus pechos rebotaban en esa camiseta sin mangas casi me provoca un infarto. Esta mujer no deja de sorprenderme. Cuando entré a la oficina y vi ese espectacular trasero redondo y meneante, casi me trago la lengua. Hipnotizado, me tomó un segundo registrar lo que estaba haciendo.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que se lavaron las ventanas. Ha hecho más limpieza en treinta minutos de lo que yo he hecho en los últimos cuatro meses. Los chicos se encargan de la parte de atrás, pero nunca les pediría que limpiaran el frente. Y su pequeña conferencia sobre el polvo. Joder, estoy dividido entre querer saber qué más dirá y querer besar esa boca descarada.

Está bastante claro que no es quien yo pensaba que era. Está pasando por un mal momento, sí, pero no está desesperada. Aún no está quebrada.

Estoy tan jodidamente aliviado de que esté bien.

Y estoy realmente preocupado por lo aliviado que estoy.

Sigo tratando de recordarme que esta mujer no es mi problema, pero no lo consigo. No es nada como esperaba, y el hecho de que me sienta atraído por ella ya no parece algo tan malo. Ella no es como las otras.

Eso creo.

Necesito más tiempo con ella para explorar esto. Este maldito sentimiento. Un sentimiento que nunca he tenido, con ninguna de las mujeres con las que he salido. Necesito un poco más de tiempo para entender esto. Y sí, asegurarme de que se recupere. Así que se me ocurre un plan estúpido justo en ese momento. —Mira. Has tenido una racha de mala suerte, ¿verdad?

Soy tan estúpido. Debería callarme ahora.

Ella asiente. —No tienes ni idea.

Mierda. Ahora quiero saber más, pero lo dejo de lado. —Lo entiendo. No tienes muchas opciones ahora mismo. Supongo que no tienes una tarjeta de crédito que puedas usar para conseguir una habitación de motel por un mes, ¿verdad?

Su cabeza negando no me sorprende. Si tuviera otras opciones, no habría estado durmiendo en su maldito coche.

—Bien. Está bien. Quizás podamos ayudarnos mutuamente aquí.

Claro, Kade, invítala directamente. Ya que estás en ello, podrías darle las llaves de tu camioneta y tu billetera. Ahí es donde va a terminar esto. Siempre lo hace. Pero soy incapaz de detenerlo. Ella ya me ha atrapado.

La forma en que entrecierra los ojos me dice que mi elección de palabras la ha puesto en guardia. Un caballero la tranquilizaría de inmediato. Yo no soy ningún maldito caballero. Deslizo una sonrisa burlona en mi cara y me inclino. —Tal vez nos rascamos la espalda

mutuamente... ¿sabes a lo que me refiero? —Muevo las cejas para aumentar el factor espeluznante. Sus ojos se entrecierran, recorriendo mi cara. La expresión en su rostro... es demasiado buena. Me quiebro y no puedo contener mi risa oxidada.

—Imbécil —murmura. Pero está sonriendo.

—Lo siento —balbuceo mientras me limpio los ojos. Joder. No es tan gracioso, pero he estado bajo presión durante tanto tiempo que es como si se abriera una válvula. Puedo sentir mi cuerpo relajándose de una manera que no lo ha hecho en meses.

Me enderezo y miro su rostro. Todavía me está sonriendo. Dios, ilumina toda su cara. Ese maldito rostro perfecto. Me pregunto cómo se verá cuando se despierte por la mañana, toda suave y cálida. Ese pensamiento me sobria, y pongo un poco más de espacio entre nosotros. —Mierda. Lo siento. Estaba jodiendo contigo un poco.

Mi sonrisa se desvanece mientras la miro. Barajo algunas historias que podría contarle para que acepte mi plan antes de darme cuenta de que la verdad es lo suficientemente patética como para funcionar. Algo me dice que ella no se tragará una historia de todos modos, y ya ha demostrado que no aceptará ningún favor de mi parte. Aunque, soy dolorosamente consciente de que podría estar trabajando en una estafa a largo plazo. No sería la primera vez que una mujer me tiene como objetivo.

—Me estoy ahogando —le confieso. Su sonrisa ha desaparecido, pero su rostro sigue siendo tan abierto. —No he dormido más de cuatro horas por noche en más de un año. Hay demasiado trabajo como para que siga así.

Dudo antes de decirle esta última verdad. No se lo he admitido en voz alta a nadie.

—He estado tomando antiácidos como si fueran malditos caramelos. Creo que me está saliendo una úlcera.

Sus ojos son cálidos, y da un paso hacia mí, su mano levantada como si fuera a tocarme, antes de bajarla a su costado. Quiero que me toque más que nada. Descarto el pensamiento aleatorio y me concentro en mi misión. Exagerando. Pero es la verdad. Real y sin adornos.

—Estás en una situación de mierda. Yo necesito ayuda. Quiero decir, mira alrededor —digo, señalando las pilas de papel cubiertas de polvo. —Es bastante obvio que las cosas se han ido a la mierda aquí.

—Me di cuenta —dice, mirando alrededor de la habitación de nuevo.

—Sí. Bueno, tenía una chica aquí al frente por un tiempo. Pero se mudó, y no he tenido tiempo de encontrar a alguien nuevo.

—Entonces, ¿exactamente con qué necesitas ayuda? —Su curiosidad ahuyenta la sospecha de su voz.

—Contestar teléfonos. Facturar a los clientes. Cobrar pagos y pedir piezas. Hablar con los malditos clientes. Toda la mierda para la que no tengo tiempo, pero que mantiene este lugar funcionando.

Ella se muerde ese jugoso labio suyo. —Nunca he trabajado en un taller.

Asiento, sabiendo que tendría que ser un maldito unicornio para haber aparecido en mi entrada completamente capacitada. —¿Has hecho algo parecido?

Me está estudiando, considerando su respuesta. Considerándome a mí. Mi piel se eriza bajo el peso de su mirada. —Comencé a trabajar en la oficina del Dojo de mi padre cuando tenía doce años. Ya me encargaba de todo el lado comercial cuando tenía quince.

El aliento se me escapa, y casi me doblo. Gracias a Dios. Aunque, honestamente, podría haberme dicho que era traficante de coca, y probablemente la habría contratado igualmente.

Estoy así de jodido.

—Entonces puedes hacer este trabajo. Puedo mostrarte nuestros sistemas y enseñarte cómo pedir piezas. Diablos, todos los chicos aquí pueden ayudar con eso. ¿Qué te parece?

Se muerde el labio y se recoge el cabello detrás de las orejas antes de responder. —¿Realmente necesitas la ayuda? —Asiento antes de que ella termine la pregunta.

—Sí, la necesito.

—Entonces, ¿cómo funcionaría esto? —pregunta tentativamente.

Oculto mi sonrisa. La he enganchado. Ahora a recoger el sedal. —Te pagaré la tarifa por hora vigente para un gerente de taller con experiencia. Te instalaremos arriba esta mañana, luego puedes empezar esta tarde. —Me gusta la idea de saber exactamente dónde está. Que estará segura. Sé que estoy invitando el caos a la oficina, pero puedo monitorear el lado comercial de las cosas y encontrar sus errores antes de que las cosas se pongan demasiado mal.

—¿Instalada arriba? —pregunta con una ceja levantada, la sospecha tiñendo sus palabras.

Con cuidado, Kade. —Hay un apartamento arriba. Ha estado vacío durante mucho tiempo. Me he quedado allí de vez en cuando cuando estaba demasiado cansado para ir a casa. Es básico, más un estudio que un apartamento. Pero es funcional. Y es seguro. —Era un maldito refugio. Para todos nosotros.

Las cejas de Becca casi tocan su línea del cabello. Su cara roja, brazos cruzados, dedos tamborileando en su brazo. —No necesito tu caridad.

Me paso las manos por el pelo con frustración. ¿Por qué es tan jodidamente difícil? Todas las otras mujeres que he conocido saltaban ante mi ayuda. Demonios, pedían más, y más aún.

Hasta que me dejaban seco.

Emocionalmente al menos. Tengo demasiado dinero como para que puedan llevárselo todo, aunque lo intentaron con todas sus fuerzas.

—No es maldita caridad. Es un lugar para quedarte por un tiempo. Es un trayecto fácil al trabajo. Y está vacío.

No parece convencida, así que la presiono.

—¿Qué otras opciones tienes, Becca?

Mierda. Sus ojos están vidriosos. Traga saliva, y quiero retractarme. Sí, necesito que se quede, pero no quiero herir sus sentimientos.

—Tienes razón. No tengo muchas buenas opciones. —Exhala—. Pero no me quedaré en un apartamento gratis. —Levanta la mano para cortar mis objeciones—. Pagaré un alquiler justo de mercado. —¿Qué demonios? No me gusta, pero asiento con la cabeza mientras ella continúa—Hagamos una prueba de dos semanas. Si las cosas no funcionan, cada uno seguirá su camino.

—Un mes —contraoferto—. Dos semanas apenas es tiempo suficiente para que te adaptes.

—Tres semanas. —Abro la boca para objetar, pero ella cruza los brazos y arquea una ceja. Su tajante —Tómalo o déjalo— me hace callar.

—Bien —murmuro—. Vamos a descargar tus cosas y subirlas. —Oculto mi sonrisa mientras me dirijo hacia su coche, satisfecho con el resultado.

Jaque mate.

9

BECCA

DEAMBULO por el apartamento después de que los chicos se hayan ido, pasando mis dedos por los muebles mientras exploro. Hay una capa de polvo en todo, pero no tanto como en la oficina. Este lugar es pequeño pero más grande que mi piso en Tokio. Y ese apartamento lo compartía con otras dos mujeres. El baño era del tamaño de un baño portátil. Las mañanas eran una pesadilla. El baño aquí es al menos el doble de grande.

Echo un vistazo rápido a la nevera para asegurarme de que funciona. Ya me comí todo lo que había empacado en mi pequeña nevera portátil. Hacer la compra va a encabezar mi lista de prioridades después del trabajo hoy. Me acerco al colchón de matrimonio apoyado contra la esquina más alejada. Está sobre una estructura sin cabecero. Parece que pertenece a una habitación de residencia universitaria o al dormitorio de un adolescente.

Kade sacó sábanas nuevas del armario, así que tal vez debería arreglar primero la cama. Cuando levanto una de las almohadas, puedo olerlo en ella. Ha estado durmiendo aquí más que "de vez en cuando", pienso. Me hace sentir mejor sobre mi decisión de aceptar el trabajo. No quiero que sienta que me estoy aprovechando de él, especialmente porque quiero conocerlo mejor.

Cambio las sábanas rápidamente, excepto una funda de almohada, lo cual admito que es un poco espeluznante, luego paso unos minutos en el baño lavándome. Me veo cansada, con círculos oscuros bajo los ojos, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. Es lo que hay. Uso agua para alisar los cabellos sueltos de vuelta a mi coleta, doy palmaditas en mis mejillas redondas y luego salgo.

La entrada al apartamento está en la parte trasera del taller, tras las puertas cerradas. Tengo que admitir que estar detrás de una capa extra de seguridad me hace sentir un poco mejor sobre este arreglo. La puerta tiene una buena cerradura sólida, pero no soy lo suficientemente tonta como para pensar que Kade me dio la única llave.

Me pregunto si entiende cuánta confianza estoy depositando en él. Una mujer soltera aceptando un trabajo y un apartamento de un hombre extraño es como empezaría una película de terror. Esta podría ser una de las cosas más estúpidas que he hecho en mi vida.

Pero aún así no puedo arrepentirme de mi decisión. Quiero estar aquí. Elegiría trabajar en un lugar como este antes que ser camarera cualquier día. Y honestamente, no tengo el temperamento para trabajar en un restaurante.

Demasiada cortesía. Seguro que acabaría con urticaria después del primer turno.

Además, quiero estar cerca de Kade. Lo cual es tan estúpido incluso pensarlo, considerando que conocí al hombre hace horas. Pero ahí está.

Todo lo que sé sobre él hasta ahora me dice que es un buen hombre. Y un hombre que me

necesita. Bueno, me necesita en su oficina al menos. Nunca antes había sido realmente necesitada por nadie. Papá disfrutaba teniéndome cerca y me daba muchos trabajos que hacer, pero siempre supe que podría haberlos hecho igual de bien él mismo, hasta que se enfermó, claro. Ahora, tener que aprender un nuevo negocio, pasar tiempo haciendo algo completamente diferente de mi rutina habitual, es una gran distracción del dolor.

Esto se siente diferente. Se siente como el comienzo de algo nuevo. Algo grande. No tengo nada que perder, incluso si se convierte en un completo imbécil y me voy en unas semanas.

Y es mejor que servir mesas. Seamos realistas. Acabaría golpeando a alguien.

Cuando regreso al taller por la puerta trasera, siento que he entrado en un nuevo mundo. Cuando Kade me llevó arriba, él, Micah y yo éramos las únicas personas dentro. Ahora cuento al menos otros cinco chicos en monos de trabajo en las cinco bahías. Veo a Micah en la bahía más alejada de la oficina y me dirijo hacia él. Me ve venir pero no dice nada. Me detengo a su lado y examino el coche en el que está trabajando.

—Vaya, qué porquería —murmuro.

Micah emite un sonido pero no responde. Este tipo es difícil de descifrar. Con su ayuda, habíamos descargado mi coche en unos quince minutos. Cada hombre llevaba más en un viaje de lo que yo llevaba en tres. Aun así, no obtuve ni un pío de Micah y eso solo me hace estar más decidida a descifrarlo. Tengo la sensación de que tendré que trabajar duro para lograrlo. Sin embargo, nunca he podido alejarme de un desafío.

—¿Por qué alguien arreglaría un coche tan destrozado como este?

Micah se endereza y me mira directamente a los ojos. —Amor —dice simplemente antes de darse la vuelta y alejarse.

¿Amor?

Misterioso cabrón.

Quiero ser como él cuando sea grande.

El resto de la tarde pasa volando en un borrón. Kade me enseña el programa de contabilidad y cómo pedir piezas. Atendemos a algunos clientes. El trabajo en sí no es difícil, pero la presencia de Kade es una gran distracción. Siempre me está mirando. Rozando mi brazo o mi espalda. Inclinándose cerca para mostrarme algo en la pantalla. Me está volviendo loca. Pensaría que es accidental, pero hay algo en sus ojos que me dice que no lo es. O tal vez eso es solo un deseo ilusorio.

He tenido novios antes, pero este nivel de conciencia de hipersensibilidad es completamente nuevo. Es como si mi cuerpo supiera exactamente dónde está él en todo momento. Como si pequeños hilos de electricidad corrieran entre nosotros. Es extraño, y maravilloso, y quiero más de eso.

Le entrego las llaves al último cliente del día, luego cierro la puerta tras ellos. Estoy cansada, pero mi cuerpo está zumbando. Apoyándome contra la puerta, fijo mis ojos en Kade.

—Lo hiciste bien, Becca. Joder, mejor que bien —dice con una sonrisa. Esa sonrisa. Jesús. La forma en que se le arrugan los ojos. Había recibido muchas de esas hoy. El ceño fruncido no había hecho su aparición en toda la tarde. Esta versión de Kade, la sonriente, es mucho más peligrosa.

—Tienes hoyuelos. —*Ups. Fuera de tema. Peligro, peligro*—. Quiero decir... gracias. Los sistemas son bastante simples. Aparte de, ya sabes, toda la cosa de los coches —agito las manos hacia las bahías del garaje—, es bastante parecido a lo que hacía antes.

Su sonrisa se ha hecho más grande. —Trabajando para tu padre, ¿verdad? ¿Qué te hizo dejarlo y venir aquí? —Apoyo la cabeza contra la puerta pero mantengo mis ojos fijos en Kade.

—Murió.

Las palabras caen entre nosotros como un peso de plomo.

Los ojos de Kade se tensan en simpatía. Balancea las piernas fuera de su escritorio y las deja caer al suelo. —Joder, Becca, lo siento. —Se inclina hacia mí, pareciendo que está esperando que me disuelva en un charco de lágrimas y mocos.

—Gracias —respondo automáticamente. He escuchado "lo siento" tantas veces desde que falleció. Parece que debería ayudar, debería aliviar el dolor, pero nunca lo hace. Todavía está tan crudo como siempre—. A veces no parece real. Cojo mi móvil para llamarlo casi todos los días.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue? —pregunta suavemente.

—Seis meses. Estuvo enfermo durante tres meses antes de fallecer, así que tuvimos algo de advertencia. Pude pasar todo mi tiempo con él —parpadeo rápidamente, tratando de contener las lágrimas. No quiero llorar ahora, especialmente no frente a Kade. Él se levanta y camina hacia mí, deteniéndose con la punta de sus grandes botas de trabajo a un centímetro de mis zapatillas.

Sus ojos son tan cálidos.

—¿Te encargaste de todo tú sola? ¿Qué hay de tu madre? ¿Hermanos y hermanas?

Niego con la cabeza.

—Éramos solo nosotros.

—Ah, cariño. Estás completamente sola —murmura Kade antes de abrir sus brazos. Desliza su mano detrás de mi hombro y me guía suavemente hacia su pecho. Viniendo de él, es inesperado. Pero no mal recibido.

Me dejo caer en él, sin ningún interés en tratar de actuar fuerte y compuesta. Mientras Kade me rodea con sus brazos, siento que el estrés de las últimas veinticuatro horas... demonios, de los últimos nueve meses, burbujea. Me atrae hacia su pecho, y apoyo mi oreja sobre su corazón. Siento su barbilla rasposa enredarse en mi cabello donde la apoya en la parte superior de mi cabeza.

Nuestros cuerpos están pegados desde las rodillas hacia arriba. Mantengo mis ojos cerrados contra las lágrimas y en su lugar me concentro en el latido lento y constante de Kade.

No me había dado cuenta de cuánto necesitaba este simple consuelo.

Todas las personas en casa me daban abrazos rápidos y sonrisas incómodas de simpatía. No sé con qué estaban más incómodos, con la muerte o con mi devastación por perder a papá. De cualquier manera, parecía que no podían soportar mi dolor y se alejaban demasiado pronto. Habría hecho cualquier cosa por un abrazo como este cuando papá murió.

Los círculos lentos y suaves que Kade está frotando en mi espalda. Los grandes y poderosos brazos sosteniéndome con fuerza. Se siente como si él pudiera quedarse aquí todo el tiempo que yo necesitara. Me permito absorberlo, memorizando el ritmo de su latido, el susurro de su respiración, el subir y bajar de su pecho, el aroma especiado de su piel, antes de alejarme lentamente.

Sus brazos se aprietan por un minuto antes de soltarme.

Doy un paso atrás y respiro profundamente antes de encontrarme con sus ojos. La calidez aún está ahí en su rostro, pero también hay algo más. Algo que hace que mi vientre se contraiga.

—Gracias. Eres genial en esto —le digo—. ¡Estrella de oro!

Soy una idiota.

La comisura de su boca se curva hacia arriba. Mi cabeza se siente confusa. Me deslizo entre él y la puerta y regreso al mostrador, ordenando pilas de papel ya ordenadas. Él está apoyado en la puerta ahora, observándome.

—Yo, eh, creo que subiré. Gracias por hoy, Kade.

Me está mirando como si fuera un problema que está tratando de resolver. Siento más palabras nerviosas burbujeando, pero aprieto mis labios para contenerlas. Él me observa por lo que parecen días antes de asentir y apartarse de la puerta.

—Toma tu bolso. Vámonos —Estoy agarrando mi bolso de detrás del mostrador antes de que él termine. Brevemente me pregunto qué más haría, sin cuestionarlo, si este hombre me lo pidiera, pero arrastro mi mente fuera de la cuneta.

—¿A dónde vamos? —pregunto, pero realmente no me importa. No estoy lista para subir al apartamento vacío.

—Comida. Estoy jodidamente hambriento.

Le sonrío.

—La comida suena bien.

Kade me lleva a su camioneta, abriendo la puerta para que yo suba. No sabía que los chicos aún hacían eso. Resisto el impulso de hacer una reverencia o algo igualmente incómodo, dándole una pequeña sonrisa en su lugar.

Me siento completamente fuera de lugar mientras miro alrededor del lujoso interior de cuero. Es caro, los acentos cromados son brillantes, y está tan, tan limpio. No hay ni siquiera una mota de suciedad en la alfombrilla. Me pregunto qué pensará de mi coche antiguo y desordenado. Qué pensará de la desordenada de mí. Me aliso el cabello con las manos antes de meterlas bajo mis axilas para no dejar huellas.

—Solo vamos a buscar comida. Puedes quedarte aquí si te sientes más cómoda. Te traeré algo —La voz de Kade me saca de mi espiral de vergüenza. Está girado en su asiento, mirándome. El tic ha vuelto a su mandíbula.

—Yo... estoy cómoda.

No lo estoy para nada.

Desearía que condujera una camioneta oxidada con polvo por todas partes. ¿Cómo se mantiene su camioneta tan limpia mientras la oficina se ensucia tanto? No tiene ningún sentido.

—No me mientas, joder. Pareces como si temieras que te voy a llevar a mi casa de los asesinatos —Sus palabras son afiladas, cortantes. Su enojo me apuñala, sacándome de mis pensamientos. Jesús, su actitud cambió rápido. Levanto las manos y me giro para enfrentarlo, tomando nota de sus ojos fríos y rostro duro.

—¡Guau, tío! —Tengo que reír—. Parece que ambos tenemos la cabeza metida en el culo. Tú estás ahí, pensando que soy una pollita asustada aterrorizada de ti. Mientras tanto, yo estoy aquí tratando de no ensuciar tu camioneta perfecta que vale más que mi antigua casa.

Resoplo y sacudo la cabeza ante nuestra mutua estupidez antes de inclinarme hacia adelante, presionando mis dedos en cada superficie que puedo alcanzar en la camioneta. Lleva un tiempo. Kade observa, inmóvil, mientras marco todo. Me acomodo de nuevo en mi asiento.

—Ahí está, eso está mucho mejor —Y lo está. Ya no está brillante, huellas dactilares y manchas estropeando el antes prístino tablero y puerta. Un poco de vergüenza vuelve a aparecer.

—Yo... eh... no me di cuenta de que mis dedos estaban tan sucios.

Mierda. Realmente soy una idiota.

Tirando de la manga de mi sudadera sobre mi mano, froto la puerta, pero la primera risita de Kade detiene mis movimientos frenéticos. Las risas salen desde lo profundo de su pecho, una tras otra. Olas de sonido chocando contra mí. Está recostado contra su puerta, la mano izquierda agarrando el volante. Todo su cuerpo tiembla con su risa. Realmente es el mejor sonido. Si pudiera escuchar ese sonido el resto de mi vida... bueno, no me molestaría.

Envuelvo mis manos firmemente sobre la correa de mi cinturón de seguridad,

conteniéndome. Quiero arrastrarme hacia él y presionar mi pecho contra el suyo para poder sentir la risa rodar. Y tal vez lamerlo un poquito. Ahí, en la esquina de su boca sonriente. La risa de Kade muere mientras nos sentamos, atrapados en los ojos del otro. Electricidad chispeando entre nosotros.

Sus dedos se aprietan en el volante antes de arrancar sus ojos de los míos y aclarar su garganta.

—¿Va bien pizza?

Asiento, incapaz de apartar la mirada de él. Iría a comer orugas de los árboles con este hombre, siempre y cuando siga mirándome así.

10

BECCA

ESTOY METIDA EN UN LÍO.

Durante todo el camino hasta aquí, intentaba convencerme de que esta sensación se calmaría. Que esta atracción que siento hacia Kade no es tan grande como me la estoy imaginando. Que es solo alivio por tener un lugar donde asentarme por un tiempo.

Pero esas mariposas en mi estómago se han transformado en grandes polillas mutantes y peludas que chocan y colisionan por todo mi cuerpo. Tal vez están mutando porque ya no tenemos la distracción del trabajo entre nosotros.

Los roces, los toques casuales que tuvimos hoy, y la lenta y gradual acumulación de sensaciones me han puesto nerviosa. Mirándolo ahora, relajado en el reservado frente a mí, bebiendo su cerveza, con los ojos puestos en mí, los nervios han vuelto con toda su fuerza.

—¿Listos para pedir? —La ajetreada camarera, Sue, según indica su placa de identificación, le sonríe a Kade. Es evidente por la atención extra que le presta que él es un cliente habitual aquí.

Kade asiente con la cabeza hacia mí.

—Una pizza grande, con lo que ella quiera.

Por un momento considero presionarlo para que ordene lo que él quiere, pero es pizza, y estoy muerta de hambre, así que no.

—Salchicha, champiñones, cebolla, aceitunas y tomate fresco, por favor.

Sue lo anota y se lleva los menús, dejándonos a Kade y a mí sentados en tensión nuevamente. Mis ojos recorren el restaurante, catalogando las parejas en citas y las familias lidiando con sus hijos. Es evidente por la fila en la puerta que este es un lugar popular.

—Así que, em, ¿vienes aquí a menudo? —Mierda. Muy original, Becca.

Kade sonríe de lado antes de dar otro sorbo a su cerveza.

—Sí. La pizza es buena y está cerca del taller.

—Bien. Eso está bien.

Que me mate alguien ahora.

Juro que he tenido conversaciones antes.

¡Incluso con hombres!

Pero normalmente una conversación va en ambos sentidos, y Kade no parece estar muy interesado en hablar. Estoy tentada a sacar mi teléfono y distraerme, pero casi puedo sentir la bofetada que mi padre me daría si lo hiciera.

—¿Por qué sonríes? —Kade me mira intensamente.

—No me había dado cuenta de que lo estaba haciendo. —Dejo que mi sonrisa crezca y le confieso—: En realidad no sé de qué hablarte, así que estaba pensando en sacar mi teléfono.

—¿Y eso es gracioso por...?

—Mi padre odiaba los teléfonos móviles. LOS ODIABA. Tenía un teléfono de tapa para el trabajo, pero se negaba a comprarme un smartphone. Cuando finalmente me compré uno por mi cuenta, tuve que aguantar sermones regulares sobre cómo la tecnología estaba creando una sociedad desconectada. —Dios, ¡esos sermones! Juro que me los sé todos de memoria—. Si cogía mi teléfono cuando estábamos cenando, me daba un manotazo. Y no uno pequeño, sino uno grande. Resonaba por toda la habitación y todo el mundo miraba. ¡Era tan vergonzoso! —Me río, disfrutando del recuerdo. Se convirtió en un juego para nosotros.

Cuando levanto la mirada, el rostro de Kade está sombrío, con las cejas fruncidas.

—¿Te pegaba? —pregunta con la voz más fría que le he oído jamás. Sorprendida, me inclino hacia adelante mientras explico.

—Bueno, sí. Pero no de la forma que estás pensando.

No parece convencido, y la idea de que esté pensando lo que está pensando sobre mi padre me rompe un poco el corazón. Me inclino hacia adelante, presionando mi pecho contra el borde de la mesa.

—Mi padre era una de las personas más peligrosas y capaces que he conocido. Lo vi hacer llorar a más de un hombre adulto. Pero nunca me haría daño. ¿Un manotazo en la mano de vez en cuando? Bueno, eso era para dejar claro algo. —Kade parece un poco menos como una nube de tormenta, pero aún insiste.

—Los padres no deberían pegar a los niños.

—Estoy de acuerdo —susurro. Me froto el pecho antes de hacer la pregunta cuya respuesta creo que no quiero saber—. ¿Tus padres te pegaban?

Se reclina contra el cojín del alto reservado y me estudia antes de asentir lentamente con la cabeza.

—Mi madre pegaba a veces. No conocí a mi padre. —La ira recorre mi cuerpo. Por su tono, creo que su madre le pegaba más que a veces. Pero parece que ha levantado un muro de ladrillos. Aun así, no puedo evitar indagar un poco.

—¿Por qué se fue tu padre? —No me gusta la sonrisa que aparece en su rostro. Parece vieja y cansada.

—Mi madre no me contó mucho sobre él. —Se encoge de hombros—. Conociendo el tipo de hombres que le gustaban, dudo que me esté perdiendo mucho.

—Mi madre también se largó cuando yo era pequeña. —Es una mierda tener eso en común.

—¿Alguna vez la conociste? —pregunta con el ceño fruncido.

La llegada de nuestra pizza me salva de tener que responder. Realmente no quiero hablar de mi madre con mi atractivo jefe. Mi estómago deja escapar un vergonzoso gruñido cuando Sue coloca la pizza frente a nosotros. Estoy bastante segura de que Kade lo ha oído. Miro a la camarera.

—Sue, eres un ángel. ¡Esto tiene una pinta increíble!

Nos deja con una amable sonrisa, y yo no pierdo tiempo en lanzarme, sacando tres porciones, con el queso estirándose desde la bandeja hasta mi plato. Acerco el plato lleno a mi cara, inhalando la embriagadora mezcla de tomate y especias y queso derretido.

—Oh, dulce niño Jesús, ese es el mejor olor del mundo.

El resoplido de Kade me distrae brevemente de la maravilla que hay en mi plato. Le lanzo una sonrisa antes de volver a centrarme en mi pizza.

—Tío, será mejor que empieces a comer. No soy una mujercita delicada. Una vez me comí una pizza grande entera por una apuesta. Y no me importaría intentarlo de nuevo. No conseguí este trasero comiendo ensalada.

Él niega con la cabeza, con una sonrisa reticente, antes de deslizar unas cuantas porciones en su plato. Ambos guardamos silencio, ocupados devorando nuestra cena. Después de mi segunda porción, lo suficiente para satisfacer parcialmente mi estómago que rugía, me detengo para ver comer a Kade, intentando no mirar fijamente. Está comiendo como lo hacen la mayoría de los atletas que he conocido. Grandes bocados. Apenas mastica. Demasiado hambriento para detenerse y apreciar la comida que tiene delante.

Mientras lo observo, se detiene para quitar una aceituna y la deja en su plato para que se una a las otras que ya están allí antes de terminar la porción. Hum. Apoyo la barbilla en la mano y lo estudio abiertamente. Sus ojos se encuentran con los míos mientras alcanza otra porción.

—¿Qué? —pregunta con el ceño fruncido. Lo estudio durante otro minuto.

—No te gustan las aceitunas.

—No.

—Hum. —Eso es revelador.

El ceño de Kade se profundiza.

—¿Qué?

—¿Por qué no pediste que no le pusieran aceitunas entonces?

—Porque puedo quitar a esas pequeñas cabronas.

—Sonrío pero sigo insistiendo—. Sí. Lo estás haciendo muy bien, además.

Kade levanta las cejas.

—¿Por qué estamos hablando de esto?

Me encojo de hombros.

—Es solo que es interesante.

El tic ha vuelto a su mandíbula.

—¿Interesante? ¿Las aceitunas son interesantes?

Sacudo la cabeza.

—No. Las aceitunas son deliciosos pedacitos salados del cielo. Lo interesante es que me digas que ordene y no hables por lo que quieres.

Kade vuelve a sacudir la cabeza, luciendo completamente desconcertado.

—Es una puta pizza, Becca. De nuevo, ¿por qué coño estamos hablando de esto?

—Cuando vienes aquí con amigos o la pides para el taller, ¿alguna vez pides el tipo de pizza que te gusta?

Conozco a este hombre hace menos de veinticuatro horas, pero creo que lo tengo descifrado. Es un cuidador, siempre asegurándose de que las personas a su alrededor obtengan lo que necesitan. Respondió pregunta tras pregunta en el taller hoy, manejando cosas que fácilmente podría haber delegado a uno de los chicos. Siempre cargando con todo.

—No —dice entre dientes, claramente harto de esta conversación.

—Eso pensé —murmuro mientras agarro otra rebanada. Tan buena. Me la como, fingiendo que él no está mirando. De ninguna manera dejaré que su mirada arruine esta pizza mágica para mí.

Kade sigue mirando mientras me recuesto con un suspiro, contemplando con anhelo el resto de la pizza en la bandeja. Estoy demasiado llena para más. Encuentro su mirada y arqueo una ceja hacia él. Me pregunto si está acostumbrado a que la gente se derrumbe y suelte todos sus secretos cuando mira así. Pero me he enfrentado a tipos más grandes y aterradores. ¿Cree que puede presionarme?

Nah, es hora de joderlo.

Tomo una respiración profunda.

—¿Qué? ¿Nunca has visto a una chica grande comer antes? No permitiré que me avergüences por comer. —Agito mi dedo hacia él, complacida cuando sus ojos se abren y recorren el restaurante—. Solo porque tengo muslos gruesos y una barriga redonda no me hace menos merecedora de pizza. —Tengo que morderme el labio para no reírme de la expresión en su rostro mientras golpeo la mesa y levanto la voz—. Soy una mujer grande, gruesa y jugosa. Y la vida es demasiado corta para no comer pizza. ¡Así que al carajo las ensaladas! ¡Al carajo el juicio!

El "¡Amén, hermana!" de una mujer desde unas mesas más allá me hace estallar en carcajadas.

Kade se ve tan jodidamente confundido.

—Yo... —Está sacudiendo la cabeza mientras se inclina lo más lejos posible de mí en la pequeña cabina—. No estaba... Nunca... Come lo que quieras.

—De acuerdo —digo con una gran sonrisa mientras tomo un largo sorbo de mi agua, mirándolo a los ojos. Vale la pena esperar para ver la realización deslizarse por su rostro.

—Me estás tomando el pelo.

Sonrío más y le guiño un ojo.

—Sip. Te la debía.

Se ríe un poco, y a pesar de las risas en su camioneta, todavía suena oxidado. Decido en ese momento hacer que sea mi misión escucharlo al menos una vez más esta noche. Suspira y mira la bandeja.

—¿Quieres más? —pregunta. Sacudo la cabeza, y él vacila—. ¿Estás segura? Realmente no estaba juzgando...

Las risitas sacuden mis hombros mientras levanto mi mano para detenerlo.

—Kade, realmente te estaba tomando el pelo. Estoy llena. Eso es todo. Amo mi cuerpo. Creo que es perfecto. Y cualquiera que no lo piense así puede irse a la mierda.

Mis risitas se atascan en mi pecho, y los ojos de Kade recorren lentamente mi cuerpo, deteniéndose en mi garganta y mis pechos antes de encontrarse con mis ojos. Juro que lo veo murmurar la palabra "perfecto".

Un rubor sube por mi cuello en reacción al calor en su mirada. He visto esa mirada antes. Y quiero más de ella. El hombre me desea, y el sentimiento es completamente mutuo. Lo miro fijamente, dejándole ver el calor, el deseo en mi rostro.

Nunca he sido buena coqueteando.

Soy más del tipo de mujer que lo golpea en la cabeza y lo arrastra de vuelta a mi cueva.

No es que lo haya hecho muy a menudo tampoco. Siempre intenté mantener una distancia profesional en los torneos, y honestamente, no era tan difícil. Nadie realmente me atraía, y lo último que quería era que me etiquetaran como una puta. Estúpido doble estándar. Pero la gente habla, y el circuito de torneos es un mundo pequeño y chismoso.

Pero aquí, con Kade... Bueno, mis pensamientos sucios me están desequilibrando un poco. Y es mi jefe. Así que probablemente no sea la mejor jugada saltar sobre la mesa a su regazo. Pero no puedo obligarme a ignorar lo que estoy sintiendo. Ni siquiera a ocultarlo. Es demasiado interesante, demasiado raro, y no quiero hacerlo. Si el último año me ha enseñado algo, es que la vida es demasiado corta para esconderse de las cosas grandes. Grandes sentimientos, grandes aventuras, gran vida.

La llegada de Sue interrumpe el momento.

—¿Puedo traerles algo más?

Ambos negamos con la cabeza, y Kade paga la cuenta. No discuto. Dijo que era su

invitación, y el hombre claramente puede permitírselo.

Mientras se desliza fuera de la cabina, me doy cuenta de que no estoy del todo lista para que esto termine. Para volver a mi pequeño apartamento y mirar las paredes. No quiero estar sola con mis pensamientos o mis sentimientos. Dudo pero decido preguntar.

—Kade —sus ojos vuelven a mí, todavía sentada en la cabina—. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas llevarme a una tienda de comestibles? Tenía un par de cosas en una hielera para el viaje. Pero... —Mis palabras se apagan mientras su rostro se endurece.

Asiente y me hace un gesto para que salga de la cabina.

—Vamos.

La risa, el calor de la cena parecen un recuerdo distante. El aire en la camioneta se siente pesado y frío, la tensión entre nosotros se tensa. El hielo que emana de él es realmente confuso.

—Podemos saltarnos la tienda de comestibles. Iré mañana en algún momento.

—Está bien —dice secamente, sin mirarme.

Claramente no está bien, a juzgar por el "vete a la mierda" en su tono, y dudo entre intentar iniciar otra conversación y saltar de la camioneta. Realmente no puedo permitirme un viaje al hospital, así que busco un nuevo tema de conversación antes de recordar algo que me intrigó todo el día.

—Kade, ¿Micah usa lengua de signos?

Kade me mira bruscamente.

—Sí.

—¿Y tú también lo usas?

Asiente pero no dice nada.

—¿Aprendiste cuando lo contrataste?

Kade niega con la cabeza y, cuando no añade nada más, me resigno a un viaje silencioso.

Quiero saber cómo aprendió el lenguaje de señas. Quiero saberlo todo sobre él, pero tendré que vivir con la decepción.

Al menos sé un poco más sobre Micah. Tal vez pueda ver algunos vídeos y averiguar qué señas podría usar Micah con más frecuencia. Quizás él me escriba una lista. Se lo voy a preguntar mañana a primera hora.

Agarro un carrito en el supermercado, consciente de la oscura presencia de Kade a mi espalda. Pensé que se quedaría en el coche, pero ¿tal vez necesita algunas cosas también? Decidiendo ignorar al Señor Gruñón, me dirijo al perímetro de la tienda, cogiendo suficiente comida fresca para que me dure la semana, pero en el departamento de carnes, me doy cuenta de que me falta información importante. Echo un vistazo detrás de mí y veo a Kade parado en medio del pasillo, con los brazos cruzados y sus fríos ojos fijos en mí. Bien.

—Se me olvidó comprobar —digo en voz baja—. ¿Hay ollas y sartenes en el apartamento?

El asentimiento de Kade es lento como un glaciar, y me giro de nuevo para contemplar la carne. Parpadeo para contener la humedad en mis ojos y busco etiquetas de descuento.

Mi emoción por el nuevo trabajo, por Kade, se está desvaneciendo. Basándome en la hostilidad de su rostro, es poco probable que siga empleada por mucho tiempo. Tengo que hacer que cada centavo en mi cartera cuente.

Agarro un paquete de carne molida con descuento que caduca mañana y algunos otros cortes baratos, luego me desvío hacia los pasillos centrales para comprar algunos productos básicos de despensa. Cuando llego a la caja, estoy frita. Tanto por el estrés mental de sumar cada artículo en mi carrito mientras compraba como por la presencia ceñuda de Kade detrás de mí.

El hombre me arruinó las compras.

Cabrón.

Descargo rápidamente mi carrito, charlando con el cansado chico de la caja. Es joven y parece que está a punto de quedarse dormido de pie. Pobre chico.

—Serán noventa y seis con setenta y cuatro —dice, con un chillido en su voz que me hace sonreír. Estoy rebuscando en mi cartera cuando, por el rabillo del ojo, veo una gran mano bronceada sosteniendo una tarjeta dirigiéndose hacia el datáfono.

—¡Aaagh! —grito antes de lanzar mi cuerpo entre la mano y la máquina, envolviendo mis brazos alrededor del pequeño poste en el que está montada. Cuando miro hacia arriba, veo los ojos abiertos del chico fijos en mi pecho. Echo un vistazo rápido y exhalo aliviada cuando veo que las chicas siguen bien sujetas donde deben estar. Mis ojos se desplazan hacia la mano bronceada, congelada a un pie de mí, y la sigo hasta la cara de Kade.

Su rostro ya no está frío. De hecho, sus cejas están a punto de desaparecer en su línea del cabello.

—Becca... ¿qué estás haciendo?

—¿Que qué estoy haciendo yo? ¿Qué estás haciendo tú?

Sus cejas vuelven a bajar. —Pagando las putas compras.

—¿Y para qué demonios?

Suelta un suspiro frustrado. —¿Podemos terminar con esto, por favor?

Asiento. —Claro. —Kade se mueve de nuevo hacia la máquina TPV, así que apoyo más mi peso sobre ella, presionando mis pechos con más fuerza sobre el teclado numérico. El gruñido de Kade hace que se me ericen los pelos de los brazos.

—Muévete, Becca.

¿El imbécil cree que puede gruñirme y salirse con la suya?

Mejor dejárselo claro ahora mismo.

—No vas a pagar mis compras, Kade. Retrocede. —Me aseguro de que cada pizca de hielo que puedo reunir esté en mi tono.

Sus ojos se encienden y su cuerpo se echa hacia atrás. La mano que sostiene su tarjeta cae a su lado. Me muevo para que mi trasero lo bloquee mientras saco mi cartera con una mano y la dejo caer sobre el mostrador. Agarro cinco billetes de veinte y se los paso al chico, sin tomar un respiro completo hasta que el cambio está en mi mano. Solo entonces me enderezo.

Sonrío agradecida al chico y luego engancho las bolsas en mis dedos, satisfecha con mi botín. Juro que he gastado cien dólares en un supermercado antes y solo me he ido con una bolsa, así que mentalmente me doy una palmadita en la espalda, orgullosa de mi destreza para las compras.

Tal vez debería empezar a usar cupones. He visto esos programas. Podría tener un almacén. Aunque quizás debería conseguir mi propio apartamento primero. Luego el almacén.

Paso el corto camino hasta la camioneta tratando de averiguar dónde puedo encontrar cupones y preguntándome a qué grupos de cupones en línea debería seguir. El brazo de Kade pasa junto a mí para abrirme la puerta trasera, sacándome de mis pensamientos.

—Gracias —murmuro, deslizando las bolsas de mis dedos al suelo. Empujo la puerta para cerrarla y me giro, chocando con el pecho de Kade. Sus manos se levantan para rodear mis bíceps. Sus dedos casi se tocan. Mis brazos son fuertes, músculo envuelto con una agradable capa cálida de grasa. Ver sus dedos envueltos a mi alrededor me hace tomar conciencia de su fuerza, su tamaño.

—Lo siento —dice mientras suelta sus manos.

Mis ojos se encuentran brevemente con los suyos antes de desviarse. —No pasa nada.

Kade alcanza la manija de la puerta, y yo salto adentro con un silencioso —Gracias. —Mi corazón está acelerado, y los hormigueos están de vuelta otra vez. Me pellizco el muslo, murmurando para mí misma. Esto es tan estúpido. El hombre me está dando un maldito latigazo cervical, pero a mi estúpido cuerpo no parece importarle en absoluto. Ella está totalmente metido en este viaje, estúpido descarad.

Me toma un minuto darme cuenta de que no nos estamos moviendo. Kade está en la camioneta, su calor radiando hacia mí, el único sonido en la cabina es el profundo ir y venir de su respiración. Exhalo y meto mis manos bajo mis muslos antes de mirarlo. Me está estudiando, luciendo muy serio. No lo entiendo. No soy tan complicada.

—Me estás dando un complejo, Kade —murmuro. Él inclina la cabeza confundido—. Pasas de... —dudo, sin querer decir *dios del sexo ardiente*— ...amistoso a frío como el hielo. —Me encojo de hombros y levanto las manos—. Es realmente confuso.

Todavía me está mirando, y estoy a un segundo de esconderme en mi sudadera cuando habla. —Micah y yo crecimos juntos. Aprendimos lengua de signos juntos.

Me inclino hacia él. Maldita sea. El bastardo me enganchó de nuevo.

—Vimos vídeos y usamos libros de la biblioteca. —Se aclara la garganta, y su cambio de tema me hace retroceder en mi asiento—. Pensé que esperabas que pagara tus compras.

—¿Por qué? —respiro.

—Porque estás jodidamente sin hogar, Becca.

—Tonterías. —Lo miro fijamente—. Sabes que no lo estoy.

—Estabas durmiendo en tu coche.

Levanto las manos, frustrada. —¡Por una noche, Kade!

Aparta sus ojos de los míos y se frota la mandíbula cubierta de barba incipiente.

—¿Qué ves cuando me miras? —quiero saber.

Exhala un suspiro, sus ojos saltando de un lado a otro, vacilantes. —Una mujer que necesita ayuda.

Asiento, decepcionada pero no demasiado sorprendida. Me mira y ve un problema.

Quizás estoy imaginando el calor, el deseo.

Tal vez es un pensamiento ilusorio.

—De acuerdo. —Me coloco detrás de las orejas los mechones de pelo que me caen sobre la cara—. No me conoces realmente. Pero creo que necesitas saber algo. —Espero a que sus ojos se encuentren con los míos—. En realidad, soy una mujer dura.

Una sonrisa condescendiente se dibuja en su rostro mientras me mira. —Claro que sí.

Vaya.

No me cree.

Me pregunto por qué.

El pensamiento me hace soltar una risita nasal. Me doy cuenta de que soy un desastre ahora mismo. Pero me levantaré de nuevo. Sé exactamente de lo que soy capaz, así que no dudo de mí misma, aunque Kade lo haga.

11

KADE

¿QUIÉN DEMONIOS ES ESTA MUJER? Ha encantado a todos con los que hemos interactuado hoy, desde el viejo gruñón que discutía por su factura de reparación hasta la camarera de la pizzería y el adolescente de voz chillona en el supermercado. Todos ellos fueron absorbidos por su órbita.

Demonios, yo también.

Y estoy bastante cabreado por ello.

Quería que se quedara. La quería a salvo, pero no esperaba obsesionarme tanto. Con mi historial, debería controlarme.

—Buenas noches —susurra en la puerta.

Asiento y le entrego la última bolsa de la compra. Me dejó pagar la pizza, pero ¿la forma en que discutió conmigo sobre pagar sus malditas compras? Joder, he pagado más que su cuenta del supermercado por un afeitado. No puedo decir que esté particularmente orgulloso de eso, pero cuando tienes tanto dinero como yo, a veces compras estupideces.

Mi sonrisa reaparece al imaginar cómo dejó caer su cuerpo sobre el datáfono, bloqueándome. Ganó esa maldita vez. Sus ojos están ahora muy abiertos, brillando hacia mí desde el oscuro apartamento. Agarro el marco de la puerta para evitar agarrarla.

—¿Quieres entrar? —susurra. Realmente quiero. Sus ojos están abiertos, cálidos y amistosos. Pero estoy demasiado jodido para manejar esto. Para manejarla a ella y no perderme. Ya estoy demasiado fascinado por ella. Si paso más tiempo con ella, estaré jodido. Niego con la cabeza.

—Nah, es tarde. Te veo mañana —me doy la vuelta y bajo las escaleras corriendo. Me detengo y la miro, todavía de pie en la puerta, con mechones sueltos rizándose alrededor de su cara—. Cierra con llave, Becca.

La suavidad ha desaparecido de su rostro, dejando decepción a su paso. Mientras observo, la decepción se desvanece, reemplazada por una sonrisa irónica.

—Mensaje recibido, jefe. Buenas noches.

Mi cuerpo se bloquea mientras asimilo la finalidad de esas palabras. Ella cierra la puerta suavemente. Espero a oír el cerrojo antes de correr hacia mi camioneta. Vuelvo a comprobar la verja y las puertas antes de saltar a mi camioneta.

—¡JODER! —grito, golpeando el techo de la cabina.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Yo inicié esto. La manipulé hasta que conseguí que se quedara, y ahora me estoy arrepintiendo. No se suponía que sintiera esto. Esta obsesión. Este dolor. Sus garfios se están clavando en mí. Ya me siento en pánico ante la idea de dejarla aquí sola esta noche. Me preocupa si estará bien. Si tendrá suficiente calor. Si necesitará algo. Quiero cuidar de ella.

Hace conocido a esta mujer hace veinticuatro horas y ya siento que estoy perdiendo al

hombre que he trabajado tan duro para ser este último año. De ninguna manera voy a volver a ser esa persona. Ese felpudo. El que daba y daba y daba. El que creía cada promesa. El que intentaba reconstruirla cada vez que se derrumbaba. No puedo dejar que me arrastren hacia abajo.

No, es obvio que necesito dar un paso, o veinte, atrás. Es mejor para todos.

Al día siguiente en el trabajo, me obligo a mantener las distancias, física y emocionalmente. Ella toma la iniciativa en la oficina, como si llevara años haciéndolo. Todos los que entran por la puerta reciben una sonrisa radiante. Todos los mecánicos buscan excusas para venir y visitarla.

Al principio, les advierto que se alejen, pero es como intentar contener a diez perros persiguiendo una pelota. Sin embargo, Becca parece manejarlos bien. Riéndose y bromeando con ellos como si los conociera de toda la vida. Odio que se ría y bromee con ellos.

Ella no se roza conmigo como ayer.

No me sonríe ni me habla en absoluto, aparte de alguna pregunta ocasional aquí y allá.

Me digo a mí mismo que es mejor así. Que no echo de menos su luz. Y definitivamente no le pregunto más sobre su pasado.

Sé que si acaba triste o llorosa de nuevo, no podré evitar abrazarla. No puedo ser yo quien arregle a esta mujer rota.

No soy capaz de arreglarla sin romperme a mí mismo.

12

BECCA

MIS TRES SEMANAS de prueba se arrastran lentamente. Llego a conocer a los chicos de la parte trasera, y Micah y yo desarrollamos un sistema para comunicarnos. Me escribió una lista de palabras comunes para el taller, y he estado viendo videos para aprender a signarlas. Me deja practicar con él, riéndose cuando me equivoco.

De hecho, ayer me dijo tres palabras: —Gracias, Becca—. Cuando habla, lo hace lento, vacilante. Nunca más de unas pocas palabras. Así que puede parecer algo pequeño, pero de alguna manera se siente como una gran victoria.

Hay algo en Micah que me hace querer cuidarlo. Protegerlo de alguna manera. Lo cual es extraño considerando que me lleva al menos treinta kilos y quince centímetros, y yo no soy una mujer pequeña. Pero ya no me evita. Incluso me deja sentarme cerca de él mientras trabaja en sus coches. Ni siquiera parece importarle todas mis preguntas, respondiéndolas con un par de palabras cada vez.

Me tomó demasiado tiempo darme cuenta de que él hace algo muy diferente al resto de los chicos en el taller. Todos están trabajando en coches que entran y salen a diario, sus dueños vienen por ellos en uno o dos días. Pero Micah está haciendo restauraciones, trabajando en tres coches durante todo el tiempo que he estado aquí, solo ayudando a los otros chicos cuando está estancado esperando una pieza.

Ha sido satisfactorio ver cómo algo tan descuidado vuelve a la vida. Siento que yo también he estado volviendo a la vida. Volviendo a ser la persona que solía ser. Una no tan agobiada por el dolor. Giro en mi silla otra vez, echando la cabeza hacia atrás para ver el techo dar vueltas. La oficina está tranquila hoy, dejándome a solas con mis pensamientos caóticos.

Es el Día D.

No estoy deseando decirle a Kade que me voy, pero está bastante claro que ese es el camino correcto para mí.

He tomado la costumbre de caminar por las tardes, incapaz de sentarme y reflexionar sobre mi vida y mis decisiones. Y sí, la decepción por el distanciamiento de Kade me tiene harta de mí misma. Construí esta cosa entre nosotros en mi propia mente, y me siento tonta por seguir pensando en ello.

Así que cuando me encontré con un dojo la semana pasada durante una caminata, no pude resistirme a entrar. Olía a hogar. Esa mezcla de sudor y limpiador de colchonetas era tan familiar. Cuando vi a Devin en la recepción, un viejo amigo del circuito de torneos, casi estallé en lágrimas. —No sabía que habías abierto tu propio lugar.

Me reí y lo abracé. Su esposo, Jeff, apareció por la esquina, y todos nos abrazamos. Fueron tan amables e insistieron en que viniera a entrenar. Se sentía increíble estar de vuelta, moviendo

y flexionando mi cuerpo. Estaba empezando a sentirme como yo misma de nuevo.

La yo de antes de que todo explotara.

Al final de la semana, me habían ofrecido un trabajo. Ni siquiera dudé antes de decir que sí. Se sentía bien estar allí. Como si hubiera encontrado un hogar de nuevo. Con personas que me conocen pero que no presenciaron el desmoronamiento de mi vida. Un lugar para mi nuevo comienzo.

El estrépito de herramientas y maldiciones ahogadas desde los boxes llama mi atención de vuelta a la oficina. Me levanto de un salto y me dirijo al taller hacia Micah, saludando a los otros chicos mientras paso. Me dejo caer en el taburete bajo junto al banco de trabajo y lo observo trabajar en silencio durante unos minutos. Está inclinado trabajando en un compartimento de motor previamente vacío.

A principios de esta semana, observé desde la ventana de la oficina cómo Kade y Micah trabajaban juntos para colocar el motor en su lugar. Ambos se habían quitado la parte superior de sus monos, dejándolos en camisetas blancas con los brazos del mono atados alrededor de sus cinturas. Ambos hombres eran grandes, fuertes, musculosos y sudorosos. Cualquier mujer estaría feliz de observarlos durante horas. Micah es más grande, más musculoso, pero mis ojos se desviaban hacia Kade una y otra vez.

Apenas lo había visto en las últimas semanas. Había venido a la oficina algunas veces, pero solo brevemente. Le había enviado mensajes de texto algunas veces con preguntas, y siempre me respondía de inmediato, pero rechazaba cualquier intento que hacía por conectar con él de nuevo. Podría jurar que todavía sentía esa electricidad. Como si me estuviera observando, deseándome. Pero nunca se acercaba. Está bastante claro que ha cerrado la puerta a algo más, y me siento patética, suspirando por él y sin recibir nada a cambio. Sé que irme es la decisión correcta.

—Kade... aquí —retumba Micah, como siempre con una pausa cuidadosa entre palabras para no tropezar con ellas.

Levanto la mirada y veo a través de la puerta abierta del taller a Kade bajando de su camioneta. Lleva pantalones de vestir otra vez hoy, y una camisa blanca con cuello, los tres primeros botones desabrochados. Me pregunto si se ve así todo el día o si se arranca la corbata al final de la jornada laboral. Lo había visto con ese tipo de atuendo algunas veces, pero aún quería treparlo como un árbol cada vez que lo hacía.

Estúpidas hormonas.

Aparto la mirada y me

concentro de nuevo en Micah.

—¿Cómo diablos sabías eso? Tu cabeza ha estado metida en ese motor todo este tiempo. Sé honesto, Micah, eres un poco psíquico, ¿no? —bromeo con él.

Escucho el humor en su voz cuando gruñe en respuesta: —Buenos... oídos.

Me río y miro de reojo para ver a Kade en la oficina, observándome. —Te veo luego, Micah —digo, luego camino lentamente hacia la oficina, con los ojos de Kade sobre mí todo el camino.

Evitando su mirada, me muevo por la oficina y salto sobre el escritorio de recepción. Balanceo mis piernas, golpeando suavemente el escritorio con mis talones, mirando más allá de su hombro, observando los coches pasar por la calle de enfrente. El aire en la habitación se vuelve más denso.

—Han pasado tres semanas —suelto de repente.

—Sí, así es —parece estar esperando algo, sin querer decir nada más. Exhalo, mi pecho sintiéndose pesado.

—He encontrado otro trabajo —susurro—. Está a unas cuadras de aquí en... —tartamudeo

hasta detenerme ante el gruñido de Kade. Mis ojos se fijan en los suyos ardientes. Me está mirando como si hubiera hecho algo malo. Una pequeña llama de ira se enciende en mí.

—Puedes dejar de mirarme así cuando quieras, Kade. Acordamos tres semanas, y si no funcionaba, seguiríamos adelante. Bueno, yo sigo adelante —mi respiración se acelera, mi corazón bombea.

—¿Qué no está funcionando, Bec? Este lugar está funcionando mejor de lo que ha estado en años —frunciendo el ceño, se pasa las manos por el pelo, dejándolo de punta—. Años, Becca. ¿Por qué demonios querrías irte? ¿No te estoy pagando lo suficiente? Puedo aumentarlo.

Estoy negando con la cabeza. —No. No es eso. Yo... necesito algo diferente. No estoy acostumbrada a estar sentada en una oficina todo el día. Simplemente pensé que esto sería diferente. Eso es culpa mía —le doy una sonrisa triste—. Lo siento. Me quedaré un tiempo y te ayudaré a entrenar a alguien nuevo. Puedo hacer ambos trabajos por un tiempo.

Realmente me siento mal. Aunque este no es mi trabajo soñado, sé que estoy dejando que mis sentimientos personales se interpongan. Pero no quiero quedarme aquí y sentir esta atracción cada vez que veo a Kade. Es como estar en la fábrica de chocolate de Wonka y no poder comer —ni lamer— nada. Y que él me evite a toda costa no es bueno para mi ego. Es mejor irme y encontrar a alguien que me desee tanto como yo lo deseo a él.

Está caminando de un lado a otro, murmurando. Mejor terminar con esto ahora.

—Espero que me permitas alquilar el apartamento por un par de meses más, solo hasta que tenga ahorrado lo suficiente para un nuevo lugar.

Se gira para mirarme fijamente antes de exigir:

—¿Dónde? ¿Dónde vas a trabajar?

—Encontré un trabajo en el Dojo a unas cuadras de aquí. Puedo ir caminando fácilmente. Es principalmente más tarde en el día, así que como dije, seguiré trabajando aquí por un tiempo.

Mis manos se retuercen en mi regazo. Honestamente, no esperaba que se molestara tanto por mi partida. Esta no es la reacción de un empleador que pierde a un empleado. No puedo resistirme a preguntar:

—Kade, te ayudaré a entrenar a alguien nuevo. No te quedarás con todo el trabajo otra vez. ¿Por qué estás tan molesto?

Se queda inmóvil, excepto por sus manos, que se curvan y descurvan reflexivamente. Su mandíbula se tensa y sus ojos siguen ardiendo en los míos. La tensión aumenta a medida que los segundos pasan lentamente.

—A la mierda.

Salto, sobresaltada por las palabras bruscas. Antes de darme cuenta de lo que está pasando, sus brazos me rodean, su mano se enreda en mi cabello, inclinando mi barbilla hacia arriba, y su boca cubre la mía.

Estoy rodeada por él. Dominada por él. Por sus labios suaves. Su lengua buscadora. Su mejilla con barba raspando la mía. Sus caderas empujando entre mis piernas. Su brazo rodeando mi espalda, acercándome más, más fuerte. Mis pensamientos arremolinados se condensan.

Estoy jodidamente enojada.

Este imbécil básicamente me ignora durante tres semanas, y ahora me está besando. A la mierda eso. Voy a decirle lo que pienso.

En un minuto.

Pero primero, voy a asegurarme de que sepa lo que se ha estado perdiendo.

Entretejo mis manos a través de sus brazos, agarrando su hombro y su cabello, empujando en su beso. Mordiendo, luego aliviando el ardor. Provocando y persiguiendo. Respirándolo.

Aprendiendo qué hace que su respiración se entrecorte en su pecho y qué lo hace gruñir. Los gruñidos reverberan a través de mi pecho, haciendo que mis pechos se tensen. Quiero tomar más. Quiero agarrar su trasero y acercarlo más, para que pueda frotarme justo así, pero no.

Tan repentinamente como me agarró, lo empujo lejos, agarro el borde del mostrador y levanto mi pie, plantándolo en el medio de su pecho, deteniéndolo antes de que pueda agarrarme de nuevo. Envuelve sus manos alrededor de mi pie, con ojos aturdidos, y empuja hacia adelante, pero me mantengo firme, sorprendiéndolo.

¿Está sorprendido porque detuve su beso o porque soy lo suficientemente fuerte como para detenerlo? Ambos estamos jadeando. Su cabello está erizado. Creo que el mío también. Nuestros ojos están fijos, y mi descarada interior brevemente considera arrastrarlo a mi apartamento para poder despeinarlo un poco más. Pero lo dejo de lado y dejo que la llama de mi ira se encienda en un incendio.

—¿Qué carajo, Kade? ¿Qué demonios fue eso? —le pregunto, mis palabras cortantes y rápidas.

Su lenta sonrisa y palabras más lentas me enfurecen.

—Bueno, nena, eso fue un beso. Puedo demostrarlo de nuevo si quieres —está frotando sus manos lentamente desde la parte superior de mi pie hasta mi tobillo, jugando con la franja de piel entre mis calcetines y mis mallas. No hay forma de controlar o contener mi ira ahora.

—¡Detente! —grito, apartándolo de una patada—. Solo detente.

Juro que hay una niebla roja sobre mis ojos.

Kade da un paso hacia mí, y ruedo hacia atrás sobre mi hombro, sobre el escritorio, aterrizando sobre mis pies al otro lado. Mi estúpida boca y mi obsesión por The Office se apoderan de mí, y no puedo resistirme mientras me enderezo.

—Parkour —susurro entre dientes.

Me arreglo el cabello, luego vuelvo a cubrir mi ira como una manta, encontrándome con los ojos atónitos de Kade.

—¿Quién demonios te crees que eres? —le pregunto en voz baja. Veo que la cautela entra en sus ojos, la realización amaneciendo—. Me has ignorado durante las últimas tres semanas. ¿Y qué? ¿De repente te sientes abrumado y no puedes soportar estar en mi mágica presencia un minuto más sin besarme?

Asiente lentamente, con los ojos fijos en mí.

—Sí, más o menos.

—Mentira —escupo la palabra—. De ninguna manera se te permite tratarme así. Me gustabas, Kade. Quería pasar tiempo contigo. Conocerte. Y me excluiste por completo —ahora soy yo la que camina de un lado a otro—. ¿Qué pensaste que iba a pasar aquí?

—Honestamente —admite con cuidado—, no había llegado tan lejos.

Realmente no me gusta esa respuesta. Me hace sonar como si fuera un impulso para él.

—¿Entonces por qué, Kade?

—Porque la idea de que te fueras me enfureció.

Idiota engreído.

—Claro. Así que estás enojado. ¿Y tu reacción es besarme? ¿Besar a alguien sin su consentimiento? Eso es agresión, imbécil —cruzo los brazos, mirando su estúpida y hermosa cara. Dios, lo nuestro podría haber sido tan bonito. Pero él tuvo que huir, y ahora lo ha arruinado.

Retrocede un paso.

—Mierda, Becca, no. Eso no es lo que quise decir.

—¿No? ¿No querías besarme enojado?

Sus manos están frotando su cabello, de un lado a otro. En sus ojos, veo arrepentimiento, disculpa y vergüenza. Su pecho se desinfla mientras baja las manos.

—¿Cómo pude cagarla tanto? —No creo que me esté preguntando a mí. Kade da un paso adelante y planta sus manos en el mostrador de recepción, separándonos. Nos enfrentamos, ambos en tumulto, ambos perdidos en nuestras emociones.

—Becca —comienza, bajando los ojos como si le doliera encontrarse con los míos—. No te besé porque esté enojado contigo. Estaba enojado conmigo mismo —sus hombros se tensan y se agrupan mientras se aleja del escritorio—. ¡JODER! —grita.

Camina de un lado a otro frente al escritorio antes de detenerse frente a mí de nuevo.

—Desde el momento en que te vi durmiendo en tu auto, te deseé, Becca —Kade levanta sus ojos y se fija en mí. Me siento atrapada en el hambre cruda que veo estampada en su rostro—. Eras tan jodidamente hermosa. Luego, cuando me contestaste, me desafiaste, bueno, mierda, te deseé aún más. Estar cerca de ti es como... demonios... polvos efervescentes.

Ve la confusión en mi rostro.

—¿Recuerdas tener polvos efervescentes en tu boca cuando eras niña? ¿La forma en que saltaban, zumbando y estallando en tu lengua? Todo mi cuerpo se siente así cuando estoy cerca de ti.

Ahora no puedo encontrar sus ojos. No quiero que vea lo herida que estoy por sus palabras.

—Tonterías, Kade. Me ignoraste. Después de ese primer día, no me tocaste ni me hablaste. Te ibas de la maldita habitación cuando yo entraba —intento, pero no puedo ocultar el dolor en mi voz—. Me abrazaste, me trataste como alguien importante, y luego simplemente... me diste la espalda como si no fuera nada —me froto los brazos de arriba abajo, sintiendo el mismo escalofrío que sentí la noche que se alejó de mi apartamento.

—Me das un miedo de muerte, Becca.

Mis ojos se encuentran con los suyos con incredulidad. Busco mentiras en su mirada, pero no las encuentro. La mirada de Kade sostiene la mía, con sombras bailando en sus ojos.

—Tengo un tipo, Becca.

Esto no es algo que quiera escuchar. No quiero saber sobre otras mujeres y cómo soy exactamente como ellas. Pero mi curiosidad puede más que yo, impidiéndome alejarme de esta conversación. Kade hace una pausa antes de soltar las palabras, esas palabras dolorosas y humillantes.

Esas palabras me rompen un poco.

—Cuanto más rota está una mujer, más quiero estar con ella.

Crac. Otro hilo que me atraía hacia él se rompe.

Si lo dejo seguir hablando, no quedará ningún hilo que me atraiga hacia este hombre. Nada que me haga volver a él. Una mezcla de ira y vergüenza colorea mi rostro. Aprieto los dientes, conteniendo la sarta de maldiciones que quiero lanzarle. ¿Quién demonios se cree que es? No soy un juguete roto que necesite arreglar.

—Mi última novia era una adicta que robaba en este taller. La anterior tenía problemas con la bebida. La de antes de esa tomaba pastillas, me engañaba y luego se arrepentía tanto que la perdonaba. Quería ayudarlas a todas, arreglarlas a todas. Siempre quiero arreglarlas.

Bien. Eso es completamente humillante. Es hora de largarme de aquí.

—Entendido. Bueno, hiciste un buen trabajo, Kade —el rencor en mi voz corta el ambiente —. Me arreglaste perfectamente. Me diste un trabajo, un lugar donde quedarme. Date una palmadita en la espalda —respiro hondo, conteniendo la avalancha de palabras furiosas que quiero dispararle—. Ahora, he terminado con esta conversación.

Ya no me importan un carajo sus sentimientos. Me largo de aquí. Girando sobre mis talones, me dirijo hacia la puerta del taller, pero la voz de Kade congela mis pies antes de que pueda atravesarla.

—Le hice RCP a mi madre tres veces antes de cumplir los nueve años.

Jesús.

Giro la cabeza, queriendo, no, necesitando verlo. Su boca es una línea tensa, sus cejas bajas sobre sus ojos.

—Era una adicta sin preferencias. Si la podía colocar, lo tomaba. Coca, heroína, metanfetamina. Las probó todas en algún momento. No recuerdo que estuviera sobria nunca, pero hasta que tuve seis o siete años, más o menos se mantenía —su respiración es como un serrucho en su pecho, su rostro blanco—. Teníamos un pequeño apartamento y la mayoría de las veces había comida en casa. Podía hacer macarrones con queso en la estufa yo solo cuando tenía cinco años. Sándwiches incluso antes. Alimentaba a mi madre y luego terminaba lo que quedaba.

No creo que haya nada que pueda decir para cambiar las cosas, pero no puedo alejarme frente a su dolor. No seré ese tipo de persona. —Eras solo un bebé —susurro, dolida por el niño pequeño obligado a crecer demasiado pronto.

Kade niega con la cabeza. —Yo era el hombre de la casa, Becca. Limpiaba su vómito y la metía en la cama. Me sentaba con ella para asegurarme de que no dejara de respirar. Era mi trabajo cuidarla y mantenerla a salvo.

—¿Nadie te ayudó? ¿Un maestro, un trabajador social? ¿Alguien?

La sonrisa de Kade me hace sentir joven, ingenua. —Claro, alguien llamaba a servicios sociales y me enviaban a un hogar de acogida. Pero siempre encontraba la manera de volver con mi madre. Era todo lo que tenía. Era el diablo que conocía.

Sus ojos se pierden en la distancia. —Dios, era tan hermosa. Iluminaba la habitación cuando estaba feliz. Joder, la mayor parte del tiempo estaba drogada hasta las cejas, pero era fácil dejarse llevar por su atracción. Me absorbía con su luz y luego me dejaba en la oscuridad cuando se desplomaba. Se convirtió en este patrón predecible y horrible. La arreglaba, luego se desmoronaba y lo hacía todo de nuevo.

—Eso no está bien, Kade.

—No, Becca, no lo está. Pero era mi vida. La mayoría de los niños en mi edificio lo tenían igual de mal, si no peor.

—¿Peor? ¿Peor que una madre sufriendo una sobredosis frente a ti?

Kade desvía su mirada hacia el taller, siguiendo a Micah, que se había acercado para ayudar a uno de los otros mecánicos. —Micah lo tuvo mucho peor —dice, con tristeza cubriendo sus palabras.

—¿Micah? Alguien le hizo daño, ¿verdad? —La idea de que los padres lastimen a sus propios hijos me enfurece, pero que estos dos hombres poderosos, hombres que respeto, fueran lastimados... Mis sentimientos iban más allá de la rabia y se dirigían hacia lo nuclear.

Los ojos de Kade recorren mi rostro. —Sí, al padre de Micah le gustaba golpearlo. Lo golpeó tan fuerte una vez que terminó en el hospital —duda antes de añadir—: Sufrió daño cerebral permanente.

Mis manos vuelan a mi boca para cubrir mi sollozo, con el corazón dolido por ese niño pequeño y por el hombre que considero un amigo. —¡Su habla!

Kade asiente lentamente. —Su habla. El centro del lenguaje de su cerebro fue dañado. Le resulta difícil formar oraciones, especialmente si está estresado o rodeado de gente nueva. Es tan jodidamente inteligente, Becca, pero no puede expresar las palabras.

—Dime dónde está su padre ahora —mi voz es fría como el hielo.

Los ojos de Kade son duros cuando se encuentran con los míos. —Ya se han encargado de él.

—¿Dónde está, Kade? —insisto. Quiero encontrarlo. Quiero romperlo. Tengo tantas ideas. Tantas habilidades. Podría hacer que el dolor durara días, todo sin derramar sangre.

—Está muerto, Becca —sus ojos siguen duros.

Mi ira se atenúa un poco, pero aún necesito saber. —¿Le dolió?

La sonrisa de Kade sería escalofriante si yo no estuviera perfectamente lista para matar al padre de Micah yo misma. —Sí, Becca. Le dolió.

Eso me hace sentir un poco mejor. —Bien. Ese pedazo de mierda debería estar pudriéndose.

Su sonrisa cambia, se calienta. —Eres una mujer sedienta de sangre, Becca. Me gusta.

Mi mirada fulminante solo hace que su sonrisa crezca. Esa sonrisa me mata. Comienza a tejer esos hilos rotos. No puedo permitir eso. Este hombre se siente atraído por mí porque me conoció en mi punto más bajo. Me miró y su programación no le permitió alejarse.

Mi tristeza por la vida que se vio obligado a llevar suaviza mi voz.

—Kade. Gracias por compartir todo eso conmigo. Ayuda. Y está bien. Entiendo por qué te alejaste. Estamos bien.

—¿Qué entiendes, Becca? —pregunta Kade con calma.

Suspiro, liberando los últimos restos de mi enojo. Dejando que toda la esperanza tonta que había construido alrededor de este hombre se desvanezca con él. —Entiendo que me miraste y viste a alguien que necesitaba ser arreglada —me encojo de hombros—. Lo aprecio, Kade. De verdad. Estaba en una situación no muy buena. Mi situación de mierda se encontró con tu pasado jodido, y no pudiste hacer otra cosa más que ayudar. Estoy agradecida. Pero quedarme más tiempo no es bueno para ninguno de los dos.

Kade asiente lentamente. —Tal vez al principio eso era cierto. Ayudar a la chica. Tratar de arreglarla es un patrón bastante sólido en mi vida. Más de uno de mis hermanos me lo ha señalado.

Mis ojos se abren de par en par. —¿Hermanos? Solo has mencionado a uno.

Kade se ríe suavemente. —No son hermanos de sangre, Becca. Son más que eso —Kade hace una pausa, sonriendo suavemente, con los ojos perdidos en el pasado—. La última vez que estuve bajo custodia estatal, terminé en un hogar grupal. Era un lugar bastante asqueroso. Mi madre había muerto unos años antes, y Micah y yo habíamos vivido bastante salvajes. Haciendo lo que fuera necesario para mantenernos fuera del sistema y, en el caso de Micah, lejos de su padre. Cuando finalmente nos atraparon, y no pudieron inculparnos de ninguna de las mierdas que habíamos hecho, nos metieron juntos en el hogar. Ahí es donde Ransom nos encontró a todos. Él era más grande, mayor, y nos convirtió en una familia —Su sonrisa se transforma en una mueca—. Bueno, primero en una pandilla, luego en una familia. Nos llamábamos los Hermanos Brash.

Levanto una ceja. —¿Los Hermanos Brash?

Kade se ríe. —Sí, lo sé. Un consejero del hogar grupal llamó a Ransom "brash" (atrevido). No era un cumplido, pero a Ran le gustó y se quedó. Joder, la mitad de nosotros ni siquiera sabía lo que significaba, pero pensamos que sonaba genial.

—¿Y todavía están juntos en la vida? —pregunté.

—Sí. Construimos Brash Auto juntos. Este fue nuestro primer taller. Todavía no estoy seguro de cómo Ransom se hizo con él, pero hicimos todo lo necesario para que fuera un éxito. Ahora tenemos un montón de ellos, con otra docena lista para abrir este año —se encoge de hombros—. Ransom nos tiene metidos en un montón de otras cosas, pero yo no me encargo realmente de esa

parte del negocio.

Esta parte de él, la forma en que habla de su familia, me deja una mezcla de felicidad y tristeza. Feliz de que tenga familia, gente a la que claramente ama. Pero enfatiza lo verdaderamente sola que estoy ahora. Papá y yo éramos un gran equipo. Nunca sentí que necesitara a nadie más. Perderlo fue como perder una extremidad. Tengo que aprender a caminar de nuevo.

—Entonces, ¿diriges este taller para él? —Apenas lo he visto, y algo me dice que tiene mucho más entre manos.

Sonríe y se encoge de hombros otra vez. —Soy el Director de Operaciones. Superviso todos los talleres.

13

KADE

—¿Por qué diablos estabas haciendo todo esto entonces? —pregunta, agitando su brazo alrededor de la oficina. No puedo evitar sonreír ante la incredulidad en su rostro y en su voz. Ha despejado la ira de antes. Estoy tan jodidamente aliviado de que esté hablándome de nuevo. No podía dejar que simplemente saliera de mi vida.

—Este lugar se siente como un hogar —le confieso—. ¿Ese apartamento en el que te estás quedando? Fue el primer hogar en el que me sentí completamente seguro. ¿Este taller? Construimos este taller, Becca. Un grupo de chicos rechazados hizo esto. Nos dijeron una y otra vez que éramos inútiles, una maldita carga para la sociedad. Que no íbamos a llegar a nada. Pero les demostramos que estaban equivocados. Este lugar era nuestro.

Respiro el familiar olor a aceite y escape mezclado con el aroma a limón. Por encima de todo, todavía la huelo a ella. Dios, su aroma está tan profundamente arraigado en mí que podría encontrar esa mezcla de vainilla y menta en medio de un huracán. Me froto la nuca, moviéndome para aliviar la tensión y volver a la conversación.

—Me está costando dejarlo ir —admito—. Y Micah, bueno, no creo que haya forma de que se vaya. Necesito estar aquí por él.

Becca me estudia. Evaluándome. —¿Pero realmente lo necesitas?

Mi cuerpo se queda quieto. —¿Qué demonios quieres decir?

Sus ojos agudos me atraviesan. —Apenas has estado aquí las últimas tres semanas. Micah y yo nos hemos estado comunicando bastante bien. Me pasa notas como en la secundaria. Nos enviamos mensajes. He estado aprendiendo algunas señas. Es bastante divertido.

Está sonriendo, y aparto un arrebato de celos por el afecto en su voz cuando habla de Micah. Debería estar feliz de que Micah esté bien. Lo estoy. Pero ella no me mira así a mí. Y sé que es mi propia maldita culpa.

—Él interactúa con los chicos, Kade. Siempre está dispuesto a echar una mano. Los otros chicos lo admiran. Lo respetan.

Desvío la mirada hacia el taller, encontrando a Micah en la bahía tres. Está trabajando con Jamie, uno de los mecánicos junior. Mientras observo, sonríe y asiente, dando una palmada en la espalda a Jamie. Jamie está haciendo preguntas, recibiendo asentimientos o negaciones de Micah. Micah se ve... seguro.

¿Cuándo sucedió eso? ¿Cómo no me di cuenta de cuándo Micah dejó de ser ese adolescente enojado? ¿El que peleaba para sacar sus palabras y luego usaba los puños para hacer valer su punto? Los ojos de Becca son suaves y demasiado conocedores.

—Eres un cuidador, Kade. Coleccionas personas. Tú mismo lo dijiste. Quieres arreglar a la gente. —Su sonrisa es comprensiva. La idea de que ella pueda verme claramente es inquietante

—. Eres bueno en eso. —Continúa—: Tal vez hiciste tu trabajo con Micah pero no te diste cuenta.

—Tal vez —admito, incómodo por lo mucho que me perdí con Micah. Aparentemente, es un punto ciego bastante grande.

—Micah es más fuerte de lo que crees, Kade. Habla con él sobre lo que está pasando. Podría sorprenderte.

Asiento. Mierda. Tal vez esa conversación está más que atrasada, pero puede esperar un poco más. Ahora mismo, Becca está frente a mí, y puedo ver en su rostro que aún se va. Necesito que se quede más de lo que necesito respirar.

—¿Te quedarías, Becca? Por favor. Me gustaría mucho que pudiéramos empezar de nuevo. —No me avergüenza suplicar—. No puedo sacarte de mi sistema, y realmente no quiero seguir intentándolo.

Becca me da una sonrisa triste que hace que mi estómago se revuelva. —No lo creo, Kade. No necesito que me arregles. Esta dinámica no es saludable.

—Mierda, Becca, ya sé que no necesitas que te arregle —contesto bruscamente, frustrado. Me detengo, sin querer realmente explicar cómo lo sé, pero no tengo nada que perder a estas alturas.

—Buscaba tus errores una y otra vez —admito, sintiéndome bastante estúpido—. Revisaba los libros por la noche. Verificaba dos veces los pedidos de piezas. Incluso hice recuentos de inventario. Intenté averiguar todas las formas en que podrías robarme. Y no encontré nada. —Me paso las manos por el pelo, temeroso de mirarla—. Por supuesto que no encontré nada. Porque eres completamente diferente a cualquier mujer con la que he estado.

Me arriesgo a mirar su rostro. Parece enojada, pero no más que antes. Mierda. Es hora de jugárselo todo.

—Becca. Realmente no quería encontrar nada malo, y me calmé después de la primera semana. Pero seguía volviendo para verte. Me mataba ver tu rostro iluminarse para los chicos y los clientes y luego quedarse en blanco cuando me miras a mí. Quiero que tu sol brille sobre mí, Becca. Por favor.

Hago una pausa, tratando de evaluar su reacción, pero no estoy captando nada. Soy un completo imbécil. Su elección no debería ser entre quedarse y estar conmigo, o irse. Siento que mi pecho se desinfla.

—Quédate, por favor. No tienes que irte, y... me mantendré alejado si quieres. Lo juro. Me matará, pero lo haré.

Ella suelta un suspiro frustrado. —Eres tan malditamente confuso, Kade. —Extiende los brazos con frustración—. ¿Puedes ser directo conmigo por una vez? ¿Qué es lo que QUIERES?

Clavo mis ojos en ella. —Te quiero debajo de mí, suplicándome que vaya más profundo, más fuerte. Quiero tus uñas clavadas en mi espalda y tu coño envuelto a mi alrededor.

Sus ojos se ensanchan y retrocede un paso. Mierda, tal vez no debería haber sido tan honesto.

BECCA

MADRE MÍA.

Este hombre es ardiente. La manera en que me mira hace que mis partes íntimas se alegren. Siento calor en el pecho y sé que me sonrojaré en un minuto. No me lo esperaba. Me siento un poco menos patética al darme cuenta de que la atracción es definitivamente mutua. Me pierdo imaginándonos a los dos juntos. Preguntándome cómo se sentiría tener el poderoso cuerpo de Kade entre mis muslos. Su voz me saca de mi ensueño.

—¿Qué quieres, Bec?

Mierda. ¿Qué quiero? Esta mañana creía saber lo que quería. Irme. Hacer un nuevo hogar en el Dojo, hacer algunos amigos y sentirme yo misma otra vez.

Este tiempo en el taller, obsesionada con Kade, se sentía como un descanso de mi vida. Pero pasar todo este tiempo aquí con los chicos me hizo darme cuenta de que echo desesperadamente de menos el Dojo. Echo de menos a los estudiantes y a los instructores. Echo de menos sentirme parte del equipo. Siento que pertenezco allí de una manera que simplemente no siento aquí.

—Ya no quiero trabajar aquí, Kade —admito—. Estoy muy agradecida por el trabajo, y me alegro mucho de haber podido ayudarte. Pero quiero trabajar en el Dojo.

La resignación en su rostro es la que espero, pero la determinación que sigue rápidamente me sorprende. —Entonces no trabajes aquí. Pero ¿qué hay de nosotros?

—Yo... eh, me siento un poco perdida aquí, Kade —admito, pasando los dedos por mi pelo y mirando al suelo.

Él insiste. —Es una pregunta simple, Becca. ¿Me quieres?

¡Agh!

—¡No es una pregunta simple, Kade! ¿Que si quiero acostarme contigo? Sí, me gustaría trepar por ti como si fueras un árbol, tal vez sentarme en tu cara. ¡Pero no es tan simple!

Kade sonríe y empieza a caminar alrededor del escritorio.

—¡QUIETO! —le grito, sobresaltándolo hasta que se detiene. Me mira desconcertado.

—Mira, lo siento, estoy teniendo un poco de dificultad para adaptarme a tu completo cambio de actitud ahora mismo. Esta mañana me estabas evitando, y ahora quieres... ¿qué? ¿Follar como conejos? ¿Y después qué?

Kade exhala, luego desliza sus manos en los bolsillos de sus pantalones, haciendo que la tela se ajuste contra su entrepierna. Trago saliva ante el bulto y dirijo mis ojos al techo por un momento.

—Eso depende de ti —murmura.

Arqueo una ceja y me cruzo de brazos. —¿De repente tengo voz y voto?

Él hace una mueca, luego exhala de nuevo antes de mirarme a los ojos y dejarme

completamente atónita.

—Sí, Becca. Está claro que no hice un buen trabajo mostrándotelo. Pero la verdad es que estoy jodidamente obsesionado contigo. Lo combatí por un tiempo, pero sería más feliz sentado toda la noche en tu puerta que acostándome con cualquier otra persona. —Se lleva las manos a la nuca, mirando sus pies antes de volver a encontrarse con mis ojos—. No te vi venir. Y ahora, bueno, puedes hacer lo que quieras conmigo. Pero por favor, por el amor de Dios, dame una oportunidad.

Trago saliva, ahogándome en la sinceridad de su voz y su mirada. —¿Una oportunidad? —digo con voz ronca.

Él asiente. —Aceptaré cualquier cosa, Becca. A cualquier ritmo que quieras ir, estoy contigo. Joder, te acompañaré al trabajo y de vuelta. Llevaré tu maldito bolso. Lo digo en serio. CUALQUIER COSA. —Sus ojos arden y su rostro está tenso. Parece que está sufriendo. Y yo estoy aturdida. Busco en sus ojos de nuevo, pero todo lo que veo es verdad y deseo.

Este hombre.

Este hermoso, roto y exitoso hombre me quiere.

Todos los sentimientos que he estado reprimiendo vuelven a surgir en mí. Las posibilidades se extienden ante mí. Ha compartido más de sí mismo hoy de lo que podría haber esperado. Pero en el fondo de mi mente hay una preocupación molesta. Preocupación de que esto sea pasajero. Preocupación de que cambie de opinión. Preocupación de que aún esté confundiendo de alguna manera sus sentimientos por mí con su necesidad de ayudarme. De arreglarme.

No necesito un héroe.

Pero sí quiero una pareja. Alguien incondicional. ¿Puede este hombre darme eso? Parece que no tiene ningún problema en regalar su dinero o su tiempo. ¿Puede amarme de la manera que merezco ser amada?

Y ahí voy, adelantándome demasiado.

Ni siquiera hemos tenido una cita. Todo esto podría desmoronarse mañana.

Pero ¿y qué? Me he desmoronado antes. Y he vuelto a levantarme. Podría hacerlo de nuevo si tuviera que hacerlo.

Enderezo la espalda cuando me llega la claridad. No puedo controlar lo que él hace o cómo se siente. Pero si está diciendo la verdad sobre sus sentimientos, sé que quiero explorarlo. Me arrepentiría el resto de mi vida si no lo hiciera.

—Kade —digo con firmeza—, voy a aceptar el trabajo en el Dojo, y te ayudaré a encontrar a alguien que me reemplace aquí. Luego renunciaré. —Tomo un respiro profundo, estudiando su rostro afligido—. Hasta entonces, sigues siendo mi jefe. —Levanto la mano, deteniendo sus objeciones—. Aunque estoy de acuerdo con salir con el jefe —digo con una sonrisa.

Su cuerpo se relaja y una sonrisa sexy curva las comisuras de su boca.

—Saldremos. Puedes recogerme después del trabajo. Pasaremos tiempo juntos. Y una vez que ya no sea tu empleada, si las cosas siguen bien... entonces me sentaré en tu cara. —Asiento, satisfecha con mi plan.

La gran sonrisa y la risa grave de Kade hacen que mi corazón se acelere. Mierda. Necesito cambiarme de ropa interior. Y comprar un vibrador nuevo. Van a ser un par de semanas largas.

15

BECCA

¿CÓMO SE PREPARA uno exactamente para una primera cita con su jefe? Fue un error buscarlo en Google. Terminé en una espiral de muerte de anuncios de videos porno y tuve que abandonar mi portátil. ¿Por qué demonios querría la gente jugar a un videojuego de sexo de dibujos animados, de todos modos?

La gente es jodidamente extraña.

—Mierda —murmuro, viendo la hora en mi teléfono. Él va a estar aquí en cualquier momento, y todavía estoy con la misma camiseta rosa y las mallas de camuflaje que llevé al trabajo hoy. Tal vez debería esforzarme un poco más, pero Kade ya me ha visto así hoy. Debería estar tratando de arreglarme. Poner mi mejor cara y todo eso. Pero no le veo el sentido. Este es el tipo de atuendo en el que vivo. No veo que eso vaya a cambiar pronto. Además, Kade iba a traer la cena aquí.

Estoy estúpidamente emocionada de pasar tiempo con él. La tensión de las últimas semanas finalmente se ha roto. Ahora comienza el trabajo duro. Ver si realmente nos gustamos fuera de la oficina. Sé lo que es sentirse atraída por alguien con quien trabajas estrechamente.

Así es como terminé con mi primer novio. Y mi tercero. Ambos eran estudiantes de cinturón negro en el Dojo, y pasábamos mucho tiempo juntos. Mi primer novio, Josh, era un tipo alto y desgarbado, y yo estaba completamente obsesionada. Salimos durante un mes entero. Terminó rompiendo conmigo porque dijo que quería salir con una chica que no pudiera darle una paliza.

Fue una mierda.

Y durante mucho tiempo, me hizo preguntarme si tendría que hacerme más pequeña, tanto en cuerpo como en personalidad, para conseguir un chico.

Salí con alguien fuera del Dojo por un tiempo antes de mi tercer novio, Matt. Él era diferente. Le encantaba lo dura que era, y a mí me encantaba lo amable que era él. Nuestra relación era cómoda, pero cuando se fue a estudiar, nos distanciamos, siendo la proximidad el núcleo de nuestra relación.

Incluso en nuestros momentos más íntimos, ningún novio me ha hecho sentir como me siento cuando Kade está simplemente de pie junto a mí. Como si estuviera total y completamente viva.

El golpe en la puerta hace que mi corazón se acelere. Respiro profundamente, abro la puerta y lo miro detenidamente. Se cambió los pantalones de vestir por unos vaqueros desgastados y una camiseta negra lisa. Mis ojos recorren los tatuajes que se asoman por sus mangas. No puedo decidir qué versión de Kade me gusta más. El hombre de negocios o el mecánico.

Menos mal que no tengo que elegir.

Deslizo mis ojos de vuelta hacia arriba, aterrizando en la cara de Kade. Tiene la ceja arqueada y está sonriendo con suficiencia. Sonrío, sin sentirme ni un poco avergonzada de que

me haya pillado.

—No puedes culpar a una chica por mirar —digo. Él se ríe con esa misma risa oxidada de esta tarde. Siempre suena como si estuviera fuera de práctica. Me pregunto por qué. Parece tenerlo todo a su favor. Dinero, trabajo, amigos. Aparte de una o dos veces con Micah, y al principio conmigo, nunca lo he visto realmente relajado y riendo.

—¿Puedo pasar?

—¡Claro! Joder. Pasa. —Retrocedo y mantengo la puerta abierta para él. Entra, deteniéndose justo a mi lado.

Cierra suavemente la puerta, la bloquea, y luego vuelve esos ojos oscuros hacia mí. Lo observo a través de mis pestañas mientras baja lentamente su cabeza hacia mí, rozando su mejilla recién afeitada contra la mía antes de presionar el beso más suave y gentil en la comisura de mi boca. Todo mi cuerpo tiembla, y suelto un suspiro entrecortado. Siento su sonrisa contra mi piel antes de que se aleje. Creo que incluso murmuro algo súper sofisticado como "Guau".

Por un momento deseo ser alguien que pudiera mantener la calma. Pero no lo soy. Nunca lo seré. Si perder a papá me enseñó algo, es que la vida es demasiado corta para jugar. Kade va a saber exactamente dónde está conmigo porque simplemente no quiero hacer esto de otra manera.

Levanto la mano y froto mis dedos sobre su mejilla lisa. Sus ojos se cierran, y se inclina hacia mi mano, su gran pecho desinflándose con su exhalación. Me gusta que esta atracción sea mutua. Pero estoy en grandes problemas si esto continúa. Llevamos treinta segundos de esta cita, y ya quiero ver qué otras reacciones puedo obtener de él.

Mis mejillas se sonrojan mientras imagino tenerlo extendido debajo de mí, dejándome tocar y explorar su poderoso cuerpo. Quiero saber qué puntos lo hacen gemir y cuáles le hacen perder el control. Le doy un pequeño rasguño en la mejilla con mis uñas.

—Quítate los zapatos.

Vuelve a levantar la ceja pero se quita las botas sin quejarse, quedándose con calcetines negros lisos. Los alinea ordenadamente junto a los míos. Sus zapatos se ven enormes junto a mis talla cuarenta y cinco, y eso me hace sonreír. Me muevo hacia la cocina con los pies descalzos.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber? Compré algunas cervezas y refrescos en la tienda.

Las cejas de Kade se fruncen. —No pensé en... ¿cómo estás yendo a la tienda?

—Tomé el autobús un par de veces. —Su gruñido me interrumpe, y le lanzo una mirada sucia antes de continuar—: Micah me prestó su coche dos veces también.

—No me gusta que tomes el autobús —admite, frotándose la nuca.

—Mucha gente toma el autobús, Kade. La parada no está tan lejos. No es gran cosa.

—Déjame arreglar tu coche...

—No. No vamos a hablar del coche. Cuando tenga el dinero para arreglarlo, entonces hablaremos.

Se pasa las manos por el pelo con frustración. —¿Me prometes que me dejarás llevarte la próxima vez?

—No, pero te pediré que me lleves si lo necesito. —Sonrío y le guiño un ojo para suavizar mis palabras. Él refunfuña y frunce el ceño. Pero eso es todo lo que va a conseguir de mí. He visto cuánto trabaja el hombre. Lo ocupado que está. No hay razón para que me haga de chófer.

Además, esto es demasiado nuevo, y no quiero depender tanto de él para nada ahora mismo. Todo cambió esta tarde, pero no creo que confíe en que no vuelva a ser el tipo reservado que me ignoró durante semanas.

—Entonces —digo, lista para cambiar de tema—, ¿no ibas a traer la cena? —La cara de Kade se enrojece ligeramente, y es jodidamente adorable. Pasa sus dedos por la parte trasera de

su cabello, y me distraigo inmediatamente viendo cómo se mueven los músculos de su bíceps.

—Yo, eh... me di cuenta de que en realidad no te pregunté qué querías. Pensé que tal vez podríamos elegir algo juntos, y yo iría a buscarlo. ¿O podríamos salir? —Me mira expectante. Cierto. Deja de mirarlo fijamente y habla con el hombre.

—Mis calcetines están fuera, Kade.

—Ah... Ya veo —hace una pausa, confundido—. Lo has dicho como si yo debiera saber lo que significa.

—Tengo que usar zapatos cerrados en el taller, Kade. Odio los zapatos. Mis pies deben estar libres. No voy a ponerme zapatos otra vez hoy.

Él vuelve a reír entre dientes.

—Vale. Entonces comemos aquí. No querríamos enjaular los dedos de nuevo.

Caray, me cae bien. Podría haberme dado la lata con lo de los zapatos, pero parece feliz de adaptarse a lo que sea. Pero tengo muchísima hambre, así que me dirijo a la nevera y empiezo a sacar ingredientes.

—Becca... ¿qué estás haciendo? —pregunta confundido.

—Sacando cosas para tacos. Me muero de hambre.

—Joder —el arrepentimiento en su voz hace que saque la cabeza de la nevera—. Iré a buscar algo rápido. Puedo volver en veinte minutos.

Se me cae el alma a los pies... esto es terrible.

—Tú... tú... —ni siquiera puedo pronunciar las palabras, la idea es tan horrible—. ¿No te gustan los tacos? —Estoy horrorizada. Estoy segura de que mi cara es una combinación de *¿quién coño eres?* y *lárgate de mi casa*.

La estruendosa risa de Kade llena de repente la pequeña habitación.

—Joder, Becca. La cara que has puesto —resopla y se limpia los ojos—. Solo quería decir que te invité a una cita. Es mi trabajo alimentarte.

Asiento, pero insisto en que me lo aclare.

—Pero, ¿qué opinas de los tacos? —me cruzo de brazos.

Me estudia antes de soltar otra carcajada.

—Me encantan los putos tacos.

Me relajo, contenta de que hayamos superado uno de los mayores obstáculos de nuestra relación en los cinco minutos que llevamos saliendo.

—Eso podría haber sido un factor decisivo, tío —sonrío como si estuviera bromeando. Pero en realidad no lo estoy. Kade es muy atractivo. Pero... los tacos. Él niega con la cabeza, pero no pasa nada. Puede pensar que soy ridícula mientras siga mirándome con esos cálidos ojos suyos.

—¿Vas a... cocinarme la cena? ¿Desde cero? —Suena sorprendido, y no puedo decidir si debería ofenderme porque duda de mis habilidades o entristecerme porque nadie ha cocinado para él. Me decido por resoplar y negar con la cabeza.

—Ni hablar —digo, viendo cómo su sonrisa se apaga ligeramente—. Tú me vas a ayudar. Coge un cuchillo y una tabla de cortar y trae tu trasero aquí.

Su sonrisa vuelve con toda su fuerza mientras sigue mis instrucciones. Se mantiene mientras corta metódicamente las verduras. Trabajamos codo con codo en la encimera, rozándonos los brazos y preparando nuestra cena. Nos acomodamos en la pequeña mesa para dos, cargada de cuencos de carne y condimentos.

Kade gime cuando da el primer bocado, y rápidamente da otro. Yo murmuro de acuerdo, con la boca demasiado llena para hablar. Qué bueno. Cuando el borde del hambre se ha quitado, nos recostamos en nuestras sillas.

—¿Sabes? Esta es la mejor comida que he probado en esta cocina —dice, con los ojos paseando por la comida que queda en la mesa.

—¿En serio? ¿No viviste aquí durante un tiempo? Seguro que cocinasteis, ¿no? —Kade se hunde en su silla, estirando las piernas a ambos lados de las mías.

—Oh, sí que cocinábamos. No podíamos permitirnos no hacerlo. Comimos demasiados espaguetis con salsa de tomate sola... No he vuelto a comer espaguetis desde que nos mudamos —sus labios se tuercen hacia abajo, y se estremece ante el recuerdo—. Creo que vivimos aquí un año antes de comprar un salero. Todo estaba soso o quemado. O entre medias.

—¿Quién cocinaba? —Siento mucha curiosidad por estos chicos que se convirtieron en una familia. La pura voluntad que debió hacer falta para unirlos y mantenerlos unidos es asombrosa.

—Al principio, Ransom. Pero era el mayor, así que era el que estaba al frente la mayor parte del tiempo. El resto nos turnábamos. Excepto Jonas. Se pasaba toda la noche intentando encontrar la receta perfecta, y si lo conseguía, tardaba una hora de mierda en cortar la cebolla en trozos perfectamente uniformes. Habríamos acabado tan hambrientos que nos habríamos atiborrado de sándwiches de mierda.

Cada vez que habla de sus hermanos, su voz se suaviza, dejando claro su amor por ellos. Puedo imaginarlos a todos aquí, quejándose de lo hambrientos que están y metiéndose los unos con los otros. Suena ajetreado y abarrotado.

Suena a familia.

—Siempre deseé tener hermanos —digo—. ¿Cómo era, vivir todos juntos?

—Era una puta casa de locos —su sonrisa se ensancha—. La mayor parte del tiempo éramos completos salvajes. Había una pelea casi a diario cuando vivíamos aquí.

—¿De verdad viviais todos en este lugar? ¿Cómo? ¿Cómo funciona eso?

—No muy bien. Esto estaba lleno de sacos de dormir de pared a pared. Se suponía que debíamos salir del hogar de acogida al cumplir la mayoría de edad, pero ninguno de nosotros se quedó tanto tiempo antes de largarse. Acabábamos aquí y Ransom no paraba de comprar sacos de dormir.

—¿Nadie os buscó?

Él se burla y niega con la cabeza.

—Les importaba una mierda que no estuviéramos allí. Mientras no nos arrestaran, podíamos mantenernos fuera del radar de los servicios de protección infantil. Ayudaba que todos fuéramos grandullones.

—¿Todos grandullones? ¿Como tú y Micah? ¿Sabes que estáis fuera de la media, verdad?

Sonríe con suficiencia.

—En todos los sentidos.

Mi cara se sonroja y le lanzo mi servilleta hecha una bola. Él se ríe mientras rebota en su pecho.

—La mayoría somos grandullones, sí. Creo que así es como Ransom nos eligió al principio. Estaba formando una pandilla, y tener tipos grandullones es un puto requisito. Jonas y Zach son un poco más menudos, pero tenían otras cosas a su favor.

—Suena muy calculador —digo, preguntándome por qué se tomaría tantas molestias. Uno pensaría que habría sido más fácil para él quedarse solo, preocupándose solo por sí mismo. Pero está claro que su apuesta dio sus frutos.

—Lo era. Lo es. No puedo decir que entienda completamente por qué lo hizo. Ni que supiera que íbamos a tener tanto éxito como tenemos. Pero estoy jodidamente agradecido de que me eligiera.

—Le quieres mucho —digo. Él se inclina hacia adelante y cruza los brazos sobre la mesa, con los ojos estudiando la pared junto a la nevera. Me di cuenta cuando me mudé. ¿Cómo no hacerlo? Es decir, la mayoría de los apartamentos no tienen una pared con grafitis. La había estudiado un poco y encontré todos los nombres escondidos dentro de la palabra estilizada BRASH.

—¿Quererle? Sí. Pero es más que eso. Le debo la vida. Le respeto muchísimo y caminaría sobre brasas ardientes por él.

Puedo ver todo eso en su rostro. Ha estado tan distante las últimas semanas, así que absorbo el juego de emociones en su cara. Me está permitiendo ver lo que siente por sus hermanos. Es capaz de una emoción tan profunda. Un amor tan profundo. Los hombres que inspiraron eso deben ser realmente asombrosos.

He conocido familias que se ignoraban entre sí. Que se menospreciaban mutuamente. Empañan la palabra familia. Pero ¿Kade y sus hermanos? Suenan como todo lo que una familia debería ser. ¿A quién le importa si no son de sangre?

—¿Qué pasa? —su pregunta me saca de mis pensamientos.

—Estoy celosa de ti —hago una mueca al decirlo, pero ahí está. Kade frunce el ceño y se recuesta en su silla.

—¿Celosa? —su risa es áspera—. ¿Por qué coño te sentirías celosa de mí?

—¿En serio? —¿De verdad no lo ve? Sus ojos se entrecierran y me mira fijamente—. Kade. Cuando me conociste, estaba durmiendo en mi coche. Tenía un teléfono móvil lleno de conocidos. Nadie que conociera que lo dejara todo y viniera a ayudarme. Nadie —hago una pausa, dejando que eso cale—. Si me hubiera pasado algo malo, el hospital no habría tenido a nadie a quien llamar. Tú —digo, señalando directamente a su cara despistada—, tendrías una sala de espera llena de hombres que te quieren. Nunca estarías solo. Eso es algo muy especial —él respira profundamente y cruza los brazos sobre su pecho sin apretar.

—No lo había pensado de esa manera —dice, pareciendo avergonzado.

—Pues deberías. Tienes algo que no todo el mundo tiene. Entiendo que tuviste una infancia difícil, pero mira lo que tienes ahora —digo, señalando la pared con grafitis. Sus ojos se calientan mientras recorren la pared.

—Tienes razón —dice en voz baja.

—Lo sé. Siempre la tengo. Es una maldición —bromeo, queriendo romper la tensión. Kade se ríe pero se inclina hacia adelante de nuevo, fijando sus intensos ojos en mí.

—Becca —dice, con la voz más seria que le he oído jamás—. Soy yo. Me llamas a mí. Hazlo ahora mismo —Levanto las cejas confundida—. Saca tu teléfono y ponme como tu contacto de emergencia.

Estudio su rostro, buscando... no sé qué. Todo lo que veo es certeza. Me levanto lentamente, cojo mi teléfono de la encimera y vuelvo a sentarme. Soy consciente de su intensa mirada sobre mí. Evito sus ojos mientras abro su contacto. Mi dedo se cierne sobre el campo *Añadir a contactos de emergencia*. Lo miro, indecisa.

—Hazlo, Becca. La simple idea de que te hicieras daño y yo no lo supiera me está volviendo loco. Necesito esto. Por favor —suplica.

De alguna manera, esto se siente como saltar de un acantilado.

—Yo... no sé.

Él frunce el ceño, sus brazos se tensan. —¿Qué hay que pensar? —Podría ir con cuidado aquí. Suavizar mis palabras, embellecerlas.

Pero no lo haré.

—Eres un poco cambiante —le digo con sinceridad—. No sé si puedo confiar en que estarás ahí si pasa algo malo.

Se queda inmóvil, y aunque intenta ocultarlo, puedo ver el dolor en su rostro.

—Creo que eres un buen tío, Kade. Hay muchas cosas que me gustan de ti. Por eso estamos sentados aquí ahora mismo. Y sé que tenías tus razones para mantener las distancias. Es solo que... te fuiste.

Se ríe, pero no hay humor en el sonido. —Te conté un poco sobre mis relaciones —dice, exhalando pesadamente. Asiento con la cabeza y él continúa—: Siempre soy el tipo al que llaman. ¿Saliste antes de tiempo de rehabilitación y rayaste el coche de un policía? Llama a Kade. ¿Me engañaste con otro tío que te echa en medio de la noche? Llama a Kade. Esto es jodidamente irónico —hace una pausa, frotándose la ceja.

—Siempre soy el tipo que está ahí. No importa cuánto me hayan herido o lo mal que estuvieran las cosas. Siempre aparecía. Así que cuando te conocí, yo... me sentí tan jodidamente atraído por ti. Todo era mucho más grande de lo que había sentido antes, así que me entró un poco de pánico. Hice lo contrario de lo que normalmente hago. Me mantuve alejado.

Sonrío con tristeza, observándolo atentamente. Honestamente no entiendo cómo una mujer podría tratar así a su novio.

Y realmente no entiendo por qué él lo permitiría.

Se levanta, deslizándome fuera, silla y todo, de la mesa para poder agacharse frente a mí. Pone sus manos callosas en mis rodillas, agarrando con fuerza. Se ve tan sólido. Inamovible.

—Estaré ahí para ti, Becca. Tienes mi palabra —La sinceridad en su voz se hunde a través de mis dudas. Es tan tentador creerle.

—¿Y si no funciona lo nuestro? —pregunto suavemente, mirándolo hacia abajo.

La boca de Kade se tensa. —No importa. Mientras me necesites, estaré ahí, Becca. Te lo juro.

Veo la verdad de ello en sus ojos. Dice cada palabra en serio. ¿Puedo dejar atrás las últimas tres semanas? ¿Puedo avanzar, dándole la confianza que parece necesitar? Me inclino hacia él, pasando mis dedos por las líneas de preocupación en su frente, luego por el puente de su nariz. Cierra los ojos y exhala pesadamente. Alcanza mi mano con la suya, presionando sus labios suavemente contra mi palma. La devoción, la promesa en ese beso, es como nada que haya experimentado antes.

Salto.

Presiono *Añadir a contactos de emergencia*, luego dejo caer mi teléfono con un estrépito. Separo mis muslos, alcanzando para atraerlo hacia mí por la nuca. Entierra su rostro en mi cuello, su aliento caliente abanicándome, sus brazos deslizándose detrás de mi espalda. Mi mano, aún firmemente sostenida en la suya, ahora presionada contra su mejilla.

—De acuerdo —susurro.

16

BECCA

ME TIEMBLAN las manos mientras aliso mi vestido rojo y fluido. A Kade no parece importarle lo que llevo puesto, pero yo quería un cambio de las mallas y camisetas. Para esta cita me he puesto un sujetador de verdad. No uno de mis familiares sujetadores deportivos. Esta noche, quiero sentirme como una mujer sexy y atractiva.

Hemos pasado casi todas las noches juntos durante la última semana, pero siempre ha sido aquí. Preparamos la cena, vemos películas, charlamos, y ha sido maravilloso. Pero Kade insistió en que saliéramos a una cita de verdad, y estoy estúpidamente nerviosa. Sé cómo ser la chica poco femenina, la amiga en un grupo de chicos.

Demonios, la mayoría de los chicos con los que he salido en el pasado los conocía de toda la vida. No había misterio. Ni sorpresas. Kade es diferente. Nosotros somos diferentes. Él ha sido más abierto que antes. Está claro que se está esforzando. Pero hay mucho que no sé sobre él.

Cada noche me sorprende con alguna nueva información. Pero realmente no comparte nada de su pasado hasta que le pregunto. Nuestras conversaciones fluyen tan naturalmente en casi cualquier otro tema, pero ¿el pasado? No, eso no sucede.

El suave golpe de Kade desata las mariposas, y tomo unas cuantas respiraciones profundas para calmarme. Sé que he acertado con mi elección de atuendo cuando abro la puerta y sus ojos se encienden, su boca se abre.

—Joder —murmura, incapaz de apartar sus ojos de mí. Recorren mi cuerpo, deteniéndose en el profundo escote en V antes de desviarse hacia mis brazos desnudos, luego el coqueto dobladillo que juguetea con la piel sobre mi rodilla. Me examina como si no quisiera perderse nada.

Siento el rubor subiendo por mi pecho. Tengo que resistir el impulso de inquietarme o hacer una broma tonta. Eso es lo que siempre hago cuando estoy incómoda, pero esta noche voy a lidiar con la incomodidad. Porque me gusta que este hombre me mire. Me gusta sentirme hermosa y deseable cuando me mira. Así que no haré una broma para romper la tensión.

En su lugar, voy a deleitarme en ella.

Los ojos brillantes de Kade finalmente se encuentran con los míos, y traga saliva profundamente. —Te ves tan jodidamente hermosa, Becca.

Jesús, siento que mis pezones se endurecen y rezo para que mi sujetador acolchado oculte la reacción. Realmente no me importa que sepa cómo me afecta, pero no quiero que todo un restaurante mire mis pezones. Me lamo los labios secos.

—Gracias. Tú también te ves increíble. —Está tan sexy. Vistiendo un traje oscuro y ajustado, su camisa blanca y crujiente hace que su piel se vea dorada en la tenue luz del apartamento. El cuello está abierto, y tengo que sonreír.

—¿Sin corbata?

Kade niega con la cabeza. —No las soporto. Solía intentarlo, cuando empezamos a expandirnos, pero me distraía tanto con esa maldita cosa que no podía concentrarme.

—¿Alguno de tus hermanos usa corbata? —Tengo mucha curiosidad sobre dónde va y las personas con las que pasa sus días. Quiero saber más sobre sus hermanos.

Su sonrisa arruga las esquinas de sus ojos. —Algunos —se encoge de hombros—. Ransom lo hace a veces. Algunos de los otros chicos también, dependiendo de la situación. Pero Jonas tiene algo con la ropa. Solo se viste con cosas que considera cómodas. El maldito presidente podría venir de visita, y él seguiría usando una camiseta y un cárdigan.

Me río y me deslizo en mis tacones, con la mano de Kade en mi codo para estabilizarme. No necesito ayuda para equilibrarme, pero de ninguna manera se lo voy a decir. En su lugar, simplemente disfruto la sensación de su mano sobre mí.

—¿Qué hace Jonas de nuevo? —No puedo recordar cuál hermano es.

—Es el tipo de las finanzas. Técnicamente el Director Financiero. Todo lo que sé es que si implica números, él es el tipo con quien hablar.

La admiración en la voz de Kade es interesante. No habla de nadie de la misma manera, ni siquiera de Ransom.

—Lo respetas —digo.

Kade asiente y me escolta escaleras abajo y a través del patio hasta su camioneta. Estoy a punto de hacer más preguntas cuando él habla de nuevo.

—Jonas es como nadie que haya conocido. —Kade abre la puerta y espera a que me acomode en el asiento antes de continuar—. Tiene autismo. Realmente no conozco los detalles. Jonas no habla mucho de ello. Pero la forma en que funciona su cerebro es jodidamente mágica. —Cierra la puerta y corre alrededor, saltando al asiento del conductor de la camioneta.

—¿Mágica?

Kade sonríe mientras arranca la camioneta. —Recuerda absolutamente todo —se ríe antes de aclarar—. Bueno, cuando se trata de números, de todos modos. No podría decirte qué pidió para almorzar hoy en un restaurante, pero recordará cuánto costaba cada artículo en la cuenta.

Sonrío, completamente fascinada. —Suena único.

Kade se encoge de hombros. —Es mi hermano.

La forma fácil en que lo dice. La absoluta confianza que tiene en su relación me roba el aliento por un momento. Me froto el pecho dolida.

—¿Estás bien? —pregunta Kade con el ceño fruncido.

—Sí, estoy bien.

Kade me lanza una mirada, pero lo deja pasar y nos sentamos escuchando la radio en voz baja, viendo cómo el sol poniente ilumina los rascacielos a nuestro alrededor, perdidos en nuestros propios pensamientos.

No estoy bien.

Estoy sola.

Me encanta escuchar sobre todos los hermanos de Kade. Si la relación de Kade y Micah es típica de la forma en que todos interactúan, entonces se aman, con defectos y todo. Son esta unidad desgastada por la batalla y cicatrizada.

Perfecta en su imperfección.

Y quiero eso con cada célula de mi cuerpo. Quiero tener un hogar. Quiero personas en las que sé que puedo confiar cuando la vida se pone tormentosa. Personas que estén allí para sostenerme cuando lo necesito. Y que sepan sin una sombra de duda que yo también estaré allí

para ellos, sin hacer preguntas.

Tenía eso con papá. Y mientras él estuvo vivo, pensé que lo tenía con la familia que construimos en el Dojo. Pero los lazos que nos unían eran débiles, incapaces de soportar la muerte y el dolor que los desgastaron como ácido.

Pero ¿la familia de Kade? Fueron forjados en el fuego, en las dificultades, las conexiones entre ellos hechas del acero más fuerte. Irrompibles. Me pregunto, no por primera vez, si hay espacio para un nuevo miembro.

—Este es el restaurante más elegante en el que he estado —le susurro a Kade mientras seguimos a la camarera a través de la sala tenuemente iluminada, mis dedos entrelazados con los suyos. Juro que miles de pequeñas arañas iluminan el camino, sus cristales reflejando las velas en cada mesa. Me preocupo de nuevo por si estoy vestida de manera inapropiada. Deseando por un momento ser pequeña y delicada y poder fluir a través de una habitación, serpenteando fácilmente entre las mesas.

Pero entonces tendría que renunciar a mi espectacular trasero. Eso sería triste, así que tal vez estoy mejor con el trasero grande y las caderas anchas. Me han servido bien hasta ahora.

Vuelvo a centrar mi atención en la sala y en las caderas oscilantes de la anfitriona. Casi golpea el codo de un caballero mayor al pasar. Me preguntaría qué piensa Kade de su trasero si no estuviera acariciando suavemente mi pulgar mientras caminamos.

Él no está pensando en ella en absoluto.

Cuando llegamos a la mesa, Kade retira mi silla. Tengo un momento de pánico, preguntándome cómo demonios funciona eso, luego decido hacer como si estuviera usando el sucio baño de la playa a la que solía ir de niña. Funciona, y me relajo y me siento cuando siento que la silla se desliza hacia dentro.

Mis dedos golpean nerviosamente la parte inferior de la mesa mientras la anfitriona se va y la camarera toma nuestros pedidos de bebidas. Me siento completamente fuera de lugar. Pero Kade no. No, él parece como si comiera aquí todas las noches. ¿Cómo puede este hombre pasar de tener las manos cubiertas de grasa a llevar un... —¿Cuánto costó tu traje?

La boca de Kade se contrae, sus ojos brillando hacia mí. —Suenas un poco alterada, Bec. ¿No te gusta mi traje?

Entrecierro los ojos hacia él. —Estás evadiendo la pregunta. ¿Cuánto costó?

La sonrisa de Kade se atenúa y se encoge de hombros. —Unos cuantos miles, creo.

—Claro —murmuro mientras miro mi vestido de treinta dólares de Target.

—Becca —dice Kade suavemente—, mírame. —Aunque su tono es suave, oigo el acero en sus palabras. A regañadientes, levanto mis ojos para encontrarme con los suyos. Trago saliva con dificultad.

—No encajo aquí, Kade.

Sus ojos se agudizan sobre los míos y su frente se arruga. —Claro que sí, joder.

Aprieto los labios. —Mi menú no tiene precios, pero estoy segura de que una ensalada costará más de lo que pagué por mi vestido. —Desvío mi mirada por la sala—. Ninguna otra mujer aquí lleva algo de Target. —Jesús, quiero darme un puñetazo en la teta por las palabras que salen de mi boca. Pero estoy tan fuera de mi zona de confort aquí.

—Me importa una mierda lo que lleve cualquier otra mujer. Eres la única persona en este lugar que me importa, Becca. —Los ojos de Kade están duros, brillantes. Toco la parte superior de su mano apretada, y él la gira para envolver mi mano con la suya.

—Lo sé —susurro—, pero... —Busco las palabras para explicarle lo que siento—. He pasado la mayor parte de mi vida en chándal. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que he

llevado un vestido en los últimos cinco años. Simplemente... —Mis palabras se desvanecen. Me siento tan estúpida.

—No te sientes cómoda aquí —dice él secamente.

Desearía poder decir que sí. Que estoy bien. Y simplemente olvidar lo que estoy sintiendo. Pero no voy a empezar a mentirle. —Tú encajas, Kade. Yo no. No, no estoy cómoda —admito.

El resoplido de Kade hace que mis ojos se ensanchen. —Tú encajas aquí mucho más que yo, Becca. —No me gusta ese tono en su voz. Suena... autodespreciativo.

—Desde aquí, pareces encajar perfectamente.

Él niega con la cabeza. —He comido de un puto contenedor de basura, Becca. He dormido bajo puentes y he usado mis puños para tomar lo que necesitaba. Este no es mi maldito mundo. Solo lo visito cuando tengo que hacerlo.

—¿Tienes que... y tienes que hacerlo esta noche? —Ahora estoy realmente confundida—. ¿Por qué estamos aquí, Kade?

Su mano se aprieta sobre la mía mientras pasa la otra por su pelo. —Quería llevarte a un lugar que te merecieras.

Aprieto mis dedos sobre los suyos. —¿Y me merezco este restaurante? —pregunto, aún confundida.

—Te mereces lo mejor, Becca —dice con absoluta sinceridad.

Exhalo, el aire saliendo de mí de golpe. Extiendo mi otra mano a través de la mesa en invitación. Kade la toma, su atención completamente en mí.

—Me encanta que pienses eso. De verdad. Pero ¿te gusta estar aquí? La verdad, Kade.

Él niega lentamente con la cabeza y murmura: —Hemos hecho algunos tratos aquí, pero lo odio. Me siento como en una maldita pecera. Es el mejor restaurante de la ciudad, y no lo entiendo. Las porciones son demasiado pequeñas, y normalmente tengo que pasar por un autoservicio después.

Dejo escapar una risita de alivio. Los labios de Kade también se curvan. —Kade.

—Becca.

—Estoy bastante segura de que vi un restaurante Outback a un par de manzanas. ¿Podemos ir allí? Me gustaría mucho comer una Bloomin' Onion.

La sonrisa de Kade crece, sus ojos iluminándose. —Claro que sí, joder. Te llevaré a donde quieras.

Kade se levanta y tira un billete de cien dólares sobre la mesa, luego agarra mi mano y nos apresura hacia la puerta.

Me río todo el camino hasta el Outback.

BECCA

LA RISA de Kade me excita tanto. Tal vez no sea solo la risa. Es el hecho de que soy yo quien lo hace reír lo que se siente tan bien. Él puede ser tan reservado. Tan serio. Carga con tanto. Poder ayudarlo a relajarse se siente importante y me hace sentir que le estoy dando algo que no puede obtener en otro lugar.

Kade levanta la mano. —Espera... ¿Me estás diciendo que te cagaste los pantalones frente a toda la clase? —Está jadeando, su risa entrecortada. Está recostado en el banco, completamente relajado. Su chaqueta y gemelos descartados unos minutos después de comenzar nuestra comida, las mangas arremangadas sobre esos antebrazos bronceados.

Somos de los últimos en el restaurante, nuestras comidas terminaron hace horas. Kade pagó la cuenta y dejó una propina tan generosa que el personal ha estado feliz de dejarnos sentados, pasando para rellenar nuestras aguas pero dejándonos solos por lo demás.

—No solo me cagué, Kade. Papá me había llevado a comer helado en el almuerzo... —Suspiro—. Simplemente... —Hago un gesto de explosión con las manos—, salió a chorros. En mi gi blanco.

Kade está aullando ahora, con lágrimas corriendo por su rostro. Se agarra el estómago. —Oh, joder, Becca. Hostia puta.

Hora de rematarlo. —Se corrió la voz por todo el dojo, Kade. La mayoría de los niños me llamaron Culo Torpedo hasta que tuve trece años.

Ahora se está riendo tan fuerte que ha dejado de hacer ruido. Todo su cuerpo se convulsiona en el reservado. Me cubro la boca, resoplando con él. Fue horrible cuando tenía ocho años, pero ahora, décadas después, puedo ver el humor en todo el asunto. Y puedes estar segura de que si le hubiera pasado a cualquiera de los chicos, yo también les habría puesto un apodo genial.

Observo cómo Kade se calma lentamente, recorriendo con la mirada sus anchos hombros y sus sexys brazos hasta las manos que ahora cubren su rostro.

Finalmente, suspira y se frota los ojos. —Joder, Becca. Eso es lo más gracioso que he escuchado en mi vida. —Asiento, poniendo una cara seria, incapaz de contenerme.

—Deberías haberlo *oído* entonces —digo con los ojos muy abiertos y arqueando una ceja.

Y vuelve a empezar.

Cuando finalmente se calma, pregunta: —¿Qué hizo tu padre?

Sonrío, recordando el intento de mi padre por consolarme. —Me envolvió con un suéter y me llevó a casa para cambiarme. No dejaba de decirme que todo estaría bien, que todos lo olvidarían, pero se reía todo el tiempo. Se reía por lo bajo cada vez que me llamaban Culo Torpedo. —Hago una pausa, recordando—. En realidad, estoy bastante segura de que él me llamaba Culo Torpedo cuando hablaba con otras personas, pero nunca lo hacía en mi cara.

Kade se ríe y silba. —Apuesto a que eso te enfurecía.

—Muchísimo —digo, sonriendo—. Pero así era él. No me mimaba. Pensaba que bien podría endurecerme. Así que aprendí a sobrellevarlo. No puedo decir que alguna vez me encantara, pero dejó de herirme. Tal vez el no obtener una reacción de mí lo hizo aburrido para ellos.

Me río. —Además —digo, levantando un dedo—, me crecieron las tetas, y los chicos pensaron que tendrían más posibilidades de acercarse a ellas si dejaban de ponerme apodos.

—Eso lo haría. Los chicos adolescentes piensan en los pechos más que en cualquier otra cosa.

Levanto las cejas. —¿En serio? ¿Más que en cualquier otra cosa? ¿Incluso tú?

Kade resopla. —Yo más que la mayoría. Pasaba todo mi tiempo con otros ocho chicos, Becca. Pasábamos las noches o hablando de tetas o midiendo el tamaño de nuestras pollas.

Era mi turno de reír. Dios, imaginar a un montón de chicos hormonales escondiendo una regla me hizo llorar de risa.

—Oh, Jesús, Kade, dime que teníais un cuaderno para llevar un registro del crecimiento de las pollas.

—Sí. Tenía una página para cada uno de nosotros. Me alegra informar que a todos nos va bastante bien en ese departamento.

Siento que me estoy muriendo. No puedo respirar de la risa. Las risitas de Kade se mezclan con las mías. Nos quedamos sonriéndonos el uno al otro durante un buen rato antes de que Kade rompa el silencio.

—Tu padre, ¿era duro contigo?

Murmuro, preguntándome cómo describir nuestra dinámica. —Mi padre estaba acostumbrado a pasar su tiempo con chicos. No estoy segura de que supiera qué hacer con una niña pequeña.

—¿Quería un niño? —pregunta Kade, con voz dura. Niego con la cabeza.

—No. No lo creo. Creo que simplemente estaba feliz de ser padre, pero cuando mi madre se fue, tuvo que averiguar cómo criarme solo mientras dirigía un negocio. —Me meto el pelo detrás de las orejas, recordando lo confuso que fue ese tiempo para ambos.

Kade alcanza mi mano, y se la doy sin pensarlo. ¿Cómo es que mi mano no se siente bien a menos que él la esté sosteniendo?

—¿Cuándo se fue tu madre? —pregunta en voz baja.

—Creo que tenía cuatro años. Volvió algunas veces. Papá la aceptaba de vuelta cada vez que regresaba a casa. Se quedaba por un tiempo y luego se iba de nuevo.

Sus ojos se oscurecen. —¿Estaba drogada? —Por supuesto que pensaría eso. Su madre eligió las drogas sobre él en cada oportunidad que tuvo. Por supuesto que pensaría que es por eso que las madres se van.

—No, no lo estaba hasta donde yo sé. —Suspiro y apoyo la cabeza en mi mano—. Creo que simplemente quería otra vida. —El pulgar de Kade acariciando mis nudillos es reconfortante—. Se conocieron en un torneo de Jiu Jitsu en la costa oeste. Ella estaba estudiando fotografía y estaba allí para tomar fotos. Él siempre decía que se enamoró de ella en el segundo en que se conocieron.

—¿Ella no sentía lo mismo? —adivina.

—Honestamente, no lo sé. Recuerdo que fueron felices por un tiempo. Papá ya había empezado el dojo en su ciudad natal, así que ella se mudó para acá. Quedó embarazada bastante rápido. Nací poco más de un año después de que se conocieran.

Trazo con mis dedos las líneas blancas en los nudillos de Kade. —Creo que se sintió atrapada

después de eso. No sé si alguna vez quiso ser madre. Tenía sueños de ser una fotógrafa mundialmente famosa, viajar a lugares exóticos para sesiones fotográficas. La vida en nuestro pueblo no era exótica. Era aburrida, cosas cotidianas de familia.

—Las cosas cotidianas aburridas de familia suenan bastante bien —dice Kade en voz baja. Asiento lentamente, mirando esos impresionantes ojos. Ha vivido una vida tan dura. Sabiendo lo que sé ahora, tengo que estar de acuerdo.

—Sí, lo era.

—¿Dónde está ella ahora?

—Es una fotógrafa mundialmente famosa. —Suelto una risa baja—. Viaja por el mundo. A veces veo su nombre en revistas.

Los ojos de Kade son inquisitivos. —¿Cómo te sientes respecto a eso?

Sonrío y aprieto sus dedos. —Para ser honesta, no siento mucho. Envió flores cuando papá murió. Me manda una tarjeta de cumpleaños cada año. Pero realmente ya no pienso mucho en ella. Me alegro de que se fuera, ¿sabes? Si no podía amar a papá de la manera en que merecía ser amado, entonces buen viaje. Y supongo que me alegro de que esté haciendo lo que siempre quiso hacer.

—Ella tampoco te amó de la manera en que mereces, Becca.

Tengo que sonreír. —Es cierto. Pero honestamente, tuve muchísima suerte de tener a mi papá. Él estuvo presente para todo. Leyó libros sobre la pubertad y compró artículos para la menstruación, luego me lo explicó todo —tengo que reírme—. Hubieras visto lo rojo que se le puso el rostro. Creo que no me miró a los ojos durante una semana después de eso.

Kade no parece satisfecho con mi respuesta. —¿No desearías que ella se hubiera quedado?

Mi sonrisa se desvanece y lentamente niego con la cabeza. —Él me cuidó tan bien, Kade. No puedo imaginar que mi vida hubiera sido mejor si ella se hubiera quedado. Ella es quien es. A menos que hubiera regresado como una persona completamente diferente, alguien que desesperadamente quisiera ser esposa y madre, no había forma de que hubiera mejorado nuestro mundo.

Kade asiente, pareciendo perdido en sus pensamientos.

Le aprieto la mano, atrayendo su atención de vuelta a mí.

—Mi madre está viva y bien en el mundo, viviendo su mejor vida. Ella tomó una decisión. Entiendo de dónde vienes, sin embargo. Estoy segura de que harías cualquier cosa por tener a tu madre de vuelta.

Kade lentamente retira su mano de la mía y se recuesta en el asiento. Mi mano queda sobre la mesa, extendida y repentinamente fría. La retiro y la coloco en mi regazo. He dicho algo malo, pero no sé qué mina he pisado. Entrelazo mis dedos en mi regazo, observando las emociones cambiantes en el rostro de Kade.

Sus ojos parecen revolotear por el restaurante, sin fijarse en nada. Sus hombros están tensos, los tendones de su cuello sobresalen notablemente. Tengo el impulso de disculparme, de suavizar las cosas, pero aprieto los dientes para contener las palabras. No he hecho nada malo. Lo sé. Pero cuando se pone así de sombrío, solo quiero mejorarlo. Kade exhala un pesado suspiro, con los ojos fijos en la mesa.

—Yo... no lo sé.

—¿No sabes...? —lo insto.

La boca de Kade se tensa antes de admitir: —No sé si querría que volviera.

Conscientemente relajo mis dedos y me recuesto en el asiento, imitando su postura. Mi silencio obliga a sus ojos a encontrarse con los míos. Me aseguro de que mi rostro no delate

ningún sentimiento. Esto no se trata de mí, y sé que si muestro algo en mi cara, él se va a cerrar.

Kade examina mi rostro cuidadosamente y debe estar satisfecho con lo que ve porque sus hombros bajan ligeramente. Se aclara la garganta y alcanza los saleros y pimenteros de la mesa para jugar con ellos. —Mi vida sin mi madre era... más fácil en muchos sentidos.

—¿Cómo? —pregunto suavemente.

—Solo tenía que preocuparme por mí mismo —su sonrisa es triste—. Me preocupaba tanto por ella, Becca. Se iba por días y luego volvía a casa muy enferma. Iba a buscarla. A veces la encontraba. Hay un terreno baldío que solía usar para... ganar el dinero que necesitaba para comprar drogas.

Mis manos se cierran en puños por la manera en que dijo "ganar". Jesús, el peso y la tristeza en esa sola palabra se sienten como un peso de cien kilos sobre mi pecho.

—También había algunas casas abandonadas a las que iba para consumir —está girando ambos saleros. Parecen miniaturas de una cocina de juguete en sus grandes manos—. A veces no la encontraba y tenía que rebuscar algo para comer —Kade ríe suavemente—. Una vez me quedé atrapado en un contenedor de basura. Me subí al que estaba detrás de la tienda de conveniencia, pero no me di cuenta de que estaba casi vacío hasta que ya había caído dentro. Me quedé allí toda la noche hasta que alguien de la tienda me encontró y me sacó. Esa noche comí tres cajas de pastelillos aplastados.

Está examinando mi rostro de nuevo. Estoy realmente horrorizada. Y muy, muy triste por él. Pero le doy una suave sonrisa y aparto todo lo demás. Él continúa, tranquilizado.

—Nunca teníamos suficiente dinero. Gastaba nuestros cheques de asistencia social en drogas la mayoría de las veces, pero a veces conseguíamos comida de la iglesia o del banco de alimentos. También le robaba dinero de la cartera para comprar comida en la tienda de la esquina. Nunca se dio cuenta.

Lentamente coloco mi mano sobre la mesa y la deslizo hacia las manos de Kade, temerosa de que no quiera el contacto. Él se queda quieto antes de deslizar los saleros hacia un lado de la mesa. Toma mi mano, acunándola en una de las suyas, usando los dedos de la otra para trazar las venas azules visibles en el dorso.

—¿Y cuando ella no estaba? —pregunto en voz baja.

Los dedos de Kade no detienen su movimiento. —Micah y yo nos cuidábamos mutuamente. Buscábamos comida juntos, nos las arreglábamos juntos. Todo lo que encontrábamos, lo compartíamos. Si no podíamos comer esa noche, Micah estaba allí conmigo, también hambriento. Éramos un equipo —Kade se encoge de hombros—. El hogar estaba bien. Nos daban tres comidas al día. Pero no fue hasta que Ransom nos unió a todos que finalmente me sentí... seguro, supongo.

—¿Supones?

Kade resopla: —Las cosas que hacíamos no eran exactamente legales, ¿sabes? No eran seguras. Joder, todos llevábamos cuchillos y otras... cosas —el guiño de Kade me hace reír a pesar de mi horror por todo lo que ha vivido. Pero me pongo seria mientras él continúa—: Pero los nueve, nos cuidábamos unos a otros. Fue la primera vez que me sentí parte de algo. Demonios, saber que los chicos me cuidaban las espaldas significaba que no tenía que dormir con un ojo abierto. Ransom hizo que su prioridad fuera asegurarse de que estuviéramos atendidos. Se hizo responsable de nosotros, aunque apenas era mayor que nosotros.

Los ojos de Kade se fijan en los míos. —Todavía nos cuida. Todo lo que hemos construido. Es porque Ransom quería algo mejor para todos nosotros. Nos arrastró, a veces literalmente, a este negocio. Quería dinero porque eso significaba poder y control —Kade da un golpecito en el

dorso de mi mano—. Lo conseguimos.

—¿El poder y el control?

Kade asiente. —Y el dinero.

—Así que construyó un negocio y se aseguró de que todos tuvieran un lugar en él —quiero conocer a este misterioso Ransom.

—Construimos el negocio.

Inclino la cabeza confundida. —¿No es eso lo que acabo de decir?

La risa baja de Kade baila por mi cuello. —Todos trabajamos en ello, sí, pero la propiedad de Brash Auto... bueno, el Grupo Brash en realidad está dividido en nueve partes. Todos tenemos una participación igual. No es solo suyo.

Trago con cuidado. —Entonces, ¿qué hace el Grupo Brash?

—Es dueño de todos los Brash Auto. Ransom nos metió en bienes raíces comerciales. Está hablando de desarrollar algunas comunidades de alto nivel. Incluso construyó un maldito rascacielos para todos nosotros.

Jesús.

Y yo estaba durmiendo en mi coche hace unas semanas. Pensé que la distancia entre nuestras situaciones financieras no importaría, pero esto no es solo unos pocos bloques.

Es el maldito Gran Cañón.

Mi voz sale un poco más alta de lo que me hubiera gustado. —¿Eres dueño de un rascacielos? —Kade se encoge de hombros casualmente, como si le hubiera preguntado si tiene una camisa azul.

—Sí. Ransom vive en el ático en la parte superior. Todos pasamos tiempo allí. Luego hay dos apartamentos por piso debajo de eso para nosotros. Luego hay unidades más pequeñas en el edificio que vendimos —mi boca está seca.

—¿Cuántos pisos? —los ojos de Kade son agudos, enfocados como un láser en los míos.

—Cuarenta —dice brevemente.

Mierda. Este tipo está tan fuera de mi alcance. Ya ha pasado de ser gracioso a ser directamente ridículo.

—Los multimillonarios construyen rascacielos —susurro.

Los ojos de Kade se entrecierran.

—Sí —dice simplemente.

BECCA

INTENTO APARTAR mi mano de la suya. Él aprieta su agarre pero finalmente me deja retirarla. Sus ojos se oscurecen y el tic vuelve a su mandíbula.

Mis pensamientos están dando vueltas, pero siguen volviendo a una simple idea.

—Esto no puede ir a ninguna parte —digo con la garganta apretada.

—Explícate —exige Kade, con los ojos fríos.

Me muevo incómoda, ordenando mis pensamientos antes de responder.

—Yo... quizás estaba convirtiendo esto —hago un gesto entre nosotros dos— en algo más de lo que tú pretendías. Pero nunca había sentido algo así por nadie, Kade. Tienes una forma de mirarme que me hace sentir como la mujer más impresionante del mundo. Y cuando estás en la habitación, todo lo demás desaparece para mí. —Sus cejas se relajan. Me coloco el pelo detrás de las orejas y me aclaro la garganta—. Creo que construí una especie de sueño sobre cómo podría ser una vida juntos. Pero me estoy dando cuenta de que tal vez es una fantasía irrealizable.

—¿Una fantasía irrealizable? —pregunta Kade con brusquedad. Sus ojos ya no son gélidos, pero echo de menos la calidez con la que me miraba antes. Parpadeo para contener la humedad en mis ojos, ya lamentando mi sueño.

—Yo tenía una vida pequeña, Kade. Viajé algo, vi algo del mundo, pero siempre volvía a casa. Me gustaba estar en el Dojo. Cenar con papá, hacer trabajos en el jardín los fines de semana. Era simple y rutinario. Y me encantaba. Si papá no hubiera muerto, me habría quedado para siempre. —Sonrío al pensarlo—. Con el tiempo me habría casado y comprado una casa a una o dos manzanas. Tal vez tener algunos hijos. Criar a unos pequeños guerreros.

El dedo de Kade está golpeando la mesa en un ritmo constante.

—Y no ves eso conmigo —dice sin emoción.

—Eres multimillonario. Ni siquiera puedo imaginar cuánto dinero es eso. Ofrecer arreglar mi coche... bueno, joder, probablemente ganes tres mil dólares de intereses en un día.

Su voz es impersonal.

—Más bien en cinco minutos.

Madre mía.

—Estás fuera de mi liga. Ese restaurante en el que estuvimos esta noche. Ahí es donde come gente como tú. Conduces coches caros, vas de vacaciones exóticas. Tienes gente que corta tu césped y limpia tus casas. Esa vida... no es para mí.

Kade asiente lentamente, rechinando los dientes.

—No quieres vivir la vida de un rico imbécil, mimado y perezoso.

No. Realmente no quiero. Imágenes de celebridades insulsas y programas de telerrealidad pasan por mi mente.

—Ah... yo no lo habría expresado así, pero... sí —admito, apresurándome a añadir—: No creo que seas perezoso ni mimado. Pero tu vida está en una trayectoria que... bueno, solo con ver los vestidos en los que se embutían las mujeres de ese restaurante me pica la piel. Me gustan las mallas. Y las camisetas. Y los perritos calientes.

¿Perritos calientes? ¿En serio, Becca? Quiero darme una bofetada en la cara.

La expresión de Kade se cierra, y asiente de nuevo.

—Bien. Así que no quieres usar ropa cara ni ir a restaurantes elegantes. No quieres vivir en un rascacielos ni ir de vacaciones costosas. Entonces, por esas cosas, ¿qué...? ¿Me estás dejando? ¿Te das cuenta de que todas las demás mujeres que he conocido quieren esas cosas, verdad? Harían cualquier cosa por ellas.

Sueno estúpida. Es estúpido. Y son solo excusas. Y le estoy haciendo daño. Me arriesgo a mirar la cara enojada de Kade antes de bajar los ojos a la mesa y decirle la verdad.

—Te avergonzaría, Kade. —Odio que sea verdad. Odio decirlo—. Necesitas una mujer elegante y sofisticada. Alguien que pueda entrar en cualquier habitación contigo y tener a toda esa gente rica y estirada comiendo de su mano. Alguien que pudiera ser un activo para ti. —Suspiro y levanto los ojos hacia los suyos ardientes—. Me cagué en los pantalones cuando tenía ocho años. Siempre digo lo incorrecto. Nunca tendré el cuerpo de una supermodelo. Y no quiero vivir en un mundo donde siempre me sentiré inferior.

Estoy tentada de quebrarme bajo la mirada implacable de Kade, pero nunca he retrocedido ante la verdad. No lo haré ahora. Nos sentamos, mirándonos por una eternidad antes de que finalmente hable.

—¿Quién coño crees que soy? —Sus palabras son cortantes, duras. No espera a que responda —. Comí de un puto contenedor de basura, Becca. Mi madre era drogadicta. Ni siquiera puedo recordar todos los crímenes que he cometido, han sido tantos. Me han disparado y apuñalado. Y ahora, cuando entro en un restaurante caro, todo el mundo sabe quién soy.

Se inclina hacia adelante, aplanando sus manos sobre la mesa.

—Y me. Importa. Una. Mierda.

Los ojos de Kade están ardiendo, pero no de ira.

—¿Crees que te sentirás inferior? Esa es tu puta carga. Lo sé. He estado ahí. Fue un largo camino hasta nuestro primer millón. Luego fue un puto tren sin frenos. Éramos ricos antes de darnos cuenta. Así que sí, hicimos todas las cosas de ricos. Compramos aviones. Fuimos a cenas de diez mil dólares el plato, fuimos a la puta Ibiza. ¿Y sabes qué, Becca?

Niego con la cabeza, su intensidad robándome el aliento.

—Lo odiaba. Odiaba lo superficial que era la mayoría de la gente. Odiaba el puto caviar. Odiaba las estúpidas galas de mierda. Todos lo odiábamos. —Kade se reclina lentamente en el asiento, continuando con una voz más tranquila—. Hemos atravesado el infierno para llegar a donde estamos. No tengo nada en común con la mayoría de esa gente. Su peor día es un paseo por el parque comparado con lo que hemos vivido. Así que ¿no quieres sentirte inferior? Esa es tu mierda jodida que tienes que manejar. Porque ya eres mucho mejor que ellos. Mucho más fuerte.

Trago saliva con dificultad, sus palabras resonando en mi pecho. No puedo apartar mis ojos de los suyos.

—¿Estabas soñando con nosotros, Becca? —pregunta suavemente, su ira disipada.

Asiento tontamente, mi mente dando vueltas. Kade sonríe lentamente.

—¿Qué soñaste?

Siento el rubor subiendo por mi pecho. Me siento desnuda. Expuesta. Admitir todo lo que

había soñado en las últimas semanas parece demasiado. Me encojo de hombros, impotente.

La sonrisa de Kade se suaviza.

—Nunca he estado con alguien como tú, Becca. Eres la primera mujer con la que he estado con la que podría ver... algo más. Estoy bastante perdido por ti, por si no te has dado cuenta. —Se inclina hacia adelante, cruzando los brazos y apoyándolos en la mesa—. Me has hecho pensar cosas, Bec. Me has hecho querer hacer planes. Así que dime, hermosa Becca, ¿qué estabas soñando?

Suelto un suspiro, luego lo miro directamente a los ojos.

—No son grandes sueños, Kade. Estaba pensando en viajes por carretera. Y dormir hasta tarde los domingos por la mañana. Y hacer la cena juntos. —Sonrío—. Y discutir sobre qué película iremos a ver. Y tal vez algún día tener una casa e hijos. Es pedir dulces en Halloween y cenas familiares y la mañana de Navidad. —Los ojos de Kade están fijos en los míos. No parece asustado. Si acaso, parece... intrigado.

—Nunca he tenido la mayoría de esas cosas, Becca. Pero ¿cómo coño el hecho de que sea rico significa que no pueda tenerlas ahora?

—Ah... bueno, tu vida parece mucho más grande que todo eso. —Eso suena bastante débil, incluso para mis oídos. Kade niega con la cabeza y hace un gesto con la mano alrededor de la habitación.

—Esta es mi vida, Becca. Voy al trabajo y vuelvo a casa. Puede que me ponga un maldito traje, pero al final del día, estoy en vaqueros y camiseta. Y estoy contigo. ¿Qué tiene de tan grande mi vida?

Eso suena bastante bien. ¿Cuál es el problema con eso?

—Bueno, ¿qué pasa cuando tienes que ir a alguna cena de negocios y necesitas que tu novia te acompañe?

Kade inclina la cabeza hacia mí, confundido. —¿Qué parte de "lo odiaba jodidamente" no estás entendiendo? Si hay algo a lo que quiero que vengas, te lo pediré. Si no quieres ir, dices que no.

Eso parece demasiado fácil.

—Kade, he visto lo que le hace a una relación cuando dos personas quieren cosas diferentes. Destruyó el matrimonio de mi madre y mi padre. No quiero eso para mí.

—No tengo ninguna maldita expectativa, Becca —gruñe Kade.

—¿En serio? ¿Cómo funciona eso, entonces? Tienes que ir a alguna gala elegante y si yo no quiero ir, ¿qué? ¿Llevas a otra cita en su lugar?

Kade resopla y me mira, con su frustración hacia mí escrita en toda su cara. —¿Por qué este concepto es tan jodidamente difícil de entender para ti? ¿Y por qué sigues hablando de malditas galas? No quiero ir a ninguna gala. Soy un maldito multimillonario, y eso significa que no tengo que ir a ningún lado que no quiera. —Hace una mueca y aclara—: Bueno, a menos que mis hermanos me necesiten. Entonces voy. Y si me están pidiendo que vaya a alguna maldita fiesta elegante, es por una muy buena razón, así que iré.

—¿Entonces no tienes ninguna expectativa de mí en absoluto?

—No —dice Kade con firmeza.

Hum. Aunque estoy aliviada, también estoy un poco preocupada. ¿Cómo funciona una relación cuando una persona no tiene ninguna expectativa de la otra? Es completamente irrealista. Estudio a Kade. Parece más que harto de esta conversación. Una mujer inteligente probablemente dejaría pasar esto, lo suavizaría y continuaría como si todo estuviera bien. Yo no hago eso.

—Deberías tener expectativas de mí, Kade —le digo con firmeza. Ignoro su gruñido—. En serio. ¿Qué necesitas en una relación? —Dios mío, la confusión en su rostro es desgarradora. ¿No se da cuenta de que él también merece cosas? ¿Que las relaciones se supone que son de ida y vuelta?—. ¿Cómo quieres que te traten, Kade? ¿Qué necesita hacer tu pareja para que te sientas amado? ¿Cómo quieres que sea tu vida dentro de un año? Demonios, ¿dentro de cinco años?

Mi corazón se rompe un poco al mirarlo. Parece perdido. Como si nunca hubiera considerado lo que podría necesitar en una relación.

—Las cosas están bien, ¿no, Becca? —pregunta, con voz vacilante.

Suspiro. —Sé que esto es nuevo, Kade. Todavía no nos conocemos mucho. Pero en el último mes, me he enamorado. Y realmente quiero ver a dónde podría llegar esto. Honestamente, creo que hasta ahora es bastante genial. Creo que podría seguir mejorando. Pero —aparto la mirada y me centro en un rasguño en la mesa—, si eso no es lo que quieres, si no ves la posibilidad de un futuro, entonces realmente apreciaría que me lo dijeras.

—¿Y si no veo un futuro, Bec? —Mi corazón se hunde. Sabía que esta era una posibilidad, que estaba construyendo algo más grande de lo que realmente somos.

—Entonces dejamos de vernos, Kade. Si no ves que esto vaya a ninguna parte. Si tus sentimientos no están creciendo como los míos. Entonces necesito que seas honesto sobre eso antes de que me enamore completamente de ti.

Los brazos de Kade caen de la mesa, y se reclina en el asiento, rascándose la barba incipiente en la barbilla.

—Joder... no eres de las que simplemente... se dejan llevar, ¿verdad? —Sus cejas están fruncidas.

Me encojo de hombros, preparándome. —No quiero vivir mi vida con arrepentimientos, Kade. ¿Lo que tenemos juntos? Es tan bueno. Quiero más de eso. Quiero más de ti. Y sé que me alteré un poco. Lo siento, todo el asunto de los mega-ricos me desconcertó un poco. Es un obstáculo, pero claramente, uno que podemos superar. Pero si tus sentimientos por mí no están creciendo de la manera en que los míos lo hacen por ti... bueno, no creo que pueda superar eso. Quiero el gran amor, Kade. Quiero encontrar a la persona que me tomará de la mano dentro de cincuenta años, diciéndome lo hermosa que soy, dentaduras postizas y todo. —Su boca se tuerce antes de volverse a torcer hacia abajo. Kade suspira y deja caer sus manos sobre la mesa. Parece desgarrado.

—Becca, nunca he visto eso. No estoy seguro de que exista. —Trago saliva pasando la emoción en mi garganta, triste por él otra vez. Triste por mí—. Pero también nunca he estado en una relación como esta antes. Con alguien como tú. Eres jodidamente fuerte, Becca. Y tienes tu mierda en orden de una manera que nadie con quien haya salido antes ha tenido. La imagen que estás pintando suena bastante genial. Y no quiero perderte, pero...

La parte posterior de mis párpados arde. —Pero aún no estás ahí.

Él niega con la cabeza lentamente. —No. Eso no significa que no llegaré allí. Mis malditos sentimientos por ti son grandes. Pero yo... —Su pecho se desinfla, y se pasa las manos por el pelo con agitación—. ¿Puedes darme un poco de tiempo? Solo necesito ponerme al día un poco. —Extiende la mano por encima de la mesa, buscando la mía. Dejo que la tome. Quiero sentir su calor envolviendo la mía—. No quiero que te vayas a ninguna parte. Quiero más de esto. ¿Puede ser eso suficiente por ahora? Por favor, Becca.

¿Puede ser suficiente por ahora? Si no lo es, entonces eso significa alejarse. La idea de alejarme de él, de la electricidad entre nosotros, es agonizante. Pero mentí un poco. No me estoy enamorando de él. Ya me he enamorado. Ya estoy jodida. Si me alejo, me romperé el corazón.

¿Y si no me alejo? Bueno, tal vez, si soy paciente, podría conseguir mi para siempre. Creo que él lo vale.

Lo valemos.

Aprieto mis dedos alrededor de los de Kade y sonrío. —Sí, es suficiente.

BECCA

CUANDO COMENCÉ en el nuevo Dojo, me preocupaba que no cumpliera con mis expectativas. Papá había puesto el listón muy alto, pero Devin y Jeff están dedicados a sus estudiantes y, al final de la primera semana, cedieron a mi insistencia de crear una clase de autodefensa para mujeres.

No tuve que esforzarme mucho para convencerlos, y estaba agradecida por la oportunidad de traer algo de casa aquí. Mis clases de autodefensa en casa siempre estaban llenas. Sin falta, al final de cada sesión de doce semanas, una mujer se me acercaba y me decía que había cambiado su vida. Gracias a las cosas que había aprendido en mi clase, se sentía más segura. Más fuerte. Más capaz.

Las mujeres que acuden a mis clases generalmente se dividen en dos grupos. Primero, mujeres que quieren estar preparadas. Suelen estar emocionadas, riendo y animando durante la clase. Caminan por el espacio con confianza, sin ser conscientes de su vulnerabilidad, en su mayoría intactas por la violencia.

Segundo, mujeres que han sido o están siendo lastimadas. Se mueven con una fragilidad que el primer grupo no puede entender. Casi siempre puedo identificarlas en la primera clase. Estas mujeres se quedan en la parte de atrás del salón. Evitan el contacto visual y se aferran a sus camisetas de manga larga. Sus ojos se mueven de izquierda a derecha mientras se desplazan por el espacio. Abordan los ejercicios en clase como un marine aborda el entrenamiento básico. Como si fuera su trabajo. Siempre me encuentro prestando un poco más de atención a esas mujeres.

Supe en el momento en que Holly entró a mi primera clase que pertenecía al segundo grupo. A pesar de sus generosas curvas, era pequeña. Y tan callada, que tenía que esforzarme para escucharla. Formé el hábito de acompañarla después de clase, charlando con ella en la parada del autobús. Parecía necesitar una amiga. Y honestamente, yo también.

Había intentado reconectar con algunas de mis viejas amigas, pero las conversaciones eran forzadas. Ahora éramos personas diferentes. La muerte de papá dañó esas relaciones de una manera que nunca podrá ser completamente reparada. Me sentía atraída por Holly porque, a pesar del claro dolor que había experimentado, su amabilidad y calidez brillaban. Me sentía cálida solo por estar cerca de ella. Me tomó algunas clases, pero logré romper un poco la coraza de Holly y la convencí de pasar el rato conmigo. Quería saber más sobre ella.

Realmente, realmente quería saber si estaba a salvo.

Y cuando le dije eso a Kade, no intentó convencerme de cambiar de opinión y pasar la noche con él. En su lugar, me dejó con un beso y un "cuídate". Ese hombre, juro que cada vez era más difícil recordar mi plan de esperar. Kade parece absorber cada minuto conmigo, queriendo todo

el tiempo que puedo darle. Yo también quiero todo su tiempo. Todas sus miradas ardientes y hambrientas. Todos sus toques furtivos en la oficina y los besos largos, lentos y embriagadores. Pero todavía se está conteniendo, y sé que el muro entre nosotros no me corresponde escalarlo.

Dejé entrar a Holly a mi apartamento, deslizando la pizza y la cerveza sobre el mostrador.

—Toma un par de vasos... en el armario a la izquierda de la estufa —la invito mientras pateo mis zapatos hacia la esquina.

Holly se estira de puntillas para alcanzar los vasos en el segundo estante, y me recuerda nuevamente lo pequeña que es en realidad.

—¿Cuánto mides, Hol? —le pregunto. Ella hace una mueca.

—Un metro cincuenta y tres —suspira mientras continúa—. Desde séptimo grado.

No puedo evitar reírme del disgusto en su rostro. Arruga la nariz y pone las manos en sus caderas.

—Lo siento. No me estoy riendo de ti. Es que suenas tan molesta —digo mientras cubro mi boca. Ella me frunce el ceño, pero veo que su labio se curva hacia arriba.

—Intenta viajar en un autobús lleno en pleno verano —levanta el brazo para demostrar—. Todos de pie y agarrados de las correas... sí, estoy a la altura de las axilas —se estremece, y dejo que mi cuerpo se doble hacia adelante, la risa saliendo incontrolablemente.

—Dios mío, Holly, eso es horrible —me estremezco también, imaginando el hedor de un autobús de la ciudad en hora punta con 38 grados de calor. Me limpio los ojos mientras saco platos para nosotras, sirviéndonos dos piezas a cada una. Holly sirve las cervezas y nos desplomamos en el sofá, riendo y charlando mientras comemos.

—¡Dios! —exclamo—. Estoy tan contenta de que estés aquí. He echado de menos simplemente pasar el rato con amigas.

Holly sonríe. —¿Echas de menos a tus amigas de casa?

Casi digo que sí, pero me detengo. —No realmente —admito. Holly inclina la cabeza confundida—. Tenía algunas grandes amigas —explico—, pero, bueno, nos hemos distanciado durante el último año.

—¿Por qué? —pregunta suavemente.

Dejo mi última rebanada de vuelta en mi plato. —Mi papá se enfermó gravemente y murió —ella no dice nada. Solo pone su pequeña mano en mi rodilla. Sus ojos están llenos de simpatía.

Siento que mis ojos se llenan de lágrimas mientras absorbo su compasión. Necesito esto. Necesito hablar de papá. Kade y yo hemos hablado de todo esta semana, pero he evitado esta conversación con él, no queriendo ser tan vulnerable cuando las cosas se sienten tan inestables. No quiero que vuelva a pensar que necesita arreglarme, y estoy bastante segura de que llorar frente a él sería malo en esta etapa de nuestra relación.

—Cuéntame —me pide suavemente.

Así que lo hago.

Le cuento sobre lo cansado que estaba. Cómo el médico ordenó un millón de pruebas de inmediato. Le conté sobre la horrible espera, tratando de mantener la esperanza, pero sabiendo que la urgencia de las pruebas significaba que las cosas no estaban bien. Le cuento sobre el diagnóstico de Estadio Cuatro.

—Fue tan terrible, Holly —digo, frotando mis mejillas húmedas—. Estaba demasiado avanzado. El cáncer estaba en todas partes. Intentaron algo de quimioterapia y radiación. Dijeron que podría comprarle tiempo, pero lo enfermó mucho.

Sollozo, recordándolo acurrucado en el suelo del baño, una sombra del fuerte papá que siempre conocí. —Estaba tan cansado, Holly. Así que lo llevé a casa y lo cuidé hasta el final.

Su mano está frotando mi rodilla, y me concentro en ese toque reconfortante mientras controlo mi respiración. —Y entonces... —me anima suavemente.

Suspiro y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá. —Intenté hacer que las cosas funcionaran por un tiempo. El dojo iba cojeando, algunos de los estudiantes mayores se encargaban de unas cuantas clases. Pero simplemente ya no podía estar allí. Toda la ciudad estaba llena de recuerdos. Quería conducir por la calle y no ser golpeada por ellos en cada esquina. Y mis amigos, bueno, no podían lidiar con mi tristeza. No sabían qué decir, cómo actuar, y simplemente —agité los dedos—, se fueron alejando.

Me froto la mejilla recordando cómo mis amigos se encogían y parecían culpables cuando los veía en el pueblo. —Así que vendí la casa. Y cerré el dojo. Apenas me alcanzó para pagar sus facturas médicas y mis cuentas de tarjetas de crédito vencidas.

Había tantas deudas. Las llamadas de cobranza me estaban provocando una maldita úlcera. En retrospectiva, habría sido más inteligente mantener al menos una tarjeta de crédito. Pero no, tuve que ir y cerrarlas todas. —Luego empaqué todo lo que pude meter en mi coche de mierda y me fui —me encojo de hombros—. Y aquí estoy.

Nos quedamos sentadas un rato, cómodas en el silencio, hasta que Holly lo rompe.

—Eres muy valiente.

Resoplo, sintiéndome como una cobarde. —Huí, Holly. Eso no es ser valiente.

Su mano agarra mi brazo, y me giro para mirar su rostro serio. —Eso no es lo que nos dices en clase, Becca —me sonrojo. Es cierto. Evitar una pelea, escapar, es lo más inteligente que puedes hacer para mantenerte a salvo—. A veces huir es lo más valiente que puedes hacer —termina suavemente. Veo que lo dice en serio. Y que sabe exactamente de lo que está hablando.

—Tú también huiste —respiro. No es una pregunta, y no me refiero a que huyó de los recuerdos. Ella lo sabe.

—Sí, lo hice. Me tomó más tiempo del que me hubiera gustado, pero logré escapar —me inclino hacia ella, agarrando su mano.

—¿Estás a salvo ahora? —Se encoge de hombros, la aceptación en su rostro me mata.

—Estoy a salvo por ahora. Eso es lo mejor que puedo conseguir —quiero decirle que está equivocada. Que puede estar completamente a salvo. Pero no puedo discutir con la certeza en su rostro. Extiendo la mano y tomo la suya.

—Hazme una promesa, Holly —me estudia, y me quedo en silencio y paciente bajo su mirada. Finalmente asiente, y dejo escapar el aliento que no me había dado cuenta que estaba conteniendo—. Prométeme que si ya no estás a salvo, me lo harás saber —rompe el contacto visual y mira por encima de mi hombro durante lo que parece una eternidad antes de asentir finalmente. Aprieto su mano—. Gracias.

Agarro otra cerveza para nosotras, y durante la siguiente hora, nos sumergimos en una amistad más profunda. Quizás más profunda de lo que jamás he tenido antes. Hay algo en compartir la parte más oscura de ti mismo con alguien, sabiendo que ellos también han estado en la oscuridad, que te permite saltarte lo superficial y sumergirte en una amistad genuina.

—¡¿Me estás tomando el pelo?! —exclamo—. Deberías denunciar a ese asqu... asquero... asqueroso, Holly. Suena como un pedazo de mieeeerda —estoy más allá de achispada, dirigiéndome directamente a la borrachera de karaoke, así que sale más fuerte de lo que me doy cuenta.

Holly hace un sonido de pedorreta en señal de acuerdo y termina escupiendo sobre su camisa, haciéndome reír, resoplar y derramar mi cerveza, lo que luego la hace reír y resoplar.

Pronto estamos en una espiral de risitas y resoplidos, apoyadas la una en la otra, temblando,

llorando, riendo. No me había reído tanto en mucho tiempo. Suspiro, luego me siento rápidamente, haciendo que Holly caiga al suelo, haciéndola resoplar aún más. Me inclino y la vuelvo a subir al sofá, dándole palmaditas para poner todo en su lugar. Ella aparta mis manos de sus pechos y vuelvo a reír.

—¡Lo siento! —mi cabeza se siente confusa, pero tuve una gran... —¡Deberías dejar tu trabajo de mierda y trabajar aquí! —exclamo. ¡Es perfecto! Soy la más genio de todas las personas genio del mundo. Holly se deslizó por el sofá, con la barbilla apoyada en el pecho.

—¿Eh? —pregunta con un ojo abierto.

—Es una idea tan buena, Holly. Soy tan inteligente —le digo con seriedad—. No puedo encontrar a nadie inteligente para que ocupe mi puesto aquí. ¡Lo harías tan bien! Eres inteligente. Y bonita. E inteligente —asiento. Sigo asintiendo hasta que el balanceo de mi cabeza me hace sentir que voy a vomitar. La agarro para mantenerla quieta.

—¿Qué tengo que hacer en el trabajo? —balbucea Holly.

Pongo mi dedo en su cara. —Tienes que hacer los papeles, luego pedir las cositas y luego tomar el dinero. ¿Vale?

Holly asiente. —Vale.

Bien. Eso está arreglado. Me inclino hasta que mi cabeza descansa sobre la suya, y nos hundimos en el sueño.

Es necesario un poco más de convencimiento por la mañana, pero para cuando llega la hora del almuerzo al día siguiente, he convencido a Holly de que venga a trabajar a Brash. No va a darle ningún aviso a su jefe de mierda; el pervertido no se lo merece. Y a la luz clara del día, mi idea sigue siendo genial. Holly será perfecta para el trabajo.

BECCA

SALUDO FRENÉTICAMENTE a Holly a través de la ventana de la oficina. Va a estar genial aquí. Su sonrisa es nerviosa mientras abre la puerta. No puedo contener un pequeño chillido.

—¡Me alegro tanto de que estés aquí! ¡Esto va a ser fantástico! —De verdad lo será. Puedo sentirlo. Holly necesita este lugar. He advertido a todos los chicos que se comporten lo mejor posible. Ella es asustadiza, y no quiero que le den ninguna razón para irse.

Además, sé que estará mucho mejor trabajando aquí. Las mierdas que pasaban en su antiguo trabajo no estaban bien. No sé todo lo que ha pasado, pero de ninguna manera debería ser tratada así. Ninguna mujer debería sentirse insegura en su trabajo, ni en ningún otro lugar.

Personalmente, estoy encantada de que esté aquí porque eso significa que estoy un paso más cerca de renunciar. Estoy lista para estar en el Dojo a tiempo completo. Trabajar en ambos lugares ha hecho difícil pasar mucho tiempo con Kade, y cada vez es más difícil contenerme con él. Ha habido algunas sesiones intensas de besuqueo, pero me he mantenido con los pantalones puestos para asegurarme de no ceder a la tentación. Por supuesto, me aseguré de usar pantalones elásticos para que Kade pudiera meter sus manos dentro.

Pero revolcarnos en mi sofá ya no es suficiente. Me siento como una adolescente otra vez, robando momentos con mi novio. Decirle buenas noches y verlo alejarse me está matando. Lo quiero en mi cama. Debajo de mí, encima de mí, dentro de mí. Que Holly se haga cargo aquí significa que estoy mucho más cerca de sentarme en su cara.

—Estoy un poco nerviosa —admite Holly.

Sonrío y paso mi brazo por sus hombros, alejándola de la puerta. —Lo harás muy bien, Holly. Te prometo que no tienes nada de qué preocuparte —la tranquilizo—. Vamos, guardemos tus cosas y te presentaré a todos.

La mayoría de los chicos llevan trabajando una hora. No quería que Holly llegara durante el ajetreo de la mañana en su primer día y se sintiera abrumada. Le muestro el cajón donde puede guardar su bolso, luego reviso el área de estacionamiento para asegurarme de que no haya clientes a la vista antes de llevarla a los talleres.

La presento a los mecánicos, sintiéndome orgullosa mientras la veo sonreírles, charlando, viéndose tan fresca y adorable. Es tan pequeña. Lleva un lindo vestido amarillo que le llega a las espinillas y tacones nude de tres pulgadas para hacerla un poco más alta. Parece una margarita.

Cuando termina con el último chico, sonrío y le pregunto: —¿Cómo te va hasta ahora?

Los nervios en su sonrisa se han disipado. —¡Bien! ¡Todos son tan amables! —Su alegría por estar aquí es evidente.

—Me alegro mucho, Hol. Vamos a buscar a Micah. —Mientras me dirijo hacia el área de trabajo de Micah en el taller del fondo, la preparo—. Micah no habla mucho, Holly. No es nada

personal. Simplemente a veces le cuesta hablar.

Miro hacia atrás y veo la preocupación en su rostro. —¿Está lesionado?

No estoy segura de cómo responder eso sin traicionar la confianza de Micah. Al final, me decido por: —Lo estuvo. Ahora está bien, pero le dejó algunas secuelas. No te preocupes, sin embargo. Tenemos un sistema para comunicarnos, y estoy segura de que lo aprenderás fácilmente. —Holly es una de las personas más amables que he conocido. Sé que hará lo que sea necesario para trabajar con Micah.

Lo veo al otro lado del coche en el que está trabajando actualmente. Está agachado, haciendo algo en los huecos de las ruedas, solo se ve la parte superior de su cabeza. Le hago señas a Holly para que me siga y rodeo el coche.

—Hola, tío.

Él sonríe, todavía trabajando en el hueco, y murmura: —Hola.

—Quiero que conozcas a Holly. Ella va a ocupar mi lugar. —Su sonrisa desaparece y toma un respiro profundo antes de levantar la mirada. Me mira, con resignación en sus ojos, antes de dejar que su mirada se deslice más allá de mí hacia Holly. Sus ojos se abren de par en par y su cuerpo se congela.

—Hola —dice Holly suavemente, sonriendo gentilmente a Micah. Me hago a un lado, girándome para mirarlos a ambos.

—Holly, este es Micah. Experto en restauración. Hombre de muchos talentos, hombre de pocas palabras. —Hago un gesto de jazz con las manos, y Holly se ríe un poco de mí—. Micah, esta es Holly. Es prácticamente la persona más agradable que he conocido —le digo honestamente.

Los ojos de Micah siguen fijos en Holly. —Guau... hola —exhala.

Oh. Dios. Mío.

Está sonrojado.

Nunca he podido hacerlo sonrojar, ni siquiera con los chistes más sucios de mi repertorio. Holly se ruboriza y aparta la mirada antes de volver a mirar a Micah. Una pequeña sonrisa sigue jugando en la comisura de su boca. Se muerde la esquina del labio y da un pequeño paso adelante, extendiendo su mano. Interesante. No ofreció estrechar la mano de nadie más.

Micah traga saliva y alcanza su mano mientras se pone de pie en toda su estatura de un metro noventa y cinco. Holly jadea y tropieza un paso atrás. Su tacón se engancha en la rejilla del suelo y comienza a caer. Antes de que pueda moverme, los grandes brazos de Micah la rodean y la atraen hacia su pecho. Parece una niña, sostenida contra él. Bueno, una niña muy curvilínea y tetona, de todos modos. Estoy a punto de bromear un poco cuando veo la cara de Holly. Sus ojos están vidriosos y su rostro está blanco como el papel. Sus manos, a los costados, están apretadas en puños tensos.

He visto esto antes.

—Holly —digo con calma—, estás bien. Estoy aquí mismo, y Micah nunca te haría daño. —Extiendo la mano y pongo mi palma firmemente sobre su hombro—. Bájala —le digo en voz baja a Micah.

Parece que está sufriendo, sus ojos escudriñando las facciones congeladas de Holly. Lentamente desenreda sus brazos de ella, asegurándose de que sus pies estén firmes en el suelo. Incluso con sus tacones, la parte superior de su cabeza solo le llega a la axila. Deslizo lentamente mi brazo sobre sus hombros.

—Respira profundo, Holly. Inhala conmigo. Vamos. —Tomo una respiración profunda, animándola hasta que se estremece y toma una respiración profunda—. Bien. Ahora exhala muy

lentamente.

Respiramos juntas durante unos minutos. Mi atención está en Holly, pero soy consciente de que Micah está respirando con nosotras. Su grueso pecho moviéndose al ritmo del nuestro. Quiero asegurarle que no hizo nada malo, pero no apartaré mi atención de Holly. —Dame tres cosas, Holly —la presiono, queriendo que se conecte con su entorno—. Solo tres.

Ella toma otra respiración profunda antes de murmurar: —Tu mano en mi espalda... risas... naranjas. —Sonrío, sabiendo que está oliendo el jabón de los chicos.

—Bien. ¿Necesitas otro minuto?

Ella asiente, sus ojos ahora enfocados en el suelo. Muevo mi cuerpo, protegiéndola de la mirada de Micah. Él gruñe, y le lanzo una mirada de "cierra la puta boca" por encima de mi hombro. La voz tranquila de Holly hace que vuelva mi cabeza hacia ella.

—Estoy tan avergonzada —puedo oír las lágrimas en su voz, y me siento tan jodidamente enojada con el pedazo de mierda que la lastimó.

—No tienes absolutamente nada de qué disculparte, ¿me oyes? —Mi voz es firme. Segura—. Mírame, Holly —Espero hasta que sus ojos se encuentran con los míos—. No eres culpable de esta reacción. Es instintiva. Te activaste. Lo único que tienes que hacer es respirar y encontrar tu equilibrio. Como sea que necesites hacerlo está bien.

Puedo sentir la ansiedad de Micah detrás de mí, pero no quiero quitar mi atención de Holly. Estoy tan enojada de que ella tenga que lidiar con esta mierda, pero sé que está en un largo camino hacia la sanación, y los disparadores van a sucederle sin importar qué.

—Holly, de verdad está bien —le digo. Ella asiente, sorbe, luego alisa su vestido. Sus manos suben y rápidamente limpian la humedad de su rostro. Toma un respiro profundo, luego me aparta suavemente.

—Micah, me disculpo —dice, mirándolo—. Mi reacción fue injustificada —Los rasgos de Micah están tensos. Pone su puño en su pecho y hace un movimiento circular—. No tienes nada de qué disculparte, Micah. No hiciste nada malo. Gracias por asegurarte de que no me cayera.

Espera. ¿Qué?

—¿Qué quieres decir con que él no tiene que disculparse? ¿Se disculpó? —Los ojos de Micah están tan abiertos como los míos. Holly me sonríe y hace el mismo movimiento circular sobre su pecho.

—Eso es "lo siento" en lengua de signos.

Bueno, que me jodan.

—Holly, ¿cómo sabías que Micah usa lengua de signos? ¡No te lo dije! Todavía estoy tratando de aprender, y no quería abrumarte.

Ella se encoge de hombros. —Una de mis mejores amigas de la infancia era sorda. Empecé a aprender en la escuela primaria —Mira a Micah de nuevo, su color aún alto—. No lo he usado en un tiempo, pero me aseguraré de repasar, ¿de acuerdo?

Micah asiente, con los ojos aún abiertos. —De acuerdo... Holly —Se quedan allí mirándose el uno al otro, y me siento como si sobrara.

Aplaudo. —Bien... Holly, volvamos a la oficina para que podamos comenzar el entrenamiento —Micah aparta sus ojos de Holly, asiente y se agacha de vuelta al paso de rueda.

Llevo a Holly de vuelta a la oficina. Ella se dirige al cajón con su bolso y saca un espejo compacto para revisar su rostro. Está evitando mis ojos. La observo arreglarse por un rato antes de confrontarla. —¿Qué pasó allí?

—¿Puedes ser más específica? —pregunta, aún sin mirarme.

Me río. —Holly y Micah sentados en un árbol, B-E-S... —Estoy riendo a carcajadas mientras

las pequeñas manos de Holly presionan contra mi boca.

—¡Cierra tu bocota, Becca!

Aparto sus manos de mi boca, aún riendo. —Vale, vale —Mis risitas se desvanecen junto con mi sonrisa—. Pero en serio, Holly, ¿qué te activó?

Cruza los brazos sobre su pecho, frotando sus bíceps. —No me di cuenta de que era tan grande... Me asusté.

—¿Y eso es todo? —Creo que hay más.

Suspira. —Bueno, cuando él... me envolvió, entré en pánico —Asiento, dándole espacio para decir más si quiere—. Mi... esposo... solía levantarme y... —Su voz se apaga.

Tengo que luchar para mantener mi enojo por ella fuera de mi voz. —Entendido, Hol. Gracias por compartir conmigo.

Ella asiente y baja los brazos. —Bien, ¿qué necesito aprender primero?

21

KADE

—¡KADE! Espera —La voz de Declan me detiene camino a mi oficina.

Doy media vuelta y me dirijo a su cueva. Cuando Ransom compró este edificio y lo convirtió en el complejo de Brash Auto, insistió en que todos tuviéramos una oficina aquí. Puso un escritorio elegante y sillas en cada oficina, pero ahí es donde terminan las similitudes entre ellas. Ransom y yo hemos mantenido nuestras oficinas bastante simples y listas para recibir clientes. La de Micah nunca ha sido utilizada.

¿La de Declan?

Parece la maldita baticueva. Mantiene las persianas bajadas y tiene una configuración de seis monitores. No sé para qué demonios necesita seis monitores, pero cuando me explicó para qué servían todos, me desconecté por completo. Cuando entro, está recostado en su silla, con los pies sobre el escritorio y el teclado en el regazo. Lleva sus habituales vaqueros, tan viejos que están casi blancos, una camiseta gris y una sudadera negra lisa. Ha estado vistiendo una variación de ese atuendo durante los últimos veinte años.

—¿Qué pasa, cabrón?

Dec me hace una peineta. —Ven aquí, gilipollas.

Esa es nueva.

Cuando creces con otros ocho chicos, las palabrotas se vuelven una parte integral de tu vocabulario. ¿Añade trabajar en un taller? Bueno, estamos jodidamente perdidos. Pero ¿gilipollas?

Me río mientras rodeo el escritorio, sentándome en el archivador junto a él, dándole un puñetazo en el hombro al pasar. —Te estás poniendo más grande, tío. ¿Has estado entrenando con Colt? No hay manera de que consigas músculos así sentado sobre tu culo.

Declan resopla. —Jonas y yo tenemos una apuesta.

Me río, preguntándome en qué estupidez se han metido ahora. Su última apuesta resultó en un jodido tatuaje ridículo en el culo de Declan. —¿Qué es esta vez? No es propio de Jonas estar en el gimnasio.

—No. Pero leyó un maldito estudio... estudios... sobre los beneficios para la salud de los ejercicios con el peso corporal para los hombres, y ha decidido que necesitamos ponernos en forma. El muy capullo no me dejaba en paz. No paraba de dejar copias de los estudios resaltados en mi escritorio.

—¿Y qué? ¿Los leíste y estuviste de acuerdo?

—¡Ni de coña! Los ignoré.

Oh, esto va a ser bueno.

—¿Y...?

Declan gruñe y murmura: —El cabrón llamó a mi puerta a las seis de la mañana. No me dejó en paz hasta que fui al gimnasio con él.

Ni siquiera intento ocultar mi sonrisa. —¿Cuánto tiempo estuvo llamando?

Dec bufa frustrado antes de admitir: —Veinte minutos. Estaba seguro de que se rendiría después de diez, pero no.

Me inclino hacia adelante, dejando que la risa me recorra. —Por supuesto que lo hizo. ¿Cuándo has conocido a Jonas rendirse?

Dec me mira con el ceño fruncido, pero veo un atisbo de sonrisa asomando. —Entonces, ¿cuál es la apuesta?

—El primero en hacer quince mil dominadas con balanceo.

Silbo pensando en la jodida fuerza de la parte superior del cuerpo que eso requiere. —¿Y el perdedor? —Declan se ríe como un villano de dibujos animados—. El perdedor tiene que hacerse un mohawk y teñirlo de rojo brillante.

Resoplo y le doy una palmada en el hombro. —No te preocupes, tío. Puedes lucir un mohawk. ¿El rojo? No estoy tan seguro.

Baja los pies del escritorio y me mira con el ceño fruncido. —¡Imbécil! ¿Por qué demonios crees que voy a perder?

—¿En serio, tío? —le pregunto. ¿Cómo puede pensar que ganará?

—Sí, en serio —dice, flexionando sus músculos—, ya estoy en mucha mejor forma que Jonas. El cabrón apenas entrenaba antes de esto.

—¿Recuerdas la apuesta que hizo con Maverick? —¿Cómo puede olvidar las malditas consecuencias de perder una apuesta con Jonas?

Su cara palidece y toma aire. —Joder. Estoy jodido —murmura Declan, pasándose los dedos por el pelo desgreñado.

—Sí. Lo estás. —Le doy un minuto para que se regodee en su inevitable derrota antes de mirar mi reloj y patear la parte inferior de su silla—. ¿Por qué estoy aquí?

—¿Por qué estamos aquí cualquiera de nosotros, tío? Esa es la pregunta. ¿Sabes? Vi este documen... ¡Eh, gilipollas, ese es mi cabezón favorito! ¡Ni se te ocurra lanzarlo!

Sostengo el cabezón de Yoda en alto, justo fuera de su alcance. —Ve al grano, Declan. Tengo que ir a un sitio.

Una risa profunda nos hace girar la cabeza hacia la puerta. Ransom está apoyado en el marco, su enorme cuerpo llenando la entrada.

—Ran —murmuramos ambos a modo de saludo. Solo tiene treinta y ocho años, pero de alguna manera siempre lo he sentido como un padre para mí. Para todos nosotros. Bajo el cabezón y me aclaro la garganta—. Dec, de verdad que tengo que irme.

Declan asiente y se sienta más derecho. —Escucha, conseguí información sobre esa estafadora que me pediste que investigara.

Me inclino hacia adelante, ansioso por saber más. —Cuéntame. —Soy consciente de que Ransom se deja caer en la silla frente al escritorio, pero mi atención se mantiene en Declan.

—Pues resulta que la mujer es una estafadora en serie. Tu chica no es la primera persona a la que le ha hecho esta estafa del compañero de piso.

Me tenso al oír "tu chica", y veo que Ransom se endereza en su silla. Joder, ahora me siento como si estuviera en problemas.

—En fin. Logré localizarla. Hace estafas con un tipo perdedor. Creo que es su novio.

Mis manos se cierran con fuerza ante la noticia. Por fin. La encontró. Becca merece recuperar su dinero. Odio que esta zorra se haya aprovechado de ella, y quiero venganza.

—Dame su información. Yo me encargaré de ella. —Con gusto.

—No puedo, tío. Colt estaba conmigo cuando la estaba investigando. Él se está encargando. —Quiero discutir, pero sé que Colt es más que capaz de recuperar el maldito dinero. Simplemente no quiero que él sea quien arregle esto por Becca. Se supone que ese es mi trabajo.

—Kade —interrumpe la voz profunda de Ransom. A regañadientes, dirijo mis ojos hacia él —. ¿Tu chica?

Aprieto los puños antes de aflojarlos lentamente. —Sí. Mi chica.

Ransom emite un sonido pensativo. —Es la primera vez que lo oigo —dice con calma, pero escucho la pregunta en su voz.

Exhalo y me froto la nuca. —Becca es la mujer que se hizo cargo de la oficina en Knight Street.

Ransom levanta las cejas. —¿Y estáis... saliendo?

—Sí, tío, estamos saliendo. —Puedo sentir explicaciones burbujeando, pero me recuerdo a mí mismo que soy un hombre adulto y no le debo nada. No ayuda.

—¿Y la dejaste a cargo de la oficina? —Asiento. Ransom emite un sonido pensativo—. ¿Y cómo la conociste?

Giro la cabeza, haciendo crujir mi cuello. Lo respeto demasiado como para mentirle, pero joder, cómo me gustaría hacerlo.

—Su coche se averió. Estaba durmiendo en él frente al taller.

—Ya veo —la voz de Ransom se vuelve más profunda, más baja—. ¿Y se arregló el coche?

Suspiro.

—Sí, Ran, yo lo arreglé —admito. Lo había terminado para el fin de semana. Trabajando en él después del horario. Todavía no se lo he dicho a Becca.

—¿Cuánto en repuestos? —pregunta con cuidado.

—Tres mil.

Otro asentimiento.

Otro murmullo.

Sé exactamente lo que está pensando, y me está cabreando de la hostia.

—¿Y te pagó por ello?

Algo de mi enojo se filtra en mi voz.

—No, tío. Ella no sabe que está arreglado.

—Ya veo. Así que no tiene coche. Declan mencionó la estafa del compañero de piso. Así que supongo que no tenía dónde vivir.

Asiento, con el cuerpo tenso.

—Así que se está quedando en el apartamento, ¿verdad? —Asiento de nuevo. Declan desliza su silla hacia atrás, dejando una línea de visión clara entre Ransom y yo. El suspiro de Ransom me pela una capa de piel.

—No es lo que piensas, Ran —me defiendo, incapaz de contenerme—. Está pagando alquiler.

Ransom se frota la cara con la mano. Sus ojos parecen cansados.

—Kade, tu corazón es demasiado bueno, tío. No puedes seguir dejando que estas mujeres se aprovechen de ti. ¿Le diste acceso al taller? ¿Al dinero? Por el amor de Dios, tío. Sácate la cabeza del culo.

Siento que mi cara se calienta, recordando todas las veces que ha tenido que sacarme de un lío de relaciones. Ha sucedido demasiado a menudo. Y me hace sentir como un completo idiota.

—No es así, tío. Ella es diferente.

—Siempre dices eso, Kade —dice, sonando cansado.

Siempre digo eso.

Cuando pagué la rehabilitación de Victoria la primera vez, dije lo mismo.

También lo dije cuando estaba saliendo con Carly antes de que intentara robar un estante entero lleno de herramientas del taller. Todavía no sé qué coño estaba pensando, pero logró enganchar una de las ruedas en una rejilla del estacionamiento y volcó toda la maldita cosa. Micah lo vio suceder, y los chicos casi se mearon de la risa viendo el video de seguridad en bucle después. Todavía no me han dejado olvidarlo.

Finjo que no es gran cosa, pero es jodidamente vergonzoso. Me siento estúpido cada vez que pienso en ello. Carly no empezó así. Era dulce. Tenía esa risita graciosa que me atraía. Hablaba suavemente, y realmente parecía preocuparse por mí. Joder, en ese momento, pensé que éramos perfectos. Pero al final, no fui suficiente, y se volvió loca.

Exhalo pesadamente.

—Lo sé. Pero ella realmente es diferente, Ran —Tiene que serlo. Necesito que lo sea tan jodidamente. Necesito que sea la que finalmente me elija a mí—. Es realmente inteligente. El taller está funcionando mejor que nunca. Puedes preguntarle a Jonas. Y está limpia. Tú investigaste sus antecedentes, Dec. Díselo.

Declan asiente con la cabeza.

—Es cierto, tío. La investigué de inmediato. No tiene antecedentes. Está completamente limpia. Sus finanzas estaban jodidas, pero ahora también están limpias. Está pasando por un mal momento, pero es reciente.

Ransom mueve los ojos entre nosotros.

—¿Qué pasó?

Dejo que Declan responda.

—Su padre murió. Tuvo que vender todo para pagar sus facturas médicas. Se quedó sin nada.

Las facciones de Ransom se relajan una fracción.

—Es una buena mujer —le digo en voz baja—. Ha encontrado otro trabajo, pero está entrenando a una amiga suya para que la reemplace en el taller.

Declan silba, sus ojos tornándose tormentosos.

—Holly. Su puto historial me dan ganas de cometer un asesinato.

Ransom y yo nos enderezamos.

—¿Qué? —pregunto bruscamente.

—Había algo raro en ella. El nombre y la identificación que dio en su solicitud de empleo son falsos. Buenas falsificaciones —Sonríe—. Pero no lo suficientemente buenas para engañarme. Tiré de unos hilos y lo desenredé bastante rápido. Encontré llamadas al nueve-uno-uno e informes policiales que nunca se archivaron. Y registros médicos —Traga, su sonrisa desapareciendo—. Me detuve después de eso. Está huyendo, pero no es un peligro para nosotros. Pero alguien la lastimó... mi conjetura es que fue su puto marido.

—Mierda —murmuro—. Becca la conoció en su clase de autodefensa —Hago una mueca—. Es realmente jodidamente pequeña, Ransom. Apenas un metro cincuenta. Cualquier hombre que la golpee le va a hacer un daño serio.

La mandíbula de Ransom está apretada.

—Mantenlo vigilado, Dec —dice entre dientes.

Declan asiente.

—Lo haré.

Ransom suspira y se pone de pie, moviéndose para salir. Se detiene en la puerta, volviéndose

para hablar.

—Kade, ¿puedo hablar contigo afuera, por favor?

Asiento agradeciendo a Declan, luego, con pies pesados, sigo a Ransom al pasillo vacío.

—Me siento como si me estuvieran llamando a la puta oficina del director, Ran.

Ransom suspira, las comisuras de sus ojos estrechándose.

—No soy tu puto director. Y no estás en problemas. Eres un hombre adulto, por el amor de Dios —dice, haciéndose eco de mis pensamientos anteriores.

—Lo sé, pero odio cuando me miras así.

—¿Cómo te estoy mirando? —me desafía.

—Como si estuvieras decepcionado de mí —digo, frotándome la mano en la parte posterior de la cabeza—. Como si fuera un fracasado.

Ransom se mueve, sus ojos mirando sin ver el pasillo. Exhala, un gran suspiro que suena cansado.

—Esto nunca fue parte del puto plan, Kade.

—¿Qué plan es ese, exactamente?

Se encoge de hombros y luego se apoya contra la pared.

—Esto —dice, haciendo un gesto hacia la oficina que nos rodea—, tú, el resto de los chicos, todos ustedes tratándome como si fuera su puto padre. Eso no era parte del plan.

Se ve cansado. Más cansado de lo que nunca lo he visto. Sus hombros están encorvados como si llevara mil kilos a la espalda. Siempre ha cargado con sus problemas sin doblarse. Un pequeño hilo de miedo se desenreda en mi estómago. ¿Qué le está pasando? ¿Por qué está tan agobiado?

—Hay mucho que desempacar ahí, tío. Pero... ¿de qué plan estamos hablando? —Los ojos de Ransom se desplazan hacia mí, clavándome en el lugar.

—Cuando os elegí en ese jodido lugar. Cuando nos reuní a todos, no fue para ser vuestro padre. Eso nunca formó parte del plan. Yo quería... —Se interrumpe.

—¿Qué querías? —pregunto en voz baja. Me mira, y casi puedo ver una película de nuestra historia reproduciéndose en sus ojos.

—Quería una familia. Una fuerte.

Trago saliva con dificultad y asiento. —La construiste, tío. La más fuerte, joder.

Y lo hizo. No hay ni puta forma de que todos estuviéramos donde estamos hoy sin él. Tiene que saberlo. —¿Sabes que todos estamos aquí con cuentas bancarias del tamaño de una mansión gracias a ti, verdad?

Sus cejas oscuras se fruncen. —Todos construimos esto, joder, Kade.

Niego con la cabeza. —No, tío. Entiendo que lo creas, pero todos sabemos que es diferente. Estamos aquí porque tú tenías una visión. Viste una vida mejor para todos nosotros. Una más grande de lo que jamás soñamos. —Levanto la mano para detener las negativas que veo en la punta de su lengua—. Te admiramos porque sabemos que estamos aquí gracias a ti. Y porque nos quieres, gilipollas. No queremos decepcionarte. Y yo no hago más que decepcionarte. Es una puta píldora difícil de tragar. —Aprieta la mandíbula, luego se separa de la pared, agarrándome la nuca con la mano, juntando nuestras frentes.

—Nunca me has decepcionado, hermano. Ni una sola vez. Así que saca esa puta idea de tu cabeza.

—La oficina, las mujeres... —digo con un nudo en la garganta.

—No. —Su voz es firme. Inflexible—. Tu puto corazón es demasiado grande, Kade. Necesito que lo cuides mejor. No quiero recoger más pedazos tuyos rotos.

—No quedan muchos —admito en voz baja.

Ransom gruñe: —Quedan suficientes, tío. Tú eres suficiente.

Tengo que cerrar los ojos que me escuecen. Puede que Ransom no entienda por qué lo admiramos, pero es esto. Este cuidado que siempre muestra. Esta necesidad imperiosa que tiene de que estemos bien. No es de extrañar que esté jodidamente agotado. Somos demasiado para que una sola persona nos maneje. Pero nunca ha dejado de estar ahí para nosotros, y sé que mientras respire, siempre lo estará.

—Kade —dice con cuidado—, espero que esta mujer sea quien tú crees que es. De verdad. Lo deseo tanto por ti, joder. Por todos vosotros. Pero... tienes un historial de mierda. Tu juicio con las mujeres no siempre es el mejor. Y ahora, con muchos más ceros en tu cuenta bancaria, bueno, eres un puto objetivo. Solo... ten cuidado, ¿vale?

Quiero enfurecerme con él, decirle que está equivocado. Que esta vez es diferente, pero me trago mis palabras. Se las he dicho antes. La última vez. Y la vez anterior.

No miente.

Mi juicio es una mierda.

—Lo tendré —digo con tensión, deseando haber podido esquivar esta conversación más tiempo. Lo había estado evitando todo lo posible, esquivando cuidadosamente el tema cuando tenía que conectar con él.

No le había mencionado a Becca por esta misma razón. Porque esta vez se equivoca. Becca no es como las otras. Ni siquiera me ha preguntado por su puto coche. Eso tiene que significar que no le importa el dinero. Casi se aleja de mí cuando se enteró de lo rico que era.

He visto a mujeres fingir antes. Joder, vi a mi madre hacerlo cuando era niño. Puedo darme cuenta cuando me están engañando. Y no veo a Becca fingiendo conmigo. No. Ransom se equivoca esta vez. Becca es exactamente quien dice ser. Y está conmigo porque realmente le gusto. La conozco.

Pero mientras me dirijo a mi camioneta para recoger a Becca, no puedo acallar esa pequeña preocupación en el fondo de mi mente, diciéndome que tal vez me equivoco. Tal vez ella sea simplemente una actriz excelente.

KADE

ME SIENTO ALIVIADO cuando llego al Dojo y veo a Becca saliendo con un grupo de mujeres. Odio la idea de que camine sola de regreso a la tienda, y estaba preocupado durante todo el trayecto pensando que se iría sin mí.

Sonríe cuando me ve y corre hacia la camioneta. Me inclino y abro su puerta, sabiendo que es inútil bajarme e intentar abrirla. Su sonrisa disipa toda la mierda en mi cabeza. Es como un maldito rayo de sol. El día en que ese coche de mierda se averió en mi taller es el día más afortunado de mi puta vida. Todo en mi vida es mejor con ella en ella.

Todo.

—¡Hola! —dice mientras sube. Deja caer su bolsa en el suelo y se inclina sobre la consola central, sus labios encontrándose con los míos. Agarro la parte posterior de su cabeza y la atraigo más hacia mí. Me encanta cómo huele después de hacer ejercicio. El almizcle y el calor de su piel son mejores que cualquier perfume que pudiera usar.

Estoy jodidamente desesperado por poner mi nariz junto a su piel. Toda su piel. Quiero saber cómo huele detrás de sus rodillas, en el pliegue de su muslo. Quiero saber cómo cambia el sabor de su coño después de hacer ejercicio. Realmente me arrepiento de haber aceptado alguna vez este estúpido plan de esperar. ¿A quién coño le importa si soy su jefe? Ya no hay razón para esperar.

Becca se aparta, sus labios a milímetros de los míos. Aprieto mi agarre para asegurarme de que no pueda alejarse de mí. —Jesús, Kade. —Está jadeando, y me distraigo viendo cómo sus pechos se agitan en el escote bajo de su top. Estoy bastante seguro de que puedo sacarlos de ahí en un par de segundos. Las ventanas de la camioneta están polarizadas, así que dudo que alguien nos vea. Deslizo mi mano libre desde su trasero hasta su costado y luego a su pecho. Sus dedos cubren los míos, y su risa rompe mi concentración.

—¡Kade!

Aparto mis ojos de ese espectacular escote hacia su rostro. —¿Eh?

Su rostro está arrugado de risa, y me echo hacia atrás, adorando la forma en que se le arrugan los ojos, haciendo que las pecas de su nariz bailen. Levanta sus manos para acunar mis mejillas. —Dije que no podemos hacer esto aquí. —Estoy completamente en blanco, y ella se apiada de mí—. Tenemos público, Kade.

Desvío mis ojos hacia el frente del edificio, y sí, hay un grupo de mujeres mirándonos, Holly entre ellas. Cuando ven que las miro, comienzan a aplaudir y gritar. Siento que mis orejas se calientan, y sacudo la cabeza avergonzado.

Becca solo se ríe, alejándose para bajar su ventana. —Sigan caminando, señoras. No hay nada que ver aquí. —Saluda con la mano y las observa irse en grupos antes de volverse hacia mí

—. Solos al fin —dice con un guiño.

Cristo, esta mujer va a ser mi muerte. —Becca, me estás matando —admito con un gemido.

—Hmm. Te ves bastante... preparado para un hombre al borde de la muerte. —Se ríe de mi ceño fruncido.

—Necesito estar dentro de ti con tanta urgencia. Es todo en lo que puedo pensar. Ya ni siquiera puedo concentrarme en el trabajo. Mi mano ya no es suficiente.

Su boca se aplana, pero veo un tic en la comisura. —¿Tu mano, eh? —Sonríe lentamente—. ¿Piensas en mí cuando sostienes tu polla en tu puño?

Me atraganto y tengo que aclarar mi garganta antes de responder. —Sí, lo hago.

Va a torturarme de nuevo. No puedo decidir si amo u odio cuando hace esto. Pero no puedo obligarme a detenerla. Becca emite un sonido bajo en su garganta y mueve su mano hasta su pecho, trazando con su dedo el borde de su escote en forma de V. Gimo y me muevo en mi asiento, amando su provocación y odiándola al mismo tiempo.

—Ten algo de jodida piedad, por favor.

Su sonrisa se vuelve malvada. —¿En qué piensas que hago, Kade? Realmente quiero saber.

Está jodidamente jugando conmigo. Pero estoy demasiado caliente para jugar. —Pienso en tus labios envolviendo mi polla. En enterrar mi cara en tu coño y follarte con mi lengua hasta que te corras tan fuerte que me aprietes. Luego pienso en meter cada centímetro de mi polla en ti hasta estar tan profundo que no te sientas bien a menos que estés envuelta a mi alrededor.

Estoy jodidamente adolorido, mis palabras son un gruñido. Los ojos de Becca están entrecerrados, su pecho subiendo y bajando con su respiración acelerada. Es tan jodidamente hermosa. No puedo creer que sea mía. Que me deje tocarla. Que obtenga sus sonrisas y suaves caricias.

—A veces me despierto por la noche con miedo de que vayas a desaparecer —confieso.

Sus ojos se agrandan. —¿Qué? ¿Por qué?

Me encojo de hombros, necesitando hablar, ser honesto con ella, pero reacio a abrirme. —Yo... te dije que no había tenido el mejor historial de relaciones, ¿verdad? La mayoría de las mujeres con las que he salido han estado... —Dudo.

—Rotas —susurra. Asiento lentamente, avergonzado.

—Sí. Rotas. Quería ayudarlas. —Tengo que reírme de mí mismo—. Siempre quiero ayudar. Y todas ellas querían que lo hiciera, ¿sabes? Clavaban sus uñas en mí y no me soltaban. Y yo las dejaba. Joder, lo anhelaba. Y luego un día, me despertaba y se habían ido.

Puedo ver la confusión en su rostro, pero no quiero explicárselo. Ella no entiende un amor que duele. No sabe lo que es irse a dormir de niño con la marca de una mano en la cara.

Fue el primer maldito toque que había recibido en un mes de mi madre. Recuerdo poner mi mano sobre él y estar contento por ello. Esa señal de que mi madre realmente me vio ese día. Que registró mi existencia en lugar de tratarme como un fantasma ocupando espacio en su casa.

Cuando estás acostumbrado a ser ignorado, cualquier cosa que atraviese ese velo, que te haga sentir visto, es bienvenida. Pero eventualmente, todas se fueron. A veces por su cuenta, a veces forzadas a irse. A veces, las encontraba frías, rígidas, con los ojos mirando sin vida a la pared. Sin moverse, sin importar cuánto rogara y llorara para que despertaran.

—¿Por qué se habrían ido? —La voz de Becca es como una suave brisa, apartando gentilmente los recuerdos.

Mi sonrisa se vuelve amarga. —A veces porque conseguían lo que querían... dinero, usualmente. O si su situación mejoraba, ya no querían estar conmigo.

—Entonces son estúpidas —la voz de Becca es seca.

Una risa sorprendida se me escapa ante su tono tan directo. ¿Cómo lo hace? Escuchar mi dolor más profundo y de alguna manera hacerme sentir mejor. ¿Hacerme querer reír sobre ello? Amo la forma en que me ve. Tal vez si tengo suerte, me mirará así por un tiempo más. No quiero pensar en que eso cambie, aunque sé que lo hará.

—Hablo en serio, Kade. Suenan como unas idiotas. ¿Por qué demonios alguien te dejaría?

—Porque soy un desastre, Becca.

Su resoplido me sobresalta.

—Me dejas atónita —sonríe cuando la miro sorprendido—. Todos somos un desastre, Kade. Cada persona en este planeta. Todos tenemos equipaje. Todos hemos cometido errores. Todos tenemos cosas que desearíamos poder volver atrás y cambiar. Así es la puta vida. Eso no significa que no merezcas ser amado.

Mirando esos ojos azules claros, casi podía creerle. Casi podía creer que no hay nada malo en mí. Que ella ve algo bueno en mí.

Tal vez no haría daño fingir por un tiempo. Fingir que merezco ser amado. Pero ella no me conoce. No realmente. Sé que debería dejarla ir, liberarla antes de que acabe manchada por mi oscuridad, pero no lo haré. Egoístamente, me aferraré a su calidez un poco más.

—Kade —su voz es como un imán, atrayéndome de vuelta a ella—. Llévame a casa, Kade.

Agarro el volante con más fuerza, esperando no estar imaginando la invitación que escucho en su voz. Un hombre mejor ignoraría esa invitación. La llevaría a casa y la dejaría en la puerta. La dejaría encontrar a alguien que pueda ser el hombre que ella merece. Un hombre que ponga sus necesidades primero. Pero nunca he sido el mejor hombre. Fijo mis ojos en los suyos.

—Explícate, Becca.

Su sonrisa es conocedora y tan jodidamente pecaminosa.

—Llévame a casa, cariño. Te quiero esta noche —sus palabras son como un golpe al plexo solar, robándome el aliento. Me tomo un momento para respirar.

—Ya estoy al límite. Si me dejas, voy a agotarte, Becca —le advierto.

Su sonrisa depredadora me quita el aliento del pecho.

—Puedes intentarlo.

Joder. Se ve peligrosa y un poco salvaje. Quiero ver qué puede hacerme. Enciendo la camioneta y pongo la marcha, acelerando hacia el taller. Becca se ríe y entrelaza sus dedos con los míos, llevando mis nudillos a su boca. Su lengua sale, lamiendo mi piel, haciéndome olvidar mi maldito nombre.

Apenas puedo respirar mientras giramos hacia la entrada, y mis faros iluminan la figura de una mujer sentada contra la puerta de la oficina. Reconozco el cabello rubio y la ropa elegante, incluso después de todo este tiempo, y cierro los ojos.

Mi susurrado «Joder» sale desde lo más profundo de mis entrañas. Espero que solo sea un mal sueño y que todo esté bien cuando abra los ojos, pero no funciona.

Nunca funciona.

Ni cuando estaba sentado junto al cuerpo de mi madre.

Ni cuando estaba acostado en la cama del hospital después de haber sido apuñalado.

Nunca funciona.

—¿Quién es? —pregunta Becca.

—Dame un minuto, por favor —digo, saltando de la camioneta en marcha. Respiro profundamente antes de caminar hacia la mujer y agacharme, todos mis planes para esta noche desvaneciéndose—. Victoria.

Ella no se mueve. Destellos de piel blanca y pegajosa y ropa cubierta de vómito pasan frente

a mis ojos. Por favor, otra vez no. Extiendo la mano y aparto el cabello de su rostro, frotando su mejilla. Parece haber perdido peso desde la última vez que la vi.

—Victoria —digo más fuerte. Ella gime y golpea mi mano, y mi corazón vuelve a latir—. Victoria. Levántate ahora mismo —pongo mi mano alrededor de su bíceps y la levanto. Su brazo está tan jodidamente delgado.

Ella se resiste antes de resoplar y plantar sus pies bajo ella.

—Tan mandón, Kade —murmura, desplomándose contra mí. Apesta. Una combinación asquerosa de vómito, olor corporal y perfume caro. Giro mi cabeza para evitar su hedor.

—Vamos, Victoria. Vamos a llevarte a casa —estoy tan cansado de esto. De ella. De este maldito patrón. Escucho la puerta de la camioneta abrirse, luego cerrarse, y mi piel se eriza. No quiero que Becca vea esto. Que la vea a ELLA.

—Kade, ¿qué está pasando? —su voz es suave, vacilante.

Trago saliva para pasar el nudo en mi garganta.

—Nada de lo que debas preocuparte. Lo siento —necesito alejarla de Victoria—. Deberías subir al apartamento. Te veré mañana —no puedo mirarla. No quiero ver el juicio y la decepción que sé que estarán en su rostro.

La luz de los faros cambia y parpadea, y ella camina alrededor de mí hacia el lado de Victoria, extendiendo la mano para tomar su otro brazo. Las manos de Becca se ven tan fuertes y capaces contra la pálida piel de Victoria. Odio que esté siendo expuesta a esto. A mi jodido pasado.

—¿Vas a llamarle un taxi? —la voz de Becca es esperanzada. Debería decir que sí, pero sé que no lo haré. Incluso ahora, después de todo lo que me hizo, simplemente no puedo desentenderme de Victoria. Sé que debería. Sé que ya no es mi problema. Al menos en mi cabeza.

—Necesito llevarla a casa. Asegurarme de que llegue a salvo.

Becca me estudia, luego se muerde el labio y asiente.

—Por supuesto que sí —sus palabras son suaves y demasiado conocedoras.

No hablamos mientras nos dirigimos a la camioneta. Becca abre la puerta y agarra su bolso mientras yo levanto a Victoria y abrocho su pequeña forma en el asiento del pasajero.

Debe pesar menos de cuarenta y cinco kilos ahora. Nunca la había visto tan mal. Se está desvaneciendo. Claramente, la rehabilitación no funcionó. El contraste entre el cuerpo sano y exuberante de Becca y el cuerpo demacrado de Victoria es evidente. Me pregunto de nuevo qué diablos estaba pensando al involucrarme con Vic.

Cierro la puerta de golpe, enojado con Victoria y con el hecho de que Becca esté presenciando este maldito desastre. Pero tal vez sea mejor que vea la verdad. Que vea exactamente el tipo de mujer que me quiere.

—Buenas noches, Becca —trago con dificultad, mirando de reojo a ella parada sola en la entrada—. Cierra tu puerta con llave, ¿de acuerdo? —ella asiente, sus ojos brillando a la luz de la luna.

—¿Volverás aquí después? —pregunta esperanzada.

Niego con la cabeza.

Estaré sentado en el suelo del baño en el apartamento de Victoria, asegurándome de que no se ahogue con su propio vómito, manteniéndome despierto trazando las vetas negras en las baldosas de mármol. Es un lugar donde he pasado demasiadas noches.

—No. Te veré mañana. Lo siento, Becca —lo siento tanto. Ella se queda de pie, sus ojos moviéndose entre mí y la adicta en la camioneta. Entonces lo veo. El momento que he estado

temiendo. El momento en que me mira como si ni siquiera me conociera. Tenía razón.

Es jodidamente devastador.

Ella sonríe débilmente y murmura buenas noches antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la parte trasera del edificio.

La sigo hasta atrás, esperando a que cierre la puerta del apartamento antes de volver a la camioneta. Victoria está desplomada en la cabina, pero sus ojos están abiertos.

—Te extrañé, cariño —balbucea.

Cariño.

Esa palabra saliendo de la boca de Becca hace poco era una promesa. De la boca de Victoria, es una mentira. Siempre me llamaba cariño cuando estaba drogada.

Cariño, por favor, cambiaré.

Cariño, por favor no te vayas.

Odio esa puta palabra saliendo de su boca.

Vic está lo suficientemente despierta para quejarse cuando la llevo de vuelta a su apartamento. El portero saluda con un gesto y llama al ascensor por mí.

Joe. Ese es su nombre. Me ganó cincuenta dólares una noche. Bajé para escapar de la maldita crueldad de Victoria, y pasamos unas horas charlando y jugando al póker. Buen tipo. Hombre de familia. Probablemente tiene una buena esposa esperándole allí fuera.

Me pregunto si ella le prepara el desayuno por la mañana. Me gusta la idea de que él pueda sentarse y hablar con su esposa sobre panqueques por la mañana, contándole sobre su noche. Solo he visto eso en las malditas películas, pero los tipos como Joe, apuesto a que son los que lo consiguen en la vida real.

—Tendremos una pequeña fiesta, ¿vale, Kade? Conseguí algo bueno —Victoria está manoseando mi pelo y cuello. Estoy tentado de dejarla caer para poder quitarme sus manos de encima. Solía suplicar por su contacto. Su atención.

Ahora, después de la dulzura de Becca, estoy luchando contra las náuseas. Salgo apresuradamente del ascensor hacia el piso de Vic, introduciendo el código para desbloquear la puerta. Todavía es su maldito cumpleaños. Le supliqué que lo cambiara a algo más difícil de adivinar, pero no le importaba una mierda nada, especialmente su propia seguridad.

La dejo en el sofá, luego retrocedo, volviéndome para traerle un gran vaso de agua. Su cocina es un desastre. Platos sucios y envases de comida para llevar llenan las encimeras. La basura se está pudriendo y la comida está seca en los platos. Ha estado viviendo como una maldita cerda.

Tengo que reírme porque no, ha estado viviendo como una maldita drogadicta. Los cerdos son más limpios que esto. Las encimeras en mi apartamento cuando era niño eran justo como estas. Platos sucios apilados, malditos bichos arrastrándose por todas partes. Mamá nunca pareció preocuparse por los bichos. Nunca le importó nada. Pero yo siempre intentaba lavarlos, pidiendo prestado jabón para platos a los vecinos para tratar de dejarlos realmente limpios. Era una batalla perdida la mayoría de las veces. Eventualmente, aprendí que era más seguro comer directamente del envase.

—¿Dónde estás, cariño? —llama Vic desde la sala de estar. Exhalo y miro en su nevera casi vacía, encontrando una botella de agua para ella. La llevo a la sala de estar.

Está sentada en el sofá, pasando sus dedos por su cabello teñido de rubio. Las raíces están oscuras. De alguna manera, en toda esta mierda, eso me sorprende. No importaba lo drogada o enferma que estuviera. Nunca se perdía su cita en el salón de belleza. De alguna manera, esa línea de raíces oscuras demuestra lo lejos que ha llegado. Le paso silenciosamente la botella de agua, luego me muevo para pararme al final del sofá.

—Eres un maldito desastre, Vic —le digo en voz baja. Su cara se pone roja, y esos labios agrietados y con bótox se curvan de ira.

—¿Quién coño te crees que eres, Kade? Me veo así por tu culpa, hijo de puta —La saliva vuela en su ira, y doy un paso atrás fuera de su alcance.

—¿Yo? ¿Qué mierda? Ya no estamos juntos, Vic. Me engañaste y me echaste a la puta calle, ¿recuerdas?

—Él era mejor conmigo de lo que tú fuiste, Kade. Era un mejor hombre —Las palabras no deberían doler más, considerando dónde está ella ahora.

Pero duelen.

—Sí, eso es lo que dijiste entonces. ¿Qué pasó con ese maldito dios de hombre entonces, Victoria? ¿Dónde está ahora?

Sus ojos se desvían, y lo sé.

—Se murió de una sobredosis, ¿no es así, Vic? —Ella asiente—. ¿Cuándo?

—No sé. ¿La semana pasada tal vez? —¿Tal vez? Ni siquiera lo sabe. Jesús.

—¡Estabas limpia, Victoria! —Mi voz está ronca. Estoy tan harto de esto—. ¿Por qué mierda te hiciste esto a ti misma otra vez? ¿Por qué no pudiste simplemente mantenerte alejada de esa mierda? ¡Me esforcé tanto por ayudarte!

Ella se ríe, el sonido dolorosamente áspero. —Eres tan jodidamente estúpido, Kade. Quería que te fueras porque no dejabas de intentar arreglarme. Te convertiste en una maldita enfermera, quitándole toda la diversión a la vida. ¡Solo quiero vivir mi vida! —grita. Sacudo la cabeza. Juro que mis oídos deben estar engañándome.

—¿Me estás diciendo que esto —hago un gesto hacia su cuerpo pálido y frágil—, es vivir?

—Es mucho mejor que vivir con tu enfermo culo —se burla.

Ni siquiera puedo mirarla. —Yo no soy el enfermo aquí, Vic. Tú lo eres. Eres una maldita cáscara de persona ahora mismo. Si sigues así, estarás muerta en una semana.

Ella se carcajea, echando la cabeza hacia atrás, el sonido atravesándome como cuchillas.

—Ni siquiera sabes lo enfermo que estás, ¿verdad? —dice, como si yo no hubiera hablado—. Oh Dios, ¡es demasiado bueno! —No quiero escuchar otra palabra de su mentirosa boca, pero no puedo hacer que mis piernas se alejen—. Tienes malditos problemas con tu madre, Kade. Cada mujer con la que has salido es solo un reemplazo de ella. Estás tratando de arreglarnos. Hacer que te amemos de la manera en que tu pobre madre muerta nunca lo hizo —Resopla y se inclina de lado, enterrando su cabeza en los cojines—. Nunca mantendrás a una mujer, Kade. Porque estás jodidamente roto.

Me quedo allí, inmóvil, sus palabras retorciéndose en mi pecho, cortando y rebanando mientras rebotan alrededor. El sonido de los ronquidos jadeantes de Victoria llena el espacio entre nosotros. Se va a ahogar si la dejo así.

Me muevo para acomodar las almohadas debajo de ella mecánicamente, asegurándome de que pueda respirar. Huh. Levanto mis manos frente a mí, sorprendido de que estén temblando.

Quiero irme. Simplemente salir de este apartamento, bajar por el ascensor y nunca mirar atrás. Nunca pensar en ella de nuevo. Pero no puedo. Ni de coña voy a dormir esta noche preguntándome si está tirada aquí muerta. No importa lo tóxica que sea. Así que pongo mi espalda contra su puerta de entrada y me deslizo hasta que mi trasero toca el suelo.

Sus palabras están resonando en mi cabeza. Quiero negarlas. Pero hay un pequeño núcleo de verdad allí que no puedo desoír.

Estoy roto.

Me rompí la primera vez que entré en nuestro apartamento y encontré a mi madre tirada en

un charco de su propio vómito. Me rompí el día que le hice RCP por primera vez. Luego la segunda. Luego la tercera, cuando llegué demasiado tarde.

Sé que tengo un tipo.

Mi teléfono se ilumina y veo un mensaje de Becca. Becca es jodidamente diferente, me recuerdo a mí mismo. No es una adicta ni una borracha. No miente ni engaña.

Pero sigo siendo la misma persona que siempre he sido. Espero lo peor. Siempre lo estoy buscando. Sé que si busco lo suficiente, lo encontraré. Becca es demasiado buena para mí. Va a terminar harta de mí y me mandará a la mierda también.

23

KADE

LLEGO al estacionamiento del Taller de Knight Street a las 5:00 PM en punto. Qué veinticuatro horas tan agotadoras. Victoria no respiró con normalidad hasta el amanecer. Me quedé sentado, observándola toda la maldita noche. Atrapado con mis propios pensamientos como única compañía. Cuando finalmente me fui, apenas tuve tiempo de correr a casa y ducharme antes de ir a la oficina.

El último mensaje de Becca llegó a medianoche. *¿Estás bien?*

No sabía cómo responderle.

No, no estoy bien. No sé si alguna vez he estado bien. La situación en la que estoy metido no está bien. Pero es mi propia maldita creación. Me lo busqué yo mismo. Mi cabeza está jodida. Debo haber escrito y borrado veinte respuestas diferentes antes de decidirme por: *Estoy bien. Lo siento.*

Y realmente lo siento mucho. Dejé que la mierda de Victoria se metiera en mí. Puedo sentir sus palabras golpeando los pedazos ya rotos de mí. Estoy vacilando entre tratar de aferrarme a Becca con más fuerza y dejarla ir por su propio bien.

Sonrío a través del parabrisas cuando veo a Becca y Holly riendo en el mostrador. Esas dos juntas son imparables. Ver cómo Becca saca a Holly de su caparazón me hace sentir tan jodidamente orgulloso de ella. Es una de las mujeres más inteligentes que he conocido. No solo inteligente con los libros, sino también con la gente. Parece saber cuándo alguien muestra su lado vulnerable, y en lugar de atacarlo, trabaja para reconstruirlo.

No estoy acostumbrado a eso. Donde crecí, mostrar cualquier vulnerabilidad era una forma segura de convertirse en una víctima. Siempre había alguien más grande y malo que tú, listo para destrozarte. Ella es tan buena. Demasiado buena para mí.

La voz divertida de Colton interrumpe mis pensamientos.

—¿Vamos a entrar, idiota?

—Vete a la mierda, tío.

Se ríe y agarra la manija de la puerta, pero lo detengo con una pregunta que ha estado en mi mente esta semana.

—¿Alguna vez has deseado que tuviéramos una infancia normal, tío? ¿Crees que la vida podría haber sido mucho más fácil? Sin tanta mierda que navegar, ¿sabes?

Colt retira lentamente su mano.

—¿Vamos a hablar de eso, eh? —Exhala pesadamente—. A veces pienso en ello. Es normal preguntárselo. Pero mira dónde coño estamos ahora, hermano. Mira quiénes somos. No cambiaría una maldita cosa.

—¿De verdad no cambiarías nada? ¿En serio? —No creo que yo pudiera decir lo mismo.

—No tienes que creerlo, tío. Es la verdad. ¿Qué cambiarías tú? ¿Que tu madre no se hubiera muerto por sobredosis?

Está yendo directo a la yugular.

—Sí, lo haría —respondo bruscamente—. Si ella no hubiera muerto, no sería un desastre. No habría elegido relaciones tan tóxicas ni habría pasado por la mayoría de esta mierda.

Asiente lentamente.

—Tal vez no. Pero ella seguiría siendo una adicta. Y tú probablemente estarías muerto o en la cárcel. Podemos jugar al juego de los "qué pasaría si" hasta que seamos viejos y canosos. La verdad es que estamos exactamente donde se supone que debemos estar.

—¿Cómo coño sabes eso? —pregunto, frustrado.

Me lanza una mirada.

—Porque lo estamos, hermano. Si se suponía que debíamos estar en otro lugar, haciendo otra cosa, lo estaríamos. Cada experiencia que hemos tenido nos ha convertido en quienes somos ahora. Para bien o para mal. —Se mueve y salta del camión, haciendo que se balancee de lado a lado con su peso—. Mueve el culo, idiota. Quiero conocer a tu chica.

Es un gran dolor en el culo. Pero tiene una extraña lógica.

Creo.

¿Y si este es exactamente el lugar donde se supone que debo estar? ¿Y si Becca y yo debemos estar juntos? Pero entonces eso significaría que también se suponía que debía estar con Victoria. Esa es una píldora jodidamente amarga de tragar. Todavía no veo cómo salió algo bueno de esa montaña de mierda ardiente de relación.

Miro a Becca de nuevo a través de la ventana, recorriendo con mis ojos su rostro sonriente. Le debo una gran disculpa por lo de anoche.

Me deslizo fuera del camión, empujando a Colt a un lado en la puerta para poder entrar primero a la oficina. La sonrisa de Becca cae antes de que una más pequeña y tentativa tome su lugar. Veo perdón allí. Aceptación.

¿Cómo coño puede perdonar tan fácilmente? Estoy tan perdido por esta mujer. Está en mi mente constantemente durante el día y me encuentra en mis sueños cada noche.

Aparto mis ojos de los suyos, desviando mi mirada hacia Holly, y veo el nerviosismo en su rostro. Sus ojos están sobre mi hombro, observando a Colton como si fuera un depredador. Casi puedo oler su miedo desde aquí. Miro atrás hacia a él, queriendo ver la transformación.

Colton ha hecho esto desde que lo conozco. Es uno de los hijos de puta más aterradores del planeta, con el tamaño y las habilidades para respaldarlo. Lleva su enorme estructura con confianza y no poca cantidad de amenaza natural, pero ponlo frente a una mujer con miedo en los ojos, y se convierte en un hombre diferente.

Tan pronto como ve sus ojos abiertos, todo en él cambia. Veo cómo sus hombros se redondean, su cabeza se agacha y una suave sonrisa se desliza por su rostro. De repente parece un hombre osito de peluche en lugar del asesino que sé que puede ser. No es una máscara ni un engaño. Es el Colton que obtienen las mujeres heridas. Es el Colton que obtenía su madre. Vuelvo a mirar a Holly y veo que su rostro y su cuerpo se relajan. Es como una maldita magia. Incluso le da una pequeña sonrisa mientras lo presento.

—Becca, Holly, este es mi hermano Colton. —Becca está sonriendo de nuevo con su gran sonrisa brillante, y duele que sea para él. Se mueve hacia él, con la mano extendida. De repente no quiero que lo toque, especialmente antes de tocarme a mí, pero reprimo a mi hombre de las cavernas interior y observo cómo se saludan.

—¡Es genial conocerte! ¿Qué te trae por aquí, Colton? —pregunta Becca.

—Tú —dice como si estuviera ligando con ella en un bar.

—Imbécil —toso. Él me muestra el dedo medio, luego se enfoca en Becca.

—Kade le pidió a mi hermano Declan que investigara a esa tía que te estafó.

Los ojos de Becca se agrandan y se dirigen a los míos en una pregunta antes de volver a Colton.

—Sí. Recuerdo que lo mencionó hace un tiempo.

Colton asiente.

—Dec dice que lo siente. Se enredó con otro proyecto y no tuvo tiempo de trabajar en ello tan rápido como esperaba. En fin, toma. —Le entrega un sobre blanco sellado. Becca lo acepta y me mira confundida antes de abrirlo. Jadea cuando despliega lo que sé que son treinta billetes de cien dólares.

—Yo... Oh. Yo... No entiendo —balbucea ella. Colton sonríe y se encoge de hombros como si no fuera gran cosa. Para él, probablemente no lo era.

—Declan la rastreó para mí, y fui a recuperar tu dinero —dice simplemente.

Becca parece sospechar.

—¿Así sin más? ¿Ella simplemente lo entregó?

La sonrisa de Colton se ensancha.

—Nah, eso habría sido decepcionante. Su hombre se me encaró un poco. Lo hizo un poco más divertido para mí —asiente hacia el sobre—. Está todo ahí, más los intereses.

Los ojos de Becca se humedecen, y aparto a Colton de un empujón.

—Lárgate —le murmuro mientras rodeo con un brazo a mi chica, tomando mi primera respiración completa en casi veinte horas cuando ella se apoya en mí en lugar de apartarme como tiene todo el derecho de hacer después de anoche.

La sonrisa presumida de Colton me dan ganas de golpearlo, pero se aleja rápidamente y habla en voz baja con Holly. Se dirigen hacia la puerta del garaje.

—¡Iré por Micah! —grita mientras atraviesan la puerta—. ¡Iremos todos a cenar esta noche!

Gruño pero no discuto.

No me importa pasar un poco más de tiempo con mis hermanos y la pequeña Holly. Pero por ahora... Hago retroceder a Becca hasta que llego a la ventana del garaje. Giro las persianas hasta que la cara presumida de Colton queda oculta, luego rodeo a Becca con mi brazo, encerrándola.

—Te extrañé, y lo siento mucho por lo de anoche —digo, hundiendo mi rostro en el costado de su cuello. Me encanta lo alta que es. Presiono un poco sobre ella, disfrutando cómo acepta mi peso. La empujo hasta que gira la cabeza para poder enterrar mi nariz en mi lugar favorito, justo donde su mandíbula se une con su cuello.

Mientras inhalo, su mezcla única de vainilla con un toque de sudor me provoca una erección inmediata. Joder. ¿A quién engaño? He estado duro desde que llegamos al frente. Es mi estado normal cuando estoy cerca de ella.

Los largos brazos de Becca rodean mi cintura, y su cabeza descansa en mi hombro como si perteneciera allí. Se siente tan apropiado allí. Tan perfecto. Me pregunto por un momento cómo sobreviviré si no puedo sentirla envolverme de nuevo. La idea me aterroriza más que nada en mucho tiempo. Ni siquiera la he tenido, pero ya está en mi sangre, más profundo de lo que he dejado entrar a ninguna novia. Pero ya no puedo sacarla.

Aunque me destrozará, me dejará sangrando cuando esto termine.

Ella tararea y se acurruca más cerca de mí, su aliento calentando el cuello de mi camisa, calentando mi piel. Siento un suave cosquilleo en mi mejilla donde su cabello se engancha en la barba incipiente de mi mandíbula.

—Yo también te extrañé. Y te perdono. Pero... —hace una pausa, y contengo la respiración, esperándolo—. Creo que vamos a tener que hablar de ello.

Asiento en acuerdo, con el corazón en la garganta. No quiero pensar en el resultado de esa conversación, así que me concentro en sus dedos, subiendo y bajando por mi columna, los hormigueos extendiéndose por toda mi espalda. Añado su suave toque a la pequeña caja en mi mente.

Los estoy guardando, todos estos toques. Los sacaré y la recordaré cuando esto se rompa. Recordaré la forma en que agarró mi brazo cuando vimos esa estúpida película de terror de bajo presupuesto. Cómo trazaba el contorno de mi mano, recorriendo las líneas y los huecos con sus dedos mientras me cuenta sobre su día. Cómo pasaba sus dedos por la barba incipiente de mi mandíbula, frotando y alisando, mirándome como si pudiera ver a través de mí.

Me aclaro la garganta.

—¿Cómo le va a Holly? —pregunto, cambiando de tema—. ¿Está aprendiendo todo bien? —Quiero que diga que no, que necesita más entrenamiento. Que podemos rebobinar nuestro reloj que hace tictac.

—Es increíble, Kade. Estoy tan contenta de que haya aceptado el trabajo. Es perfecta.

Mierda.

—¿Y Micah? ¿Eso se ha calmado?

Becca resopla y aprieta sus brazos a mi alrededor.

—No realmente. Todavía no lo entiendo. Pensé que estarían bien después de su primer encuentro. Creo que incluso le agradó. Pero sigue actuando como un idiota. Sigue mirándola con el ceño fruncido —niega con la cabeza confundida—. De todos modos, Holly ha descubierto cómo lidiar con él. Le está devolviendo las miradas ceñudas —se ríe—. Incluso le agitó el dedo ayer. Fue tan gracioso, Kade. Esta mujer pequeña de metro y medio agitando su dedo a treinta centímetros por encima de su cabeza, justo en la cara de Micah —ahora está resoplando—. ¡Deberías haber visto la cara que puso! No tiene idea de qué hacer con ella.

Es mi turno de resoplar.

—Nah, él sabe exactamente lo que quiere hacer con ella. Y en qué posiciones. Solo está jodidamente aterrorizado de hacer un movimiento.

Becca se echa hacia atrás en mis brazos, con los ojos muy abiertos.

—¡NO! ¿En serio? ¿A Micah le gusta Holly? Pensé... tal vez ese primer día, pero luego todo cambió —sus manos golpean mis bíceps—. ¡Oh, Dios mío! Bueno, ¡ahora tengo que reproducir en mi mente cada momento que han estado juntos!

Sonrío y niego con la cabeza.

—¿Cómo coño te perdiste eso? Pasas todo el día con ellos, Becca.

Ella gruñe juguetonamente y aprieta mis brazos.

—He estado un poco distraída, tío —se lame los labios y se acerca más, quitándome el aliento, sus labios acercándose a los míos—. Pensando en ti.

Me pierdo en ella, en su suave cabello y su boca aún más suave. Mi enfoque se reduce a ella, los sonidos de los chicos empacando en el garaje se desvanecen. Aprieto mis brazos alrededor de su exuberante figura, atrayéndola más hacia mí, atrapando su boca con la mía. La quiero toda. Me siento codicioso, queriendo más. Queriendo todo. Como si tuviera que saciarme ahora antes de que se me escurra entre los dedos. Mis manos recorren su espalda, agarrando y moldeando. Sus gemidos y manos inquietas. Tirando y empujando.

Nos encendemos.

Quiero empujarla contra la pared. Quiero quitarle esas mallas, dejándolas arrugadas alrededor

de sus tobillos. Quiero hundirme en ella. Desaparecer en ella. Perderme en la fantasía de nosotros. En la fantasía del para siempre.

La voz fuerte de Colton resonando desde atrás irrumpe en mi neblina, y me alejo de ella. Mis pulmones se agitan, mi respiración entra y sale como una sierra. Me siento destrozado. La respiración entrecortada de Becca atraviesa mi niebla. Su pecho se agita, casi derramándose fuera del escote en forma de V de su camiseta. Doy un paso hacia ella antes de retroceder bruscamente, apoyándome contra la pared.

—Cena. Amigos —logro decir.

La neblina se desvanece lentamente de su rostro, y ella asiente.

—Cierto. Cena. Por Dios, Kade —su sonrisa aturdida ahuyenta algunos de mis puntos fríos.

Cuando sonríe así, casi puedo imaginar que todo estará bien. Que nuestra conversación será agradable y las cosas pueden quedarse exactamente como están. Pero en realidad no lo creo. Aparto la mirada de la suya y murmuro:

—Iré a buscarlos.

Me deslizo a su alrededor con cuidado de no tocarla. Su sonrisa desaparece de su rostro, y sé que es mi culpa. Abro de un tirón la puerta del garaje, dejando que se cierre de golpe detrás de mí.

Mientras me dirijo hacia el grupo apiñado alrededor del cubículo de Micah, agradezco el plan de la cena y a mi entrometido amigo. Haré lo que sea necesario para evitar la confrontación que siento que se avecina.

BECCA

SE ESTÁ ALEJANDO DE MÍ. Mantengo la esperanza, pero se desvanece. La forma en que me mira como si buscara mis defectos me está afectando. Me encuentro cada vez más tensa cuando estamos juntos. Demonios, tengo miedo de tomar más de una copa frente a él, preocupada por lo que pueda decir. Lo que él pensará.

Parece que solo está buscando una excusa para terminar las cosas. Incluso cuando nos tocamos.

Sacudo mis pensamientos pesados, decidida a pasar una buena noche en la cena. Voy a estar observando a Holly y Micah como un halcón. Estoy decidida a divertirme.

No tengo un espejo, pero puedo imaginar lo desarreglada que estoy. Me froto las mejillas enrojecidas con los dedos, luego me aliso el cabello y la ropa mientras me dirijo hacia la ventana delantera y cierro las persianas. Me sobresalto cuando un hombre se precipita por la puerta principal, con el pelo alborotado. No había nadie ahí fuera cuando miré hace un segundo. Está sudoroso y sus ojos recorren la oficina nerviosamente. Los pelos de la nuca se me erizan.

Inmediatamente me pongo en alerta. Algo en esto, en él, está mal. Está caminando de un lado a otro, murmurando. Considero brevemente salir por la puerta principal mientras él camina de regreso hacia el mostrador de recepción. Pero no, no quiero perderlo de vista. Mis amigos están atrás, y no me gusta su aspecto.

En cambio, doy un largo paso hacia atrás, poniendo la mesa de café entre nosotros, atrayéndolo hacia mí y alejándolo de la puerta que da a los talleres. Lo catalogo mientras me muevo. Unos centímetros más alto que yo, chaqueta demasiado abrigada para el día, camiseta, jeans azules. Hombros anchos, nariz recta. Se mueve con confianza. Este hombre es físicamente dominante, acostumbrado a usar su fuerza y tamaño. Su rostro está tenso, enojado. Está nervioso. Se gira y cierra con llave la puerta principal, luego se abalanza hacia adelante, y yo retrocedo de nuevo, moviéndome para que mi espalda quede contra la pared. Está entre yo y ambas puertas.

Odio estar acorralada y haber permitido que bloqueara mi salida, pero estoy satisfecha de que se esté enfocando en mí.

—¿Dónde está ella? —Su voz es dura, profunda. Sus labios están curvados en una mueca de desprecio y sus manos están cerradas en puños.

—¿Quién? —pregunto, pero tengo la horrible sensación de que sé exactamente a quién está buscando.

—Mi puta esposa, estúpida zorra. ¿Dónde está? —La saliva sale volando de su boca, aterrizando en la mesa de café que nos separa. Sus emociones están saltando por todas partes, y mi adrenalina se dispara. Esta situación se va a ir a la mierda muy rápido. Lo sé.

—Lo siento, no sé de quién estás hablando —digo, tratando de ralentizar esto. Pero sí lo sé.

—Mi maldita esposa. ¿Dónde carajo está Hannah? —sisea.

—Lo siento, no puedo ayudarte. No conozco a nadie llamada Hannah. Necesitas irte ahora —doy un paso hacia él, señalando la puerta. Mi voz es clara. Autoritaria. Tal como lo he practicado toda mi vida. No pensé que funcionaría, y no lo hace. Está demasiado alterado.

Pero las luces rojas parpadeantes en las esquinas de la habitación me dicen que las cámaras están grabando. Necesita quedar claro y grabado que le pedí que se fuera. No puedo oír nada desde atrás. Los talleres ya están bien cerrados, y no escucho voces. Tal vez estén en el extremo más alejado, lejos de la oficina. Ese pensamiento me trae algo de paz. Holly está a salvo con los chicos. Y todos necesitan mantenerse lo más lejos posible de esta oficina hasta que esto termine.

—¡DAME A MI ESPOSA, PUTA. SABES EXACTAMENTE DE QUIÉN ESTOY HABLANDO!

Mete la mano en la parte trasera de sus pantalones, bajo su abrigo, y me tenso. Parte de mi tensión se disipa cuando veo el gran cuchillo de caza que saca. Puedo manejar un cuchillo. Mientras esté allá, no puede hacerme daño.

¿Y si se acerca? Bueno, entonces no seré yo quien salga lastimada.

No tengo absolutamente ninguna duda sobre mi capacidad para manejarlo. Pero mi tensión regresa cuando escucho voces acercándose a la puerta del garaje. Él retrocede, mirando entre yo y la puerta con expectación.

Mierda.

Las cosas se acaban de complicar mucho más.

KADE

DOY dos pasos dentro de la oficina y me quedo paralizado ante la escena frente a mí. Holly choca contra mi espalda y escucho su jadeo ahogado mientras se aparta. Arriesgo una mirada hacia atrás y veo su rostro pálido, con los ojos abiertos y aterrorizados.

Las manos de Micah se alzan y la colocan detrás de él. Nuestras miradas se cruzan brevemente antes de que yo dirija la mía hacia Colton, a unos pasos en la bahía, fuera de la vista de la oficina. Me muevo para que pueda ver mi pecho y le hago la señal de "cuchillo". Él asiente bruscamente y luego retrocede en silencio.

Me giro de nuevo, concentrándome en el pedazo de mierda que está despotricando frente a mí. Ver cómo agita ese cuchillo cerca de Becca me está matando. No sobreviviría si la pierdo.

De ninguna manera.

Todas las otras mujeres se desvanecen y finalmente lo veo con claridad. Ella es la indicada para mí. Y si esto sale mal, ¿si ese cuchillo termina en su precioso cuerpo? Nunca sabrá cuánto la amo. ¿Por qué coño no saqué la cabeza de mi trasero antes y se lo dije?

—¡Eres una puta zorra, Hannah! Eres una estúpida perra —está caminando de un lado a otro, agitando el cuchillo frente a él, tratando de vislumbrar a Holly—. ¿De verdad pensaste que no encontraría tu gordo trasero? Siempre te encontraré. ¡Eres MÍA!

No le dedico ni una mirada a Holly. Hannah. No me preocupo por ella. Micah es un luchador nato y un hijo de puta enorme. No hay manera de que este pedazo de mierda se acerque a Holly. ¿Pero Becca? Todo lo que tiene que hacer para llegar a ella es saltar sobre la frágil mesita de café que está en medio, y la tiene.

Quiero que se aleje de Becca. Quiero que ella esté detrás de mí.

A salvo.

De todas las formas en que imaginé perderla, nunca imaginé esto.

El cántico de Holly "no, no, no" y el "shhhhh" de Micah resuenan en mi cabeza. La falta de expresión en el rostro de Becca me asusta. Está inmóvil, su cuerpo quieto, sus manos relajadas a los costados. Lo único que se mueve son sus ojos siguiendo los movimientos erráticos del hombre.

—Becca. Ven aquí —ella me mira y sonríe antes de negar con la cabeza y volver a mirar al hombre. Ni siquiera intentó venir hacia mí. ¿Por qué demonios no se pone a salvo? No debería estar cerca de este tipo de peligro. El hombre está más frenético ahora, su ira aumenta, sus brazos se agitan.

Puedo ver sus dedos blancos y sin sangre envueltos alrededor del cuchillo. Detrás de él, a través de la puerta exterior, vislumbro la cabeza de Colton, agachado. La cabeza de Becca se inclina ligeramente, sus ojos mirando hacia la puerta antes de volver a fijarse en los del hombre.

Sigue tan jodidamente calmada que es aterrador.

—Holly, dime qué está pasando —le pregunto. Está sollozando y tengo que resistir el impulso de gritarle. Necesito malditas respuestas.

—B... Brent. Ese es Brent. Mi marido —finalmente logra decir entre sollozos. Apenas puedo oírla por encima de los gritos de Brent.

—¡Brent! ¡Brent! —grito, deteniendo su ir y venir—. ¿Qué coño crees que estás haciendo, tío? —Intento mantener la calma, pero estoy bastante seguro de que mi tono está transmitiendo un montón de "quiero arrancarte la garganta". Él me escupe, burlándose.

—Recogiendo mi propiedad, gilipollas. Dame a mi esposa.

La voz fría de Micah llena la habitación.

—Ni... hablar.

—Ya oíste a mi hermano, Brent —digo fríamente—. Eso no va a pasar. Está bastante claro que Holly no quiere irse contigo.

—¡HANNAH! ¡SU PUTO NOMBRE ES HANNAH! ¡ES MÍA! ¡ME LO DEBES, MALDITA PERRA!

Veo cómo el poco control, la poca razón que tenía, se le escapa. Mi cuerpo se enfría, todos mis músculos se tensan. Esto no es bueno. Le ruego silenciosamente a Becca que me mire, pero ella sigue centrada en Brent. ¿Por qué está tan jodidamente tranquila?

Intento razonar con Brent de nuevo.

—Tío, nunca vas a convencernos de que te entreguemos a Holly. No hay ningún escenario en el que salgas de aquí con ella. Ninguno. Tu única jugada es irte. Ahora.

La sonrisa que se dibuja en su boca me produce un escalofrío en la espalda y hace que mis músculos se contraigan. Es la misma mirada que tenía el traficante que intentaba meterse en nuestro barrio antes de apuñalarme hace tantos años. Daría cualquier cosa en este momento por ser yo quien recibiera el cuchillo. Sería más fácil vivir con eso que ver cómo se llevan a otra mujer que amo.

De repente, antes de que pueda siquiera respirar, Brent patea la mesita de café y se abalanza sobre Becca. Siento como si estuviera viendo una película a cámara lenta. Veo las revistas volar de la mesa. Escucho el crujido cuando la mesa se rompe contra el mostrador de recepción. Siento que mi corazón se detiene cuando su cuchillo apunta hacia Becca.

Tengo menos de un milisegundo para registrar la mirada tranquila y serena en su rostro, y luego observo con total asombro cómo su brazo derecho se extiende, desviando la trayectoria del cuchillo hacia un lado mientras su mano agarra la muñeca izquierda de él. Su cuerpo se desplaza hacia un lado, su rodilla izquierda se eleva frente a su pecho. Luego la baja con fuerza atravesando la rodilla de Brent, rompiéndola hasta que parece la pierna de un robot invertido de una película de ciencia ficción.

¿Qué coño acaba de pasar?

¿Quién coño es ella?

Su otra mano se une a la que está en la muñeca de él, y ella da otro paso, agachándose bajo su brazo, con la espalda contra el frente de él. El codo de Brent está sobre su hombro. Su brazo y el cuchillo que aún empuña están extendidos frente a ella. Sus gritos de dolor, ya fuertes, alcanzan un nuevo tono cuando ella baja los brazos bruscamente hacia su estómago, rompiendo el brazo de él a la altura del codo.

Su mano izquierda desliza el cuchillo fuera de la mano ahora flácida de él mientras gira, fluyendo con facilidad para clavar su codo derecho con fuerza en la cara de él. Una vez. Dos veces. La sangre brota y sus gritos cesan de repente, su cuerpo cae roto al suelo mientras Becca

se aleja de él. Apenas registro el cuerpo gigantesco de Colt lanzándose a través de las puertas o el cristal volando por el aire. Mis ojos están clavados en Becca.

Colton rueda hasta detenerse, levantándose en cuclillas, observando al hombre inconsciente y ensangrentado en el suelo y a la maldita amazona parada tranquilamente a su lado. Silba bajo entre dientes antes de mirarla.

—Becca la badass —levanta su mano, colocándola en su pecho como un caballero en una puta película—. ¿Te casarías conmigo?

BECCA

ESTOY RESPIRANDO a través del bajón de adrenalina, dejando que me inunde como una ola. Casi puedo sentir el calor del cuerpo de papá, los círculos que frotaba en mis hombros después de una pelea, ayudándome a superar los temblores. *Déjalo fluir, Becca, simplemente déjalo fluir.* Solo eran competiciones, pero el cuerpo humano no entiende que hay árbitros y reglas. Se enciende y lucha como si el peligro fuera real y nos deja a todos temblando al final.

Miro de nuevo hacia la puerta. Los ojos de Kade están fijos en los míos. Solo me está mirando, con el rostro inexpresivo. Detrás de él, Micah está sonriendo. Veo la pequeña mano de Holly en su brazo. Sus brazos están detrás de él, rodeándola, manteniéndola pegada con seguridad a su espalda.

Colton todavía está agachado frente a mí. Mi corazón se detiene por un segundo al ver lo que hay en sus ojos. El calor. La fascinación. El deseo. Está actuando como si fuera una broma, pero sé en el fondo que si dijera que sí, este hombre me llevaría ante un juez en menos de una hora. He visto esa mirada antes. En los ojos de los hombres a los que enseñaba. Los hombres a los que inmovilizaba. Los hombres a los que vencía en cada torneo al que iba. Los hombres que no solo se sienten atraídos por las mujeres fuertes, sino que las anhelan. Me dejo empapar de su calidez, de su evidente admiración, antes de extender la mano para alborotarle el pelo de la parte superior de la cabeza.

—Levántate, grandullón. Estoy ocupada —le guiño un ojo para suavizar mis palabras.

Veo el arrepentimiento pasar por su rostro antes de que vuelva el bromista.

—¿Estás segura? Me han dicho que tengo una lengua muy talentosa. Estaré encantado de hacerte una demostración.

Me río y niego con la cabeza, esperando que Kade lo maldiga y me reclame. Oigo reír a Micah, pero retrocedo cuando me encuentro con los ojos gélidos de Kade. Está silencioso e inmóvil, como tallado en piedra.

Apenas me doy cuenta de que Colton se mueve para quitarme el cuchillo de la mano o de que Micah guía a Holly hacia una silla, arrodillándose frente a ella. O de las luces parpadeantes de la policía. Estoy atrapada por el hielo en el rostro de Kade. Respondemos preguntas, entregamos la cinta de seguridad, y todo es un borrón.

No dejo de buscar excusas de por qué no ha venido a abrazarme. ¿Quizás está en shock? ¿Quizás está esperando más privacidad? Pero, ¿por qué? Me ha envuelto en sus brazos frente a una audiencia antes. Y realmente lo necesito ahora. ¿Por qué no viene a mí? El frío en su rostro me impide acercarme a él. Me siento temblorosa, y no creo que pueda soportar que me rechace ahora mismo.

Salgo de mi aturdimiento cuando el cuerpo tembloroso de Holly choca contra el mío. La

abrazo con fuerza, apoyando mi barbilla en su cabeza mientras solloza. Le froto la espalda y cierro los ojos, tan agradecida de que esté a salvo. De que todos estén a salvo. De que pude protegerlos. Me entrené toda la vida para un momento como este. Un momento que honestamente nunca pensé que llegaría.

Mi mundo siempre fue tan seguro. Con papá cerca, siempre supe que estaría bien. Que él me cubriría las espaldas. Así que los entrenamientos y las peleas eran... divertidos. Eran parte de mi trabajo. Pero esa sensación de seguridad se hizo añicos cuando papá enfermó.

Pensé que la estaba reconstruyendo aquí, sin embargo. Que tendría a Kade en mi esquina. Tal vez me equivoqué porque de repente se siente como si hubiera un maldito campo de fútbol entre nosotros. Los sollozos de Holly disminuyen, y bajo la cabeza para encontrarme con sus ojos.

—Estás bien, Hol.

Ella asiente y sorbe por la nariz.

—No vi —dice, con la voz espesa por las lágrimas—. ¿Usaste algunos de los movimientos que nos estás enseñando en clase?

Sonrío suavemente y la abrazo un poco más fuerte.

—Sí, cariño, lo hice. Y algunos que son un poco más avanzados.

Asiente, sumida en sus pensamientos, antes de apretar los labios y enderezar la espalda.

—Quiero aprender esos también —su voz es firme. Segura. Y estoy tan orgullosa de ella.

—Te los enseñaré —le prometo. Y lo haré. Cada mujer que pase por mi clase de autodefensa aprenderá a protegerse. Pero Holly, ¿mi querida amiga Holly? Voy a enseñarle a hacer llorar a los hombres si ella quiere—. ¿Dejarás que Micah te lleve a casa? —le susurro.

Ella asiente contra mi mejilla.

—Micah, ¿podrías llevar a Holly a casa, por favor? —pregunto. La forma en que Micah la rodea con su brazo, consolándola, es dulce. Papá me envolvía así mientras temblaba por el bajón de adrenalina en un torneo. O cuando ese pequeño comadreja de Jack me invitó al baile de noveno grado y luego besó a Julia. Me mantuve entera hasta que papá me recogió. Entonces me derrumbé, sabiendo que él me mantendría unida hasta que pudiera ser fuerte de nuevo. Siempre me sostuvo en los momentos altos y bajos. Siempre estaba tan presente, tan sólido, tan seguro.

Lo echo de menos.

Veo a Micah y Holly llegar al coche, luego me giro cuando Colton se detiene a mi lado.

—Becca la Dura.

Sonreímos.

—Esos fueron unos movimientos bastante asesinos.

Asiento, esperando la pregunta que sé que viene. Pude notar cuando entró por la puerta que entrenaba artes marciales. La fluidez en su cuerpo mientras se mueve es una señal inequívoca. Se comporta como lo hacen los mejores luchadores. Como lo hago yo. Con absoluta confianza en sí mismos y en sus habilidades.

—¿Qué tipo de entrenamiento tienes?

Me toco la barbilla.

—Hummm —digo, jugando un poco con él.

—Becca —me anima juguetonamente, moviendo las cejas hacia mí.

Bajo el dedo y me encojo de hombros.

—Tercer Dan en BJJ. Primer Dan en Taekwondo. Cuarto Dan en Judo —digo con una sonrisa. Los ojos de Colton se abren más con cada cinturón que enumero, clara su admiración por los años de dedicación a las artes marciales.

Echo un vistazo a Kade apoyado en el mostrador de recepción. No sé qué esperaba ver en su

rostro. Admiración. Amor. Afecto. Aceptación. Algo cálido. No lo encuentro, y eso me deja sintiéndome más fría. El silbido de Colton me devuelve la atención a él.

—Tal vez podamos entrenar alguna vez, Becca la Dura —pregunta, con energía de golden retriever desbordando de él—. Creo que podemos aprender mucho el uno del otro.

—Trato hecho —digo suavemente, sabiendo que lo haré realidad. Incluso si las cosas se desmoronan con Kade como creo que están a punto de hacerlo. Veo a Colton despedirse con la mano y salir por la puerta principal, saltando al asiento trasero del coche de Micah.

Me estremezco, sintiendo la ráfaga ártica que viene de Kade, y respiro hondo antes de girarme para encontrarme con sus ojos. Echo de menos el calor con el que suele mirarme. La pequeña curva en la comisura de su boca mientras me toma el pelo. Nos quedamos de pie, mirándonos el uno al otro, y estoy aterrorizada de hablar primero. Tal vez me equivoco sobre lo que está pensando.

—Esto no va a funcionar —suelta de repente.

Espero, con la boca seca y el corazón acelerado. Deseando que sonría y diga que está haciendo alguna broma estúpida. La tensión entre nosotros se rompe por el resplandor de unos faros y el golpe de puertas cerrándose afuera. Miro por encima de mi hombro y veo a los tipos del vidrio trabajando para desatar la nueva puerta principal del costado de su camión.

—Me voy a casa. Necesito ducharme para quitarme la sangre —murmuro, pasando a su lado, agarrando mi bolso y corriendo hacia los talleres para salir por la puerta trasera. No miro atrás.

No puedo.

Cuando era pequeña, papá tenía un jarrón antiguo de su madre en nuestra repisa. Tenía pequeñas grietas por toda la porcelana blanca. Nuestra casa parecía decorada por un soltero, así que el jarrón siempre se veía un poco fuera de lugar.

Pero yo estaba fascinada por las grietas. Pensaba que hacían que el jarrón se viera genial. Sin embargo, un día, cuando papá y yo estábamos jugando, ese jarrón se vino abajo, haciéndose añicos en el suelo de madera. Le supliqué que intentara arreglarlo, pero me explicó que el jarrón era débil y que cuando algo débil se rompe, a veces simplemente no hay forma de volver a unirlo.

Hoy entiendo lo que quiso decir con eso, más que nunca.

KADE

CIERRO con llave la nueva puerta principal y luego me desplomo en una silla. Qué maldito desastre. Todo explotó esta noche, y es toda mi puta culpa. No puedo obligarme a subir las escaleras para enfrentarla. Sabía que esto vendría, que ella seguiría adelante, pero pensé que sería porque se cansaría de mí, no porque soy un imbécil colosal.

Un golpe en la puerta me sobresalta. Me muevo para ver la gran figura de Colton afuera.

—Abre la puerta, idiota —su voz es clara, incluso a través de la gruesa puerta de vidrio.

—¿Qué estás haciendo de vuelta aquí, tío? —pregunto.

—Comprobando cómo estás. ¿Qué más estaría haciendo? —Por supuesto que sí. Es incapaz de ocuparse de sus propios asuntos.

—Estoy bien. Hemos pasado por cosas peores. Lo sabes —digo mientras abro la puerta. La carcajada de Colt me dan ganas de golpearlo en la cara. Lo haría, también, si su mandíbula no estuviera hecha de maldito titanio. Lo último que necesito es una mano rota para acompañar mi corazón roto.

—Estás muy lejos de estar bien, hermano —cuando no respondo, continúa—. ¿Qué demonios fue eso, Kade? —pregunta agresivamente.

—¿Qué fue qué? —Hacerse el tonto nunca ha funcionado con él, pero vale la pena intentarlo.

—No juegues a ese maldito juego conmigo, Kade. Te conozco demasiado bien. La congelaste. Tus ojos estaban fríos como los de un villano de película —los brazos de Colton están cruzados, sus pies plantados separados. No hay manera de que pueda mover a este imbécil. Cuando se pone así, ni una excavadora puede moverlo.

Suspiro, frotándome las manos en la parte superior de la cabeza. —No vas a dejar esto pasar, ¿verdad?

Su sonrisa se vuelve triste. —No puedo verte hacer esto, tío.

—¿Hacer qué, Colt?

—¿Destruir la mejor maldita cosa que te ha pasado?

Resoplo. —¿En serio? ¿Qué demonios sabes tú de nada? Solo la conociste esta noche.

—Cierto. Pero te conozco a ti. Has sido una persona diferente el último mes.

—Claro —me burlo—. ¿Soy todo sol y mierdas?

La cara de Colt está muy seria. —Estás jodidamente vivo, tío —sacudo la cabeza, girándome para caminar detrás del mostrador de recepción—. Es cierto, Kade. Lo sabes. Has sido un zombi durante todo el tiempo que te conozco.

—Vete a la mierda, Colt. No tienes ni idea de lo que estás hablando —no soy un maldito zombi. Claro, he estado haciendo lo mínimo durante un tiempo, pero ¿qué espera de mí?

—Sí, lo sé, tío. Has sido mi hermano por más de veinte años. Te he estado observando —

exhala pesadamente—. Has estado existiendo. Estás ahí para tus hermanos, siempre. Pero en tu propia vida, estás jodidamente a la deriva. ¿Todas esas mujeres que dejaste que se aprovecharan de ti? Había una pequeña chispa en ti cuando las conocías, luego, puf, desaparecía. Te arrastraban muy abajo. Y tengo que decirte, hermano. Estoy realmente cabreado contigo por eso.

Cruzo los brazos y levanto las cejas. —¿En serio? ¿Por qué demonios tendrías algún sentimiento al respecto?

Colt gruñe, acercándose a mí. Aprieto el puño, queriendo callarlo pero sabiendo que nunca lo golpearía. Al final del día, sigue siendo mi hermano y no quiero hacerle daño. Aunque pudiera.

Las puntas de sus botas chocan con las mías, y se inclina hacia mí hasta que nuestras narices casi se tocan. —Eres un estúpido hijo de puta. Eres mi hermano. Te quiero jodidamente. Y cualquier cosa que te haga daño no está bien conmigo. ¿Y tú haciéndote daño a ti mismo? ¡Realmente no está bien, Kade! —grita.

No tiene idea de la mierda que pasa por mi cabeza. No quiero que lo sepa. Pero tiene que ver. ¿Cómo no puede? ¿Dice que me conoce? Tonterías.

—Estoy jodidamente roto, tío —admito duramente—. Quiero que mejoren. Pensé que tal vez si lo intentaba... —me desvío.

Colt asiente. —Lo sé, tío. Quieres hacerlo mejor para ellas. Siempre estás tratando de arreglarlas, pero no vas a encontrar lo que necesitas con esas mujeres.

Suspiro, demasiado cansado para esto. —Está bien, Dr. Phil, ¿qué necesito? —El grueso puño de Colt sube y golpea mi pecho.

—Saber que mereces ser amado, tío.

Levanto las cejas hacia él. —¿En serio, tío? —¿Está jodidamente bromeando? No necesito nada de esas mujeres. Ellas me necesitaban a mí. Necesitaban mi ayuda. ¿Por qué está tan mal tratar de ayudar a la gente?

Colt me da una palmada en la cara. —Presta atención, imbécil. Esto está muy atrasado, y quiero asegurarme de que no te pierdas ni un segundo de esto. Ya que tu estúpido trasero no parece poder conectar los puntos en tu propia vida de mierda, voy a explicártelo. ¿Listo?

Le gruño, y me da otra palmada en la cara. —¡Imbécil, deja de abofetearme!

Me da otra palmada. —No hasta que estés prestando atención de verdad —dice con calma. Le grito de frustración y lanzo mis puños contra su estómago. Apenas gruñe, solo me mira como si fuera la persona más estúpida del planeta.

—¡¿QUÉ?! —grito finalmente, cruzando los brazos para mirarlo fijamente. Lo escucharé, luego lo echaré a patadas. Estoy bastante seguro de que todavía tengo una botella de Jack escondida en el escritorio. Me pondré bien entumecido, luego iré a dejar que Becca me destruya.

—Eres un buen hombre, Kade —la voz de Colton es profunda—. Siempre estás ahí para tus hermanos. Eres realmente inteligente. Tienes el corazón más amable de todos nosotros. Y de alguna manera, no lo ves.

—¿Qué es lo que no veo, Colt? —pregunto, evitando sus ojos penetrantes.

—Que mereces ser amado tal como eres, tío.

—Sí, ya dijiste eso.

—Pero realmente no lo estás captando, hermano. ¿Siquiera te das cuenta de lo que estabas haciendo con todas esas mujeres antes de Becca? —Gimo y pongo los ojos en blanco.

—Estoy seguro de que me iluminarás.

—Encuentras a las mujeres más dañadas, los jodidos desastres, e intentas arreglarlas. Porque crees que si las arreglas, entonces se quedarán y te amarán. Solo que no funciona así, tío. Mejoran y se van, ¿verdad? Eso es lo que me dijiste —asiento y me crujo el cuello, incómodo

con esta conversación—. Así que se van, y refuerza el maldito patrón que has vivido toda tu vida, empezando con tu madre.

Suspiro, retrocediendo para sentarme en el escritorio. —Cuando las conozco, no son jodidos desastres, Colt.

Los ojos de Colt son demasiado conocedores. —Son un desastre cuando las conoces, Kade. Simplemente nunca pareces notarlo. No quieres notarlo.

Joder. Si quisiera ver a un loquero, tengo suficiente dinero para contratar uno. —¿Dónde mierda conseguiste tu título de psicología, tío?

—En la U —dice él—. Casi termino la tesis de maestría.

Me río, pero me pongo de pie de un salto cuando veo claramente su cara. —¿Estás de coña, verdad?

Colt niega con la cabeza. —No.

¿Quién es este tipo?

Es el jefe de seguridad de Brash Corp. Está cubierto de tatuajes de pies a cabeza, y sé con certeza que sigue participando en peleas ilegales en jaulas al otro lado de las vías. ¿Y ahora esto?

—¿Quién coño eres, tío? ¿Por qué mierda estás sacando un título, y por qué no nos lo dijiste?

Se encoge de hombros, sonriendo un poco. —Todos estamos jodidos, tío. Pensé que no haría daño averiguar por qué y qué hacer al respecto. —Se toca la sien con dos dedos—. Ni siquiera quieres saber la mierda que tengo aquí. Es una locura.

Me río con incredulidad. —¿Locura? ¿Se supone que debes usar esa palabra?

Resopla y baja la mano. —La mayoría de los profesores no saben qué hacer con un cabeza de músculo como yo. Intentaron echarme al principio. Los cabrones no sabían con quién se estaban metiendo. Soy como una garrapata, tío. Puede que no les guste la palabra locura, pero a veces encaja, ¿sabes?

Asiento como un tonto.

—Kade, de verdad sé de lo que hablo.

Lo estudio. Se ve muy serio. Nunca había visto esa expresión en su cara fuera del trabajo. Finalmente asiento y sus cejas oscuras se relajan ligeramente.

—Escucha, cuando somos niños, nuestros padres son todo nuestro mundo, ¿verdad? —dice —. Todo lo que entendemos del mundo viene de ellos. Y como niños pequeños, estamos programados para buscar afecto y amor. ¿Me sigues hasta ahora, hermano?

Asiento de nuevo, escuchando a pesar de mí mismo.

—Vale. Entonces, cuando un niño pequeño vive con una madre drogadicta que a veces desaparece. No siempre lo alimenta lo suficiente o lo levanta cuando llora. Eso jode el cableado de su cerebro. Crea patrones basados en el trauma. Y eventualmente, ese niño se da cuenta de que tendrá que satisfacer sus necesidades de otras maneras.

—¿Como cuáles? —pregunto, curioso a pesar de mi frustración con esta conversación.

—Como cuidar de una madre de mierda, para que lo quiera un poco. Darle la más mínima muestra de afecto que necesita para sobrevivir. —Mi mente recuerda las bofetadas, esas pequeñas señales de que ella me veía.

¿Pero sobrevivir?

—La comida es supervivencia, Colt. El refugio y el calor también. Pero el amor, tío? —Tal vez le devuelvan todo el dinero que pagó por esa jodida matrícula.

Colt niega con la cabeza exasperado. —¿Recuerdas esas historias sobre niños en orfanatos en Europa del Este?

—Yo... ¿tal vez? —Imágenes de filas de cunas y ojos hundidos pasan por mi mente.

—El gobierno acoge a los niños, pero no hay suficiente gente trabajando allí para cuidar de todos. Así que sus necesidades físicas están cubiertas, pero no reciben jodidos abrazos, tío. —Su voz es dolida—. No les hablan ni les cantan. No tienen gente que los mire a los ojos y les sonría. Que los quiera. —Colt retrocede, sus hombros caídos—. Es tan jodidamente triste, tío. Se consumen. Se llama Síndrome de Fracaso del Crecimiento. Muchos de los bebés mueren. Los que sobreviven tienen déficits neurológicos permanentes.

Donde crecimos, la muerte era algo común. Pero ¿bebés consumiéndose en sus cunas? Eso es otro nivel de mierda.

—Joder. Eso es horrible. Pero ¿qué tiene que ver conmigo? —Honestamente no sé adónde quiere llegar con esto.

—Solo estoy especulando, hermano —Extiende la mano y me toca el centro del pecho—. Pero me pregunto qué pasaría con un niño que aprendió que la única forma de recibir amor es tratar de mejorar a su madre. ¿Qué tipo de hombre crees que se convertirá ese niño? ¿A qué tipo de mujer crees que se sentirá atraído?

Me hundo de nuevo en el escritorio, agarrando el borde con fuerza. Las similitudes entre mi madre y todas las mujeres con las que he salido pasan por mi cabeza.

Mierda.

—Suena tan jodidamente obvio cuando lo dices así —admito.

—Sí. Me llevó muchos años aprender esta mierda. Pero una vez que lo ves, no puedes dejar de verlo —confirma.

—Así que básicamente estás diciendo que estoy jodidamente roto, y busco mujeres rotas para poder arreglarlas, esperando que... ¿qué? ¿Me amen?

—Tú dímelo, tío. Cuando las ayudabas a sanar, ¿qué querías que pasara en la relación? —Me entrecruzo los dedos detrás del cuello, mirando al suelo de baldosas, repasando la puerta giratoria de mierda que es mi vida amorosa.

—Quería que se quedaran conmigo sin necesitar las drogas o los otros tipos —admito.

—Porque... —me incita. Gimo. Va a hacer que lo diga.

—Porque yo sería suficiente para ellas.

—¡Ding, ding, ding! Denle un premio al caballero. —Está sonriendo, pero no parece feliz—. Sigues pensando que si arreglas a estas mujeres, entonces te amarán. ¿Y cuando se van, tío? Entonces refuerza esta creencia subconsciente que tienes de que hay algo en ti que te hace indigno de amor.

—Así que, básicamente, ¿estoy jodidamente roto?

Exhala pesadamente. —Si alguien te entregara un niño de cinco años mañana, sorpresa, tienes un hijo, ¿lo tratarías como te trató tu madre? ¿Lo dejarías solo en un apartamento infestado de cucarachas? ¿Lo matarías de hambre? ¿Lo golpearías?

Mi estómago se revuelve ante la idea. Trago el ácido que sube por mi garganta. —Ni de coña. Nunca.

—Por supuesto que no. Porque por muy mierda que fuera tu infancia, eres un buen hombre. Tu infancia te dañó un poco, pero no estás jodidamente roto. No eres una excusa patética de ser humano. Rompiste el patrón con Becca, tío. Ella no se parece en nada a las mujeres con las que normalmente sales. Tiene su vida en orden. Así que ponte las pilas y arréglalo.

Levanta las manos. —¡Eso fue jodidamente agotador, hermano!

Tengo que reírme. —¿Ah, sí? ¿Mi trauma personal te cansó?

—Sí —murmura, dirigiéndose a la puerta—. Necesito tarta. —Y se va.

Cierro la puerta con llave y me dejo caer de nuevo en mi silla, con la cabeza dando vueltas.

Joder.

¿Cómo pudo cambiar de repente todo lo que creía entender sobre el maldito mundo? ¿Qué hago ahora? ¿Cómo demonios arreglo el daño que acabo de hacer con Becca? Me estremezco al pensar en cómo reaccioné ante toda esta jodida situación. Merezco un golpe en las pelotas.

Pero mierda, ¿por qué no habría huido? Ponerse a salvo, joder. Tiene que estar a salvo. Creo que no podré sobrevivir si le pasa algo. Puedo sentir mi pulso acelerándose de nuevo. El miedo que sentí en ese momento vuelve a surgir, llenando mi cuerpo. No entiendo qué coño estaba pensando. ¿Cómo pudo hacerme esto, maldita sea?

28

BECCA

LOGRO CONTENER las lágrimas hasta que llego a la puerta en lo alto de las escaleras.

Soy tan estúpida. Había esperado que estuviéramos construyendo algo en las últimas semanas. Que él realmente me veía. Quería creer en él, en nosotros, con todas mis fuerzas. Y luego me miró como si fuera una completa desconocida. Solo quería que me abrazara. Saber que todo iba a estar bien. Y no pudo hacerlo.

No intento detener las lágrimas, dejándolas caer durante mi ducha. Mientras me pongo los pantalones de chándal y la camiseta. Durante mis búsquedas erráticas en los anuncios de *Se busca compañero de piso*. De ninguna manera me quedaré aquí más tiempo.

El sobre que Colton me dio está sobre la mesa, un mundo completamente nuevo de opciones bajo su solapa. Puedo pagar para arreglar el coche. O puedo desecharlo y usar el dinero para conseguir un lugar. No estoy atrapada. Si soy honesta conmigo misma, nunca he estado atrapada. Podría haberme ido en cualquier momento. Elegí quedarme, y bien puedo asumirlo. Yo misma me puse en esta posición.

Paso mis dedos por mi cabello mojado y exhalo algo de la tensión. Repasar todo lo que acaba de suceder no va a mejorar nada, y ya estoy harta de revolcarme en la autocompasión. No más por esta noche. Miro fijamente el refrigerador, tratando de recordar qué me queda allí para cenar. Pero todo lo que recuerdo son pepinillos.

El golpe en la puerta me congela a mitad de camino hacia el refrigerador. Solo hay una persona que podría estar al otro lado de esa puerta.

No quiero hacer esto.

Sé que viene, pero aún no estoy lista para que termine oficialmente. Si esperamos. Si nos evitamos, entonces puedo mantener viva esta pequeña semilla de esperanza en mí solo un poco más. El segundo golpe, más fuerte, me impulsa hacia adelante. Apoyo mi frente en la puerta.

—Estoy agotada, Kade. ¿Podemos saltarnos esta parte? —digo suavemente, orgullosa de lo nivelada que suena mi voz.

—Abre la maldita puerta, Becca. —La ira en su voz golpea contra mi pecho, contra mi piscina hirviente de dolor y enojo.

Se desborda.

Abro la puerta de golpe con una mirada fulminante, dejándola golpear contra la pared antes de darme la vuelta y dirigirme a la pequeña cocina. Kade cierra la puerta con un suave clic que hace que la parte posterior de mi cuello hormiguee. Esto va a salir mal. Me giro, enfrentándolo directamente. Si quiere una maldita pelea, se la daré.

Se desprende de la puerta y se vuelve hacia mí, metiendo las manos en sus bolsillos. —¿En qué demonios estabas pensando, Becca?

¿En qué estaba pensando? ¿En serio? Estoy demasiado enojada para jugar con él, para provocarlo.

—Estaba pensando que necesito proteger a las personas que me importan, Kade. Estaba pensando que tengo las habilidades y el entrenamiento para mantenerlos a todos a salvo.

El músculo de su mejilla salta. —Yo, Micah, Colt, todos estábamos allí. ¿Por qué no nos dejaste encargarnos?

—Encargarse —repito en voz baja—. ¿Querías que los dejara *encargarse*? —Mi voz se eleva —. ¿Cómo esperabas exactamente que eso funcionara, Kade? Cuando se abalanzó sobre mí con el cuchillo, ¿debería haberle dejado cortarme? ¿Apuñalarme? ¿Tomarme como rehén, tal vez? ¿Qué esperabas exactamente que hiciera?

Se pasa la mano por el pelo y gruñe. —¡No deberías haber estado allí en primer lugar, Becca! No deberías haber estado en peligro para empezar. ¿Por qué no saliste de allí? Podrías haber corrido hacia la puerta. Vi las imágenes. Tuviste una opción cuando él entró. Elegiste no irte. ¿Por qué? —Sus palabras se atropellan, cayendo una sobre otra, saliendo cada vez más rápido. Sus preguntas raspan mi piel.

—Yo... ¿En serio? ¿De verdad no lo entiendes? —¿Qué clase de persona cree que soy? ¿Cómo puede pensar esas cosas?—. ¿Por qué me iría, Kade? ¿Cómo podría irme, sabiendo que las personas que amo seguirían en peligro? Yo... no soy capaz de alejarme de alguien que me necesita. Alguien a quien puedo ayudar.

Su incredulidad me atraviesa hasta el fondo, y me quedo en el dolor mientras lo observo, frotándose el pelo, con los ojos ya no fríos. Están salvajes, saltando de mi cara a la habitación y de vuelta. Aparece un hilo de comprensión, y tiro de él, preguntándome a dónde llevará.

—Has estado esperando que me vaya, ¿no es así? —le pregunto. Su cuerpo se queda quieto, sus ojos enfocados en mis pies—. Las arreglas. A tu madre. A esas otras mujeres. Luego se van. De una forma u otra, ¿verdad? —Quiero que sus ojos estén en mí. No voy a dejar que se esconda de mí más. Si vamos a caer en llamas esta noche, quiero asegurarme de que lo pongamos todo sobre la mesa—. Kade, mírame durante esta conversación. Me debes al menos eso. —Sus ojos se elevan reluctantemente para encontrarse con los míos. Me duele ver el dolor en sus ojos—. Ya no te necesitan más, y se van, ¿verdad? —pregunto de nuevo.

Se aclara la garganta. —A veces. Ellas... se recuperan, y las envío lejos. O a veces mis hermanos, Ransom, las envían lejos. No puedo alejarme si me necesitan.

Asiento lentamente, la imagen volviéndose más clara. —Así que ahora que estoy toda 'arreglada', ¿estás listo para enviarme lejos? ¿Es por eso que me congelaste?

Su enfático "NO" es seguido por un más tranquilo, "No lo sé". Se pasa las manos por el pelo de nuevo, mirando un punto entre nosotros en el suelo. —No eres como ellas. No realmente. Me... apegué antes. Pero nada como esto. No puedo hacer esto, Becca. ¿Y si hubieras muerto hoy? No puedo perderte así. Es demasiado. Estarás más segura si no estamos juntos. —¿Más segura? Eso no tiene sentido. Nada de lo que pasó esta noche tuvo que ver con él. Pero no hay malditas garantías en la vida. Ojalá las hubiera.

—Kade, estás jodidamente perturbado —digo con una triste sonrisa. Su cabeza se sacude, sorpresa en su rostro—. Si estás buscando una relación segura, vas a tener mala suerte. Has configurado esto —digo, agitando mi mano en el espacio entre nosotros—, en tu mente para que tú... nosotros, terminemos solos, sin importar qué. O me iré porque ya no te necesito más, o me iré porque podría doler perderme. Jesús, habla de estar entre la espada y la pared. —Sacudo la cabeza, desconcertada por su lógica—. Qué manera de mierda de vivir, Kade.

Su boca se endurece y sus ojos se encienden. —No tienes la más mínima idea de lo que es

ver a alguien autodestruirse, Becca. Es destructivo para el alma.

Me río con incredulidad. ¿En serio cree que es el único que ha perdido a alguien?

—No, tienes razón. No lo sé, idiota. Pero sé exactamente lo que es ver a alguien que amas desvanecerse —sollozo, la presión en mi pecho necesitando una liberación—. Vi a mi padre desvanecerse, Kade. Lo sostuve mientras lloraba en el suelo del baño. Lo ayudé a afeitarse la cabeza cuando la quimioterapia hizo que se le cayera el pelo. Lo limpié cuando no podía controlar sus intestinos al final. Estuve allí para cada segundo, desgarrador y destructivo para el alma.

Tengo los ojos rojos, mi pérdida y dolor expuestos en mi rostro. Necesita verlo. Ver que puedo vivir con ello, maldita sea. Que lo llevo con orgullo, una señal de cuánto amaba a mi papá. Cuánto lo amo aún. —¿Y sabes qué, Kade? Lo haría todo de nuevo sin dudarlo si eso significara poder tenerlo de vuelta, aunque fuera solo por una hora. Estar ahí para las personas que amas. No es una carga. Es un privilegio —Kade está inmóvil, concentrado en mí. Me limpio los ojos, tan cansada de todo esto. Del distanciamiento, de la duda.

—Nunca te necesité —le digo, con honestidad.

Frunce el ceño y niega lentamente con la cabeza. —Todo lo que poseías estaba en tu auto, Becca. Necesitabas ayuda.

Me encojo de hombros y su boca se tensa.

—Sí la necesitabas —insiste.

—Tal vez, pero tenía más que suficiente dinero en mi billetera para un boleto de autobús a casa. Podría haber ido a un albergue o conseguido una habitación de hotel. Y tengo los nombres de al menos diez personas en esta ciudad que conocí a través del circuito de torneos que me dejarían quedarme en su sofá sin dudarlo. Estaba en una situación de mierda, Kade, sí. Pero tenía otras opciones además de ti.

Estoy tan cansada. Él está tan perdido. Estamos tan perdidos.

—Cuando te conocí —digo en voz baja—, tomé la decisión de no ejercer ninguna de ellas. Quería estar cerca de ti. Y tú estabas tan insistente en ayudar. Te dejé hacerlo.

Me acerco más a él, odiando que voy a lastimarlo, pero necesitando darle toda la verdad. —No te necesito. No te necesito ahora. Y no te necesitaba entonces —Presiono brevemente mi mano contra su pecho, queriendo sentir su calor una última vez—. Te elegí, Kade —susurro antes de bajar mi mano y moverme alrededor de él hacia la puerta, necesitando que se vaya.

BECCA

SU MANO enredándose con la mía, deteniéndome, me roba el aliento. Cierro los ojos con fuerza, sin estar segura de cuánto más puedo soportar esto.

—Ya te ibas, Becca —dice en voz baja—. Conseguiste otro trabajo, ¿recuerdas?

—Sí, Kade. Lo recuerdo —respondo secamente—. Dejé el taller por un trabajo haciendo exactamente lo que amo. Eso no significaba que iba a dejarte a ti. Tú eres el que se alejaba constantemente.

—Lo sé —dice con voz pesada. Aprieto sus dedos brevemente antes de relajarme en su agarre—. No te pareces en nada a ellas. Lo sé. Pero... simplemente no tenía sentido por qué querrías estar conmigo si no era por eso.

Puedo escuchar el peso de nuestros errores en su voz. Mi corazón se está rompiendo de nuevo. ¿Cómo puede no ver lo maravilloso que es?

—Oh, Kade. Hay mucho más en ti que lo que puedes hacer por los demás. Eres un amigo increíble. Eres un gran jefe. Eres amable y generoso. Te preocupas por la gente. Y me miras a mí, la grandota Becca, una más de los chicos, como si fuera una supermodelo. ¿Por qué no querría estar contigo? Pero si no puedes ver eso, si no puedes creerlo, realmente no hay esperanza —mi voz se quiebra al final. Tiro de mi mano, pero su agarre se aprieta.

—Colt acaba de decir lo mismo —dice con voz ronca—. Él piensa que eres lo mejor que me ha pasado.

Siento que se acerca antes de que me toque, las oleadas de calor que emana su cuerpo calientan mi espalda mientras se aproxima. Me estremezco cuando presiona su cuerpo contra el mío, sus muslos contra los míos, su entrepierna contra mi trasero.

Baja la cabeza y gruñe en mi oído:

—Cuando te atacó con ese cuchillo, Bec, joder, ese fue el peor momento de mi vida, con diferencia.

Sus manos agarran mis brazos, atrayéndome más cerca hasta que no puedo distinguir dónde termina él y dónde empiezo yo.

—De alguna manera... te convertiste en todo para mí durante el último mes. Es jodidamente aterrador. Así que sí, me alejé —sus manos se aprietan en mis hombros—. Pero saber que podías ser arrebatada de mí en esa oficina, en ese momento... fue jodidamente horrible. Pero —hace una pausa, aclarándose la garganta—, lo dejaste inconsciente, Becca. Yo... joder. Tenías a ese pedazo de mierda fuera de combate antes de que pudiera llegar a ti.

Me tenso, preocupada por lo que va a decir a continuación.

—Estabas tan frío, Kade. Me mirabas como si fuera una extraña.

Lo siento asentir y exhalar.

—Lo siento. Estaba... luchando conmigo mismo. Por no haber podido protegerte. Por perderte. No tengo idea de cómo manejarte, Becca. Eres mucho más de lo que esperaba. De lo que he tenido jamás... No me necesitas —su voz está teñida de asombro.

—No —estoy de acuerdo, con esperanza y miedo luchando dentro de mí.

—Podrías irte en cualquier momento —murmura.

—Sí. Podría.

Y lo haré si tengo que hacerlo.

Pero la pequeña chispa de esperanza en mi pecho está creciendo. Las manos de Kade se deslizan por mis brazos, tomando mis manos y apretándolas antes de levantar nuestros brazos y cruzarlos sobre mi pecho. Estoy enjaulada. Rodeada por él. Y a pesar de todo el dolor de hoy, el sufrimiento, de alguna manera todavía se siente como mi hogar.

—Colton volvió esta noche —su voz retumba suavemente en mi oído—. Señaló algunas cosas que realmente necesitaba escuchar. Y bueno... supongo que voy a tener que esforzarme para mantenerte conmigo —mi respiración se entrecorta mientras continúa—. Soy un bastardo obstinado, Becca. Te amaré tan bien que nunca querrás dejarme. No quiero perderte, así que me aseguraré de que mi estupidez no arruine esto de nuevo. Lo siento mucho, joder —sus brazos se aprietan mientras me apoyo en él, dejando que mis lágrimas se derramen.

—¿Amor? —pregunto alrededor del nudo en mi garganta. Esa esperanza crece un poco más, pero con ella viene el miedo. Miedo a que encuentre otra razón para irse.

—Te amo tanto, joder. Más de lo que jamás creí posible —susurra, meciéndome lentamente hasta que el torrente de lágrimas se convierte en una llovizna.

—¿Crees que podrás perdonarme? —pregunta vacilante. Inhalo y exhalo profundamente, concentrándome en el pomo de la puerta.

¿Puedo perdonarlo?

—Sigues alejándome. Siempre estás buscando lo malo, Kade —digo con voz espesa.

Asiente, su mandíbula rozando mi sien, pero me deja continuar.

—No quiero estar en una relación así. Necesito a alguien que esté de mi lado, no a alguien que busque mis debilidades. Yo... no puedo sentir siempre que tengo que estar en guardia contigo, esperando a que te vuelvas loco.

Su respiración se entrecorta e intenta girarme en sus brazos. Me resisto, aferrando sus manos con más fuerza. No puedo mirarlo durante esta conversación. Es demasiado.

—Puedo ser ese hombre, Becca. Estoy de tu lado. Lo juro, joder —dice firmemente—. Haré lo que sea necesario para arreglar esto. Para poner mi cabeza en orden —escucho lo seguro que está. Pero pensé que estaba seguro antes. Tomo otro respiro profundo y lo dejo salir.

—Esto no volverá a pasar, Kade —le digo con calma—. Si vuelves a hacer esta mierda, si vuelves a alejarme, se acabó. No te permitiré que me trates así. No me importa cuánto te ame. Me iré.

Sus brazos se tensan reflexivamente cuando digo la palabra "ame". ¿No lo sabe? ¿Cómo podría no saberlo? Pensé que estaba emitiendo esas tontas feromonas de mujer enamorada o algo así. Me acurruca contra él aún más fuerte, su cabeza presionando contra la mía. Sus labios descansan en la comisura de mi boca.

—Eres la mejor persona que conozco —dice con voz entrecortada—. Si estoy perdiendo el control, prometo que hablaré contigo o con Colton hasta que tenga la cabeza en su lugar. Nunca volveré a darte una razón para dudar de mí. Nunca volveré a poner mis mierdas sobre ti. Soy tuyo, Becca, completamente.

Dejo que sus palabras se asienten en mis huesos. La certeza en ellas alivia el dolor.

No puedo saber qué depara el futuro, y honestamente, prefiero sorprenderme, pero si de mí depende, habrá mucho de Kade en él.

Pero estaba diciendo la verdad. No permitiré que esto vuelva a suceder, que se convierta en algún patrón tóxico en nuestras vidas. A veces, irse es lo más inteligente que puedes hacer. Y soy una mujer muy inteligente.

Nos quedamos de pie, presionados juntos, meciendo lentamente el dolor. Giro ligeramente la cabeza, absorbiendo los suaves besos que Kade está presionando en mi rostro. Su voz finalmente rompe el silencio pacífico.

—¿Por qué no me dijiste que eras una jodida ninja?

Me río y me giro en su abrazo, envolviendo mis brazos alrededor de su cintura, encontrándome con sus cálidos ojos.

—¿Ninja? ¿En serio?

—Le pateaste el culo sin sudar una gota, Becca. ¿Cómo es que no sabía que podías hacer eso?

Sacudo la cabeza, desconcertada.

—Te dije que crecí en un dojo. Que estoy trabajando en uno ahora. Enseño defensa personal, Kade —tengo que reírme. Este hombre. ¿Cómo puede ser tan despistado? Me pongo de puntillas, alineando nuestras bocas—. Kade —susurro—, soy una maldita ninja.

Me trago su risa mientras presiono mi boca contra la suya. Sus brazos son bandas apretadas a mi alrededor, recorriendo mi espalda de arriba abajo. Su beso es urgente, feroz. Como nada que haya sentido antes. Él se siente diferente.

Nos sentimos diferentes.

Como si el velo que estaba entre nosotros, manteniéndonos separados, hubiera sido arrancado. Esto es lo que quería. Su pasión, su enfoque obsesivo. Su amor. Por primera vez, siento que puedo tocarlo de la manera que he deseado.

Deslizo mis manos bajo su camiseta, subiéndola a medida que avanzo. Aparto mi boca de la suya, y él gime en protesta. El gemido se convierte en un jadeo cuando presiono mi boca contra su estómago, viajando por la línea de vello oscuro, hacia sus pezones. Es poderoso con la ropa puesta.

Pero debajo...

Bueno, Thor no tiene nada que hacer con él.

Y es todo mío. No puedo resistirme a lamer y morder esos pezones oscuros, y su estremecimiento envía pequeños rayos a mi coño. Sus manos se enredan en mi pelo mientras lo saboreo, añadiendo un mordisco a la experiencia que me hace sonrojar. Kade me levanta, hundiendo su cabeza en mi cuello.

—Eres tan jodidamente perfecta. Tu sabor... mierda, te quiero toda —sus palabras frenéticas están amortiguadas en la piel de mi cuello.

Sí. Sí. Todo lo que puedo pensar es sí. Lo quiero todo. Lo quiero todo de él.

Jadeo cuando siento que mis pies descalzos dejan el frío y desgastado suelo de linóleo. Mi pelo mojado se balancea y se desliza contra los brazos de Kade, que me rodean con fuerza mientras me lleva hacia la cama. Me tomo un momento para maravillarme de su fuerza, de la facilidad con la que me está cargando.

Ni siquiera gruñó. Ni siquiera un poquito.

Algo en el hecho de que me levante es tan jodidamente caliente que dispara mi necesidad al cien.

Mi estómago se contrae en anticipación de tener ese cuerpo fuerte y cincelado

presionándome, empujando, embistiendo. Sirviéndome. Quiero dejarlo destrozado. Me robaron anoche. Necesita compensarme ahora.

Luego, la frescura de la sábana está contra mi espalda, las firmes manos de Kade tirando y arrancando mi camiseta, casi desgarrando mi sujetador.

Ambos estamos urgentes, frenéticos. Se siente como si estuviéramos en un tren sin control, y absolutamente nada nos detendrá esta vez. Más le vale. Si se aleja, literalmente lo mataré. Estoy jadeando, apretando mis dedos en su camiseta, arrastrándola sobre su cabeza, nuestras bocas separándose a regañadientes antes de chocar juntas de nuevo.

No puedo respirar.

No me importa.

Kade arranca su boca de la mía.

—Dios, hueles tan bien. Quiero más. No puedo creer que seas mía. He estado duro como una roca desde el día que te conocí.

Su boca está mordisqueando, chupando, lamiendo. No puedo pensar, la sensación hace que mis piernas se aprieten, mis manos agarrando su pelo. Pierdo el agarre cuando sus dedos se deslizan bajo la cinturilla de mis pantalones y bragas, tirando de ellos y quitándomelos de los pies descalzos. El aire fresco me hace cosquillas en los pliegues húmedos y los suaves rizos. Luego está ahí, empujando entre mis piernas. Siento el material de sus pantalones de vestir rozándome, la cremallera presionando contra mí.

Gimo de frustración por la sensación y le ladro:

—Kade, quítate los malditos pantalones. ¡AHORA!

Él murmura y se aleja, jadeando. Su cara está aturdida mientras me mira, sus ojos recorriendo mis pezones húmedos, bajando por mi suave estómago, deteniéndose en mi coño, abierto y expuesto para él. Gruñendo, se lanza hacia mí. Chillo, cerrando mis piernas de golpe y empujándolo en el pecho con ambos pies.

—¡PANTALONES! ¡AHORA! No puedes tenerlo hasta que te desnudes, Kade.

Sus ojos se agudizan, y se enfoca de nuevo en mí, sacudiéndose su aturdimiento.

—Joder. Pantalones —no pierde el tiempo, desesperadamente quitándose el resto de su ropa. Mientras se baja los pantalones y la ropa interior, tengo mi primera vista de todo él. La forma en que está jadeando hace que todos sus músculos se contraigan y flexionen, su polla golpeando contra su estómago. Aprieto mis piernas aún más para aliviar el dolor, pero no ayuda. Lo único que lo arreglará es tener esa gran polla dentro de mí.

Sus maldiciones ahogadas mientras baila tratando de desenredar sus pantalones me hacen reír. Este hombre está tan loco por mí, tan frenético por mí que ha perdido completamente la compostura. Hay algo tan embriagador en tener a este hombre poderoso ardiendo por mí. Es como una persona completamente diferente del hombre que conocí fuera del garaje esa noche.

Ya no está frío.

Kade finalmente patea sus pantalones al otro lado de la habitación, luego agarra bruscamente mis tobillos, separando mis piernas mientras se acomoda entre ellas de nuevo. Lo hago trabajar por ello. Ganárselo. Emocionada cuando me domina.

Lo quiero tanto.

Quiero su cabeza entre mis muslos, su boca bebiéndome, haciéndome gritar. Pero estamos demasiado salvajes. Demasiado necesitados. Tengo un poco de miedo de que esto sea un sueño. Que si esperamos más tiempo él desaparecerá y me quedaré sola, vacía y adolorida.

Siento el calor de él deslizándose entre mis labios mientras se baja hacia mí, entrelazando sus manos bajo mis hombros, su boca presionando contra la mía. Sus caderas se mueven, buscando

hasta que nos alinea.

De repente, aparta su boca.

—Mierda. Condón —se empuja para alejarse de mí, pero envuelvo mis fuertes piernas alrededor de las suyas, sujetándolo contra mí.

—Estoy tomando la píldora.

Sus ojos buscan los míos antes de que una lenta sonrisa se extienda por su rostro. No hay más paradas después de eso. No más risitas. Kade se apoya en sus codos, presionando su pecho contra el mío. El roce de su vello pectoral sobre mis pezones me hace jadear. Se echa hacia atrás, chupando mi pezón en su boca, las profundas succiones haciendo que mi coño se contraiga. Mis piernas están inquietas, mis pies frotándose arriba y abajo por la parte posterior de sus muslos. Se aleja, haciéndome gemir de frustración. Alcanzando hacia abajo, pasa sus dedos por mis labios empapados, murmurando mientras toca mi clítoris.

—Ni se te ocurra —jadeo—. Ya estoy al límite. ¡Te quiero a ti!

Él se ríe oscuramente pero obedece. Hombre inteligente. Siento la cabeza de su polla presionando contra mí, una, dos veces. No es pequeño, y ha pasado mucho tiempo, pero en el tercer empujón, lo dejo entrar. Gemimos juntos cuando está completamente dentro, su hueso púbico presionando contra mi clítoris. Envuelvo mis piernas alrededor de él de nuevo y alcanzo para clavar mis cortas uñas en su fabuloso trasero. No soy lo suficientemente fuerte para controlarlo en esta posición, pero él capta el mensaje.

Toma mis labios con los suyos, pero ambos estamos demasiado absortos para mantener un beso. En su lugar, nuestras bocas se presionan juntas mientras jadeamos y gemimos. Hay tanto calor. Nuestros cuerpos están resbaladizos por el sudor. Es todo lo que esperaba que fuera.

Él es todo lo que esperaba que fuera.

Y a juzgar por los ruidos que está haciendo, le estoy volando la cabeza.

Es una bestia de carga, embistiéndome una y otra vez hasta que estallo. Me sostiene, moviéndose suavemente mientras cabalgo las olas, apretándome a su alrededor. Relajo mis dedos, bastante segura de que le dejé algunas marcas desagradables en el trasero. Envuelvo mis brazos alrededor de sus hombros, atrayéndolo más hacia mí.

—Ahora tú. Ahora, Kade, ahora.

Él sacude la cabeza.

—Aún no. Eres tan hermosa, nena. Necesito que te corras de nuevo. Juntos, nena, somos fuego.

De ninguna manera voy a decepcionarlo, así que aprieto mis brazos a su alrededor y abro más las piernas, sintiendo el estiramiento en mis muslos internos. Mejor darle más espacio para trabajar.

Y vaya que trabaja.

Hasta que no existe nada más que nosotros dos, y estoy gritando su nombre. Solo entonces, cuando mis temblores disminuyen, finalmente se deja ir, sus embestidas se vuelven más fuertes, más erráticas.

—Te amo, te amo, te amo —gime mientras se corre, sus caderas desacelerando, cabalgando el clímax.

Mientras nuestra respiración se ralentiza, sale de mí con un mordisco en mi cuello. Me recoge, metiéndome debajo de él, segura, protegida.

Kade está repartiendo suaves besos por mi rostro, mis párpados, bajando por mi mandíbula.

—Nunca lo supe —susurra entre besos—. No sabía que podía ser así, Becca.

Murmuro en acuerdo y le doy una palmada en el hombro.

—¡Imagina lo que te has estado perdiendo! Podríamos haber estado haciendo esto todo el tiempo, idiota.

Su risa retumba a través de mí, pero retira la cabeza para mirarme, su sonrisa desapareciendo lentamente mientras niega con la cabeza.

—No, nena. No habría sido así.

Sus dedos frotan suavemente mi pómulo. Su atención se volvió hacia adentro por un momento antes de volver a mí. Sus ojos están un poco perdidos. Un poco tristes. Desearía poder borrarlo todo por él, pero no puedo. No quiero. Amo al hombre que es, así que tal vez tengo que amar todo lo que lo hizo ser quien es ahora.

Incluso las cosas dolorosas.

Los dedos de Kade viajan hacia arriba, trazando mis cejas, acariciando mis pestañas. Tener a un hombre tan duro tocándome tan suavemente es simplemente... todo.

—No estaba listo para ti, Becca —admite—. Sabía que eras diferente... pero no me di cuenta de que yo también podía serlo. —Suspira, inclinándose para frotar su nariz a lo largo de mi mejilla—. Lo siento tanto por haber tardado tanto. Siento haberte herido.

Se había disculpado antes, pero aquí, en la paz después de la tormenta, sus palabras se sienten más profundas. Más verdaderas. Las dejo hundirse profundamente, a través de mi piel y músculos, hasta que se asientan allí, justo en el medio de mi pecho. Le sonrío, lista para seguir adelante. Para dejar ir las defensas, las protecciones alrededor de mi corazón.

Enredo mis manos en su cabello.

—Lo sé. Ya pasó. Acepto tu disculpa. —Mi nariz se arruga mientras mi sonrisa se hace más grande—. Es hora de las enmiendas —digo mientras presiono la parte superior de su cabeza, empujándolo hacia abajo por mi cuerpo.

La sonrisa de Kade coincide con la mía mientras se desliza entre mis piernas, sus anchos hombros separando mis muslos.

—Puede que me tome un tiempo. Tengo un montón de malditas enmiendas que hacer.

—Tómate tu tiempo —murmuro, dejándome deslizar en la sensación de él. De nosotros.

Nos sentimos jodidamente increíbles.

BECCA

—VAYA MIERDA.

Aunque sé que Kade es un maldito multimillonario, de alguna manera no esperaba esto. Hay muchos rascacielos en esta ciudad, y admito que este es uno de los más bonitos. Conducir hasta el estacionamiento subterráneo y pasar por una puerta de seguridad adicional para llegar al área de estacionamiento privado me dio una pista. Pero fue el ascensor privado con seguridad de huellas dactilares lo que realmente me hizo darme cuenta.

Becca, ya no estás en Kansas.

El brazo de Kade está cálido alrededor de mi cintura. Me apoyo en él mientras tomamos el rápido y suave viaje hacia arriba. —Dime otra vez —le pido—, ¿quién va a estar allí?

Estoy un poco nerviosa. Es decir, no todos los días conoces a la familia de tu novio. ¿El hecho de que sean multimillonarios? Uf, lo que sea. A estas alturas no me podría importar menos. Pero ¿el hecho de que sean la familia de Kade? Bueno, quiero causar una buena impresión. Sé con certeza que ya han estado hablando de mí. Colton lo ha confesado. Solo hemos sido pareja por un tiempo, pero nuestra relación ha sido intensa.

Quiero decir, le rompes la pierna a un tipo y de repente están cotilleando como un grupo de gallinas. Estos chicos parecen estar muy metidos en los asuntos de los demás. Sí, trabajan juntos, pero es mucho más que eso. Tienen un grupo de texto que suena todo el día. Es ridículo, y deseo desesperadamente que me agreguen.

Es extraño para mí, pero me encanta que Kade lo tenga. Este gran grupo de hombres rebeldes que lo aman y siempre lo respaldan. Pero sé que es porque lo aman que van a juzgarme. Buscando defectos. Buscando razones por las que no soy lo suficientemente buena para él.

Desearía poder decir que no me importa si les agrado, pero eso no es completamente cierto. Suenan como un grupo de salvajes despiadados, y realmente quiero estar dentro. Quiero estar en ese club. Sé que tengo a Kade, Colton y Micah de mi lado, pero los otros son desconocidos.

Kade me atrae más cerca, presionando sus labios contra mi sien. —Todos —dice—. No necesitas preocuparte por los chicos. Están predispuestos a que les agrades porque Colton ha estado hablando maravillas de ti. Aunque Ransom...

—Claro. Ransom piensa que voy a robarte hasta dejarte en la ruina —digo con una sonrisa burlona.

Kade gime. —Él no... bueno, tal vez un poco. Conoces mi historia. Ha tenido que ahuyentar a algunas mujeres a lo largo de los años. Las que realmente...

—Clavaron sus garras en ti —termino. Realmente odio la expresión en su rostro ahora mismo. Como si estuviera reviviendo cada error que ha cometido.

Me giro hacia él, envolviendo mis brazos alrededor de su cintura, presionando mi cuerpo

contra el suyo, pecho contra muslo. Deslizo mis manos por su espalda hasta que tengo un buen puñado de trasero. Levantándome de puntillas, presiono mi boca contra la suya. —De ahora en adelante, las mías serán las únicas garras que se claven en ti —susurro—. Puedo prometerte eso.

Él toma mi boca con una sonrisa, sus manos enredándose en mi cabello, tirando de mi cabeza hacia atrás para poder saquear. Me encanta cuando hace eso. Me dan ganas de jugar a la pirata y la doncella. Él puede hacerme jugar en su tablón. Me presiona contra la pared del ascensor, empujando hacia arriba, su muslo se eleva para presionar contra mí justo en el lugar correcto...

...Y estamos cayendo. De alguna manera, Kade logra girarnos para que yo caiga encima de él con un "uf". Mis manos van inmediatamente a la parte posterior de su cabeza, y suspiro de alivio cuando no siento ningún golpe. No es mi mejor entrada, pero de nuevo, está lejos de ser la peor. El asunto de las bragas de Tokio en mi cabeza fue mucho más vergonzoso. ¿Caer de un ascensor mientras me besuqueo con un chico guapo? Eso es bastante genial. Me inclino para tomar la boca de Kade de nuevo, deslizándome de vuelta a mi fantasía pirata cuando las voces penetran.

—Ohhh, Chad. Los atletas rusos van a perder puntos por ese desmonte. Será toda una sorpresa si los finlandeses lo toman por detrás.

—Tomarlo por detrás es realmente de lo que se trata todo esto, Bruce. Si Dixon está buscando una victoria aquí, tendrá que tomarlo duro.

La risa estalla en mí. Riendo y resoplando, apoyo mi cabeza en el pecho de Kade, tratando de componerme. Pero luego la tercera voz se une.

—Vamos, chicos. Saben que Dixon ha demostrado que puede soportar una paliza. Lo ha hecho una y otra vez. Y simplemente sigue viniendo... y viniendo.

Las voces falsas de comentaristas deportivos, la entrega seria me tienen literalmente rodando. Me caigo de Kade, desplomándome de espaldas en el suelo de concreto, con lágrimas corriendo por mi cara.

Estos idiotas.

Son geniales.

Kade está maldiciendo y tirando de mí para que me siente, y yo no soy de ninguna ayuda, mis extremidades flojas, incapaz de hacer otra cosa que reír y resoplar. Finalmente suspira profundamente. Lo escucho reír, sin embargo, luego se desliza detrás de mí, sosteniéndome.

Todavía riendo, me limpio las lágrimas de la cara. Cuando me tengo un poco bajo control, me desplomo contra su pecho, estudiando a los tres idiotas frente a mí.

Colton está ahí, por supuesto. Hemos comenzado a pasar tiempo juntos en el Dojo, y me alegra informar que es igual de idiota allí. Los otros dos no los he conocido todavía, aunque tengo la sospecha de que el que lleva el cárdigan con sus pantalones de chándal debe ser Jonas. Mentalmente me abofeteo por imaginarlo diferente. Cuando Kade mencionó que está en el espectro, de alguna manera no imaginé a este tipo. Alguien que bromearía con sus amigos. Y eso es realmente jodido. Tengo que hacerlo mejor. El otro tipo, bueno, no tengo ni idea, aunque por supuesto es guapo, incluso vistiendo pantalones de chándal.

—Hola —digo, dándoles un saludo flojo—. Soy Becca.

El chico guapo sonríe. —Nick —dice, luego señala al otro tipo—. Ese es Jonas. —Jonas sonríe, brevemente encontrándose con mis ojos, luego se da la vuelta y se aleja.

—¡Adiós Jonas! —grito. Él saluda por encima del hombro, y vuelvo mi atención a Nick. Juro que todos estos tipos salieron directamente de una revista de fitness—. Entonces, ¿cuál eres tú de nuevo? ¿Cuál es tu superpoder?

Él sonríe, mostrando un conjunto asesino de hoyuelos. —Ah, hermosa dama... convenzo a la gente para que nos dé lo que queremos. —Su voz es rica, suave, con un toque de acento hispano.

Le pagaría para que me leyera las partes picantes de mis libros favoritos.

Sin dudarlo.

Hago un espectáculo de abanicarme. —Oye, um... ¿podrías decir "sus exuberantes muslos presionaron contra sus orejas mientras él lamí-"

—¡Becca! —grita Kade—. Nick, ni se te ocurra hacerlo. —Está mirando a Nick. Nick se está riendo, y yo todavía realmente quiero que lo diga.

El ascensor detrás de nosotros se abre de repente. Micah sale del ascensor, extendiendo la mano para chocar los puños. —Becca —dice con una sonrisa. Luego, otro chico alto sale con dificultad del ascensor. No es tan alto como Micah y Kade, pero, ¿quién lo es? Lleva una sudadera negra con capucha y carga... tres bolsas gigantes de esas pelotas de colores de las piscinas de bolas para niños.

—Declan —dice Micah, guiñándome un ojo y señalando al chico. Declan finalmente logra salir del ascensor, maldiciendo y jurando, revelando a los dos últimos ocupantes.

De repente me doy cuenta de que debería levantarme del suelo del vestíbulo e intentar actuar como una adulta. Me pongo de pie, sonriendo, y extiendo mi mano al siguiente chico que sale. Parece que acaba de salir de una sesión de fotos de GQ. Su cabello perfectamente despeinado, su traje aún inmaculado. Sus brillantes ojos oscuros insinúan su ascendencia asiática. El parecido con Jonas es sorprendente; tiene que ser su hermano.

—Hola, Zach —digo—. Es un placer conocerte por fin.

Su lenta sonrisa es demoledora. Sus ojos me recorren de arriba abajo, luego toma mi mano, llevándola a su boca y presionando un suave beso en mi palma. Murmura un saludo mientras lo miro con los ojos muy abiertos.

—Vaya —murmuro—, apuesto a que te va muy bien con las chicas. Las dejas caer como fichas de dominó, ¿no es así?

Él se ríe, dejando caer el acto de playboy, y se encoge de hombros. —Me va bien. Es realmente agradable conocerte por fin, Becca. Kade está siendo egoísta, guardándote para sí mismo. Ya era hora de que vinieras a la cena familiar.

—Muévete, Romeo —se escucha una voz áspera.

Zach retrocede y sale otro chico de pelo oscuro en traje, este no se ve tan cómodo en él como Zach. Y, por supuesto, lleva un montón de patinetas en los brazos.

¿Por qué no habría de llevarlas?

—¡Colton! —grita, mirando por encima de mi cabeza—. Ven a buscar estas malditas cosas. —Luego baja la mirada hacia mí, estudiándome hasta que finalmente una pequeña sonrisa cruza su rostro—. Hola. Soy Maverick. —Sus ojos son amables, pero se ve muy cansado. ¿Está trabajando demasiado como lo hacía Kade? ¿O es algo más?

Le devuelvo la sonrisa. —Lo siento. Sé que es tonto. Estoy segura de que te lo han preguntado un millón de veces, pero...

Él niega con la cabeza, arrugando la frente. —No es un apodo. Mi madre estaba obsesionada con Top Gun.

—Entiendo. Bueno, chico con el nombre más genial de todos, es un placer conocerte.

Somos interrumpidos por el gran cuerpo de Colton empujando entre nosotros. —Esto va a ser épico, Mav. No tienes idea.

Está emocionado, sus palabras se atropellan. Empuja su trasero contra mi estómago, retrocediendo, obligándome a dar un paso atrás. Lo agarro con mi brazo izquierdo, luego deslizo mi mano derecha debajo de su camiseta, agarrando firmemente su pezón y retorciéndolo hasta que cae al suelo gritando.

Kade se ríe de nuevo, luego se acerca por detrás. —Parece que te las vas a arreglar muy bien, nena. Iré a buscarte una cerveza. —Me da un beso rápido y ardiente en los labios, deslizando su lengua antes de alejarse.

Maverick está mirando a Colt, que actualmente me está maldiciendo mientras rueda por el suelo, agarrándose el pezón. Sus hombros empiezan a temblar. Luego las carcajadas salen de él. No se agacha para ayudar ni ofrece ninguna simpatía. No, deja caer las patinetas encima de Colt, lo pasa por encima y me rodea los hombros con su gran brazo.

—Esto va a ser divertido —murmura.

Maverick me guía fuera del vestíbulo al que se abre el ascensor, y mis pies tartamudean cuando veo el ático en el que estamos. Juro que he estado en estadios más pequeños. Todo el lugar tiene un ambiente industrial, con acero y hormigón por todas partes. Los suelos son de hormigón pulido. Aparte de una enorme mesa de comedor y una sala de estar con tres grandes sofás y sillones de aspecto acogedor, no hay mucho mobiliario.

Parece tan vacío, y realmente no lo entiendo hasta que Colton pasa rodando junto a mí en una patineta, con el resto de ellas agarradas en sus brazos. No es muy buen patinador, pero logra mantenerse en pie, lanzando patinetas a los chicos mientras avanza. Pronto Declan, Zach, Kade y Jonas están patinando por el lugar, girando y haciendo otros trucos que he visto hacer a los patinadores.

No deberían ser tan gráciles en las patinetas, estos tipos grandes y poderosos. Pero lo son. Aunque Declan y Nick chocando y cayendo al suelo aportan algo de claridad a la vasta vacuidad del ático. Son un montón de niños crecidos. Cualquier cosa extra aquí acabaría rota en un día.

Maverick me guía hacia la cocina antes de disculparse. Estoy bastante segura de que es más grande que dos cocheras, llena de acero inoxidable y encimeras relucientes. Pero de alguna manera, el tipo que está allí hace que parezca pequeña. No es solo su tamaño. Es un tipo grande, seguro, pero también lo son los demás. Es su presencia. Su vigilancia. Tiene energía de hermano mayor duro por días.

Honestamente, todos parecen estar emparentados. Pelo oscuro, altos, complexión poderosa. Me pregunto si Ransom lo hizo a propósito cuando construyó esta familia. ¿Como una cosa de no se permiten rubios?

Cruzamos miradas mientras rodeo la isla, saltando para sentarme encima. Él saca una cerveza de la nevera, destapándola y pasándomela con un asentimiento. La tomo con una sonrisa, dando un sorbo mientras miro alrededor del impecable espacio.

—Esa estufa parece nueva —digo, señalando con mi botella—. ¿Tú tampoco sabes cocinar?

Los ojos de Ransom no dejan mi cara. Parece que me está diseccionando, tratando de hacerme retorcer. Intento contenerme, pero es demasiado.

Resoplo.

Luego resoplo un poco más, y sí, ahí van las risitas-resoplidos. Ransom levanta una ceja, mirándome severamente, lo que solo me hace estallar de nuevo.

—Lo siento —digo entre risitas—. Es solo que... eres tan lindo, todo protector y gruñón. —Me limpio los ojos, suspirando, antes de sonreírle ampliamente. Ahora tiene ambas cejas levantadas, pero ya no parece tallado en piedra—. Lo entiendo, tío. —Me río de la forma en que sus ojos se abren ante la palabra "tío"—. Eres protector con mi chico. Ya te quiero por eso. Pero esa mierda —imito su ceño fruncido— no funciona conmigo. Si quieres saber algo, solo pregunta.

Cuidadosamente deja su cerveza, luego se apoya contra la encimera. La tensión en su cuerpo sigue ahí, pero menos.

—¿Por qué no funciona contigo? —pregunta.

Me encojo de hombros. —Una combinación de cosas. Tal vez tener que enfrentarme a competidores en torneos. Posiblemente enfrentarme a un tipo desquiciado con un cuchillo. Pero más probablemente —hago una pausa, eligiendo cuidadosamente mis palabras—. He visto a alguien que amo morir lenta y dolorosamente. El dolor de eso... bueno, que alguien me juzgue apenas me afecta.

—Mmm —murmura él, pareciendo sumido en sus pensamientos—. Kade es mi hermano —gruñe—. No quiero que salga lastimado.

—Lo entiendo —le digo. Nos miramos fijamente, con los golpes y gritos de los chicos como un estruendo de fondo. Es fácil para mí ignorarlo—. ¿Es aquí donde discutimos mis intenciones? —pregunto seriamente.

La comisura de su boca se contrae. Es breve, pero tomaré la victoria. —Sí. Es donde discutimos lo que te pasará si lo jodes.

—Si lo jodo —repito lentamente—. ¿Qué significa eso exactamente?

—Quiero decir —dice deliberadamente—, que si lo lastimas. Si le robas. Si le mientes. Te. Las. Verás. Conmigo.

Flexiono los dedos de los pies, pensando en su amenaza. —Suena justo —digo con una amplia sonrisa.

Él baja los brazos y se endereza. —¿Así de simple? —pregunta con sospecha.

—Sí —digo, dándole una sonrisa burlona—. No tengo planes de hacer nada de eso. No es quien soy, y eventualmente lo verás. No engaño. No miento. No robo, excepto una vez. Pero esa perra se lo merecía. —Ese perro está mucho mejor ahora también. Comiendo estofado casero para la cena y durmiendo en su propia cama individual.

—¿Cuál es tu ángulo entonces?

—Mi ángulo... —me detengo, más que un poco confundida.

Su boca se tensa. —Todos quieren algo, Becca. ¿Qué quieres tú?

—Oh —digo en voz baja.

—¿Por qué te ves tan triste? —pregunta, con las cejas fruncidas.

—Supongo que tienes razón, todos tienen un ángulo, pero nunca lo habría expresado así. El hecho de que tú lo hagas me... hace sentir un poco de pena por ti.

—¿Pena por mí? —Levanta las cejas—. ¿Tú, la chica sin hogar, viviendo en su coche, sientes pena por mí? ¿Has mirado a tu alrededor?

Mi risa hace que sus cejas bailen. —Eso tampoco funcionará conmigo. No me avergüenzo de mi situación cuando conocí a Kade. No me avergüenzo de ella ahora. —Dejo que mi sonrisa desaparezca—. Miras a las personas y ves que están jugando un ángulo. No pretendo entender realmente todo lo que ustedes pasaron al crecer, pero supongo que esa perspectiva funcionó para ti. Tal vez porque se trataba más de supervivencia. Pero yo no veo a las personas de esa manera.

—Pero quieres algo —dice rotundamente.

—¡Por supuesto que sí! Si lo piensas, sobre de dónde vengo, no es tan difícil de averiguar.

Veo sus engranajes girando, luego la lenta realización. Mira más allá de mí, observando a sus hermanos. —Quieres esto —dice, aún estudiándolos.

Me giro para mirarlos también, riendo cuando Jonas y Declan chocan y caen uno encima del otro.

—Sí —digo cuando sus ojos se vuelven hacia mí—. Crecí con el mejor papá del mundo. Sé lo que es tener a alguien en mi vida en quien pueda depender. Y pensé que había construido una comunidad, pero no era lo suficientemente fuerte. Cuando las cosas se pusieron difíciles... se

fueron. Llegué a un punto en el que nadie en este mundo me amaba. Tenía conocidos. Gente que me agradaba. Pero nadie que realmente me amara y quisiera estar ahí para mí.

—Así que sí, quiero todo esto. Quiero tener raíces. Conexiones. Quiero ser amada. Quiero ser parte de una familia otra vez. —Le sonrío—. Amo a Kade. No lo cambiaría por nada. Pero realmente, realmente me gustaría tener algunos hermanos mayores también. —El hielo en los ojos de Ransom está empezando a derretirse—. No espero que suceda de la noche a la mañana. Sé que tengo que ganarme ese lugar. Pero soy muy persistente. Y súper adorable. Antes de que te des cuenta, me verás como una molesta hermana menor.

—No te vas a ir a ninguna parte, ¿verdad? —dice finalmente, con un atisbo de sonrisa asomando.

—Nop —digo, radiante.

—Ya veremos. —Ocultando su sonrisa, saca su teléfono—. Te estaré vigilando. —Luego asiente y camina hacia el ascensor.

Va a ser el mejor hermano mayor. Lo sé.

Kade entra, empujando entre mis piernas hasta que me tiene envuelta alrededor de él. —¿Estás bien? —pregunta, rozando mi cuello con su boca.

—Sí —digo, inclinando la cabeza para darle mejor acceso—. Amo a tu hermano. —Siento su sonrisa contra mi piel.

—¿Te dio el discurso de "te estoy vigilando"?

—Sí —digo con una risa—. Fue muy intimidante y gruñón.

—Sí, pareces totalmente intimidada —dice, riendo.

—Nos entendemos. Con el tiempo se ablandará.

—Bien —murmura.

—¡Llegó la comida! —grita Ransom desde el ascensor. Los chicos se lanzan de sus patinetas y corren para agarrar las bolsas de comida. Kade me agarra el trasero, levantándome de la isla para llevarme a sus brazos mientras las bolsas y los hombres descienden sobre nosotros.

La comida es un caos organizado. Todos gritando y empujando. Quejándose. Pero también hay un montón de bromas y risas. Incluso Maverick, con los ojos cansados, parece energizado por ello. Es hacia el final de la comida cuando finalmente hago la pregunta que no puedo creer que nadie más haya hecho.

—Declan —digo, viéndolo recoger los últimos fideos—, ¿qué vas a hacer con todas esas pelotas?

Se congela, con el tenedor a medio camino de su boca. Su sonrisa es malvada, y me envía un escalofrío por la espalda. Colton ya se está riendo en el otro extremo de la mesa. Él sabe lo que pasa. Esto va a ser bueno. —Hipopótamos Hambrientos —dice casualmente, metiéndose el resto de su comida en la boca.

Mis ojos se agrandan, la emoción inunda mi cuerpo mientras escaneo la habitación. ¡Por supuesto! Las patinetas, la canasta de la ropa, pero... —¿Dónde están las otras canastas? —pregunto con el ceño fruncido.

Declan se congela. Mira a su alrededor frenéticamente antes de hundirse en su silla. —Las olvidamos, mierda —dice, cubriéndose la cara.

—No —gimo, dejando caer la cabeza en mis manos—. ¡Espera! —grito, saltando de mi silla.

Mientras el resto de los chicos observan, confundidos, agarro a Declan por la sudadera y lo saco de su silla. Lo arrastro hacia la gran estantería en la sala de estar, dando una palmada en la cabeza de Colton mientras pasamos y vamos directamente a las canastas decorativas.

—¿Podrían funcionar, verdad? —pregunto, agarrando una y mirando dentro. Está llena de

caramelos.

Declan la agarra, vaciando los caramelos en el sofá, su entusiasmo creciendo de nuevo. —¡Eres una genio! Sí, funcionarán. —Agarramos cestas, vaciando frenéticamente el contenido en el sofá. Más caramelos, algunas piezas de coche, unos veinte calcetines sueltos y un montón de aviones de papel después, tenemos una pila gigante de cestas caras.

—¡Muy bien! —grita Declan, con los brazos alzados en señal de victoria. Corre de vuelta a la mesa—. Cinco equipos de dos. ¡Vamos! —Luego corre de vuelta hacia mí—. ¡Becca es mi pareja! —grita por encima del hombro.

Agarro la goma del pelo de mi muñeca, recogiéndome el pelo en un moño apretado. —Vamos a patear algunos traseros —murmuro, dándole una palmada en el culo mientras camino hacia los monopatines.

—¿Qué coño es hungry hippos y por qué coño puedes jugar con mi chica? —La voz gruñona de Kade me hace sonreír.

Declan responde: —Es un juego de campeones, tío. Y porque yo la pedí primero. —Esquiva el alcance de Kade cuando este intenta atraparlo, carcajeándose mientras corre al otro lado de la habitación y sube por la escalera de metal. Se detiene cuando está a unos cuantos escalones—. Escuchad, idiotas. Así es como va a ir esto. Becca, agarra el equipo. —Agarro un monopatín y una cesta, luego corro para unirme a él con un grito de alegría.

Puede que esté un poco emocionada.

—El objetivo es conseguir tantas pelotas como puedas en tu cesta grande —dice, señalando la más grande de las cestas que acabamos de vaciar—, usando tu cesta pequeña.

Todos los chicos, excepto Colt, que parece maniático, parecen aburridos hasta que me tumbo boca abajo en el monopatín, con una cesta más pequeña extendida frente a mí. Luego levanto las piernas para que Declan pueda agarrarme bien. —Ahora imaginad una pila gigante de pelotas en el centro de un círculo, con cinco personas en monopatines. Entonces solo...

Procede a empujarme hacia adelante y hacia atrás frenéticamente mientras capturo pelotas imaginarias. Levanto la mirada para ver sonrisas nacientes y caras alegres. Incluso Ransom está sonriendo. Tengo la sensación de que el grande y serio Ransom se lo va a pasar en grande.

Es un desastre, pero de la mejor manera posible. Todos somos feroces, ninguno de los chicos parece importarle que yo sea una chica, empujándome y empujándose tanto como entre ellos. Me encanta. Reparto unos cuantos pellizcos y apenas evito una conmoción cerebral.

Es genial.

Declan está cantando la canción del equipo que inventamos antes de empezar. —Declan y Becca, pateándoos el culo. P-A-T-E-A-N-D-O. Primero viene la victoria, luego los pellizcos. Luego viene Becca con una erección femenina.

La escribimos en dos minutos. No juzgues.

Y tenía razón. Ransom se está riendo, empujando a un Nick gritón en el monopatín. Y al final, por supuesto, Declan y yo ganamos. Realmente no había duda en mi mente. Claramente éramos el equipo más excepcional. Y si hay algo que sé hacer, es ganar.

Terminamos tumbados en el suelo de hormigón pulido, riendo y bebiendo. Los chicos siguen hablando mierda y contando historias. Me quedo allí, sonriendo, mientras escucho a esta familia, esta familia que voy a hacer mía, tan jodidamente agradecida de que mi coche de mierda se averiara hace todos esos meses.



MUCHAS GRACIAS POR LEER KADE. Si te gustó y quieres que otros lo sepan, por favor considera dejar una reseña.

¿Quieres un poco más de Becca y Kade? Consigue una escena extra.

Muchas gracias por leer Kade. La historia de Micah y Holly continúa en *Micah: Un Romance de Billonarios Brash Brothers*

¿Quieres un poco más de Kade y Becca? Consigue una escena extra en mi sitio web authorjennamyles.com

SOBRE LA AUTORA

Al parecer, no todo el mundo tiene mundos enteros y un elenco completo de personajes inventados viviendo en su cabeza. Compré mi primer libro sobre cómo escribir novelas románticas hace quince años.

Y no hice absolutamente nada con él.

Hasta que un día, cansada de tanto desear y dudar, me senté y comencé a escribir. El plan era demostrarme a mí misma que era un desastre. Resulta que no solo no soy un desastre, sino que cuento historias realmente geniales.

¿Y esas personas que viven en mi cabeza? Estaban desesperadas por salir. En mi otra vida, soy madre soltera por elección, a través de la adopción y como madre de acogida. Como resultado, los niños neurodivergentes y los niños de entornos difíciles tienen un lugar especial en mi corazón.

Jenna